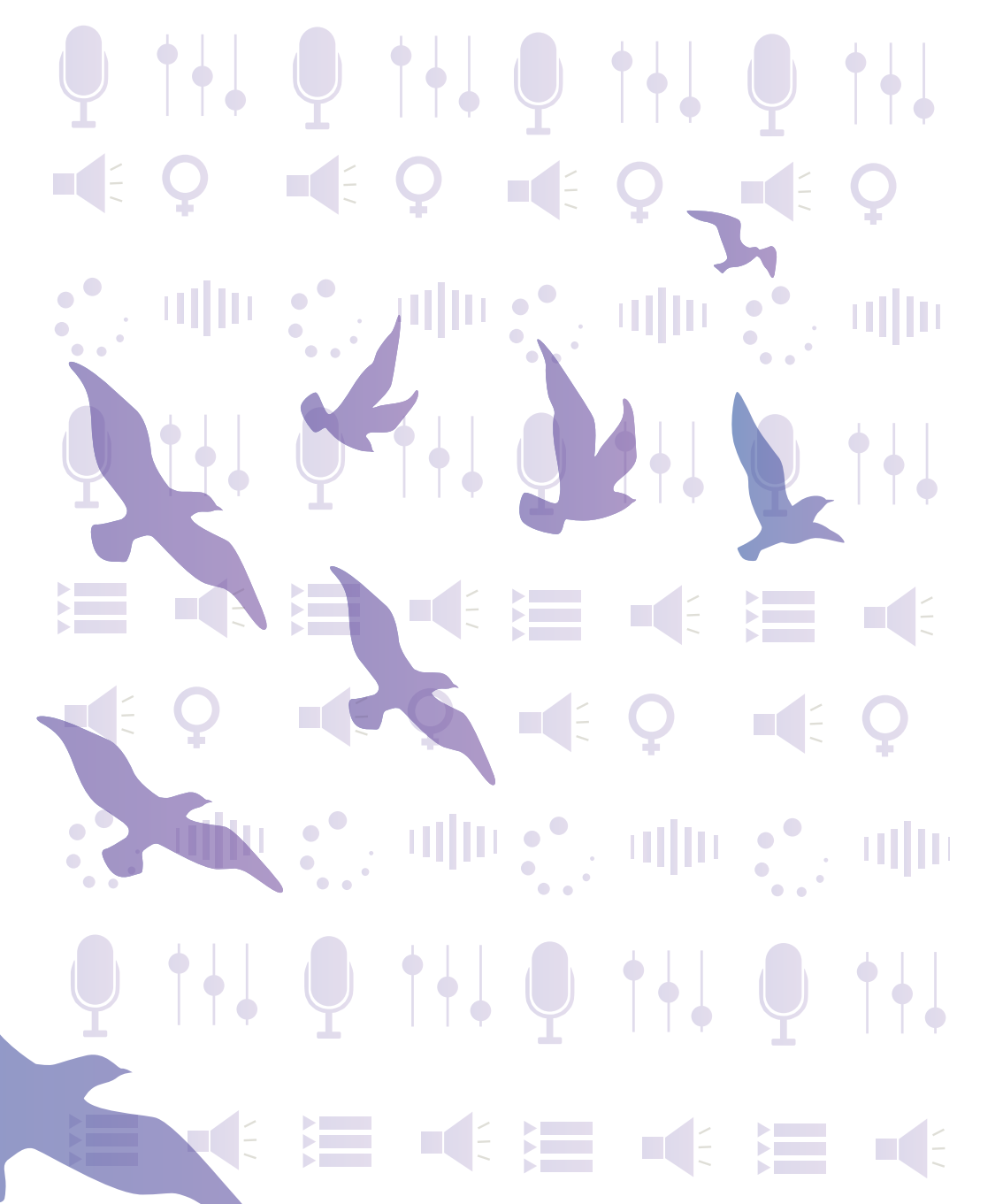


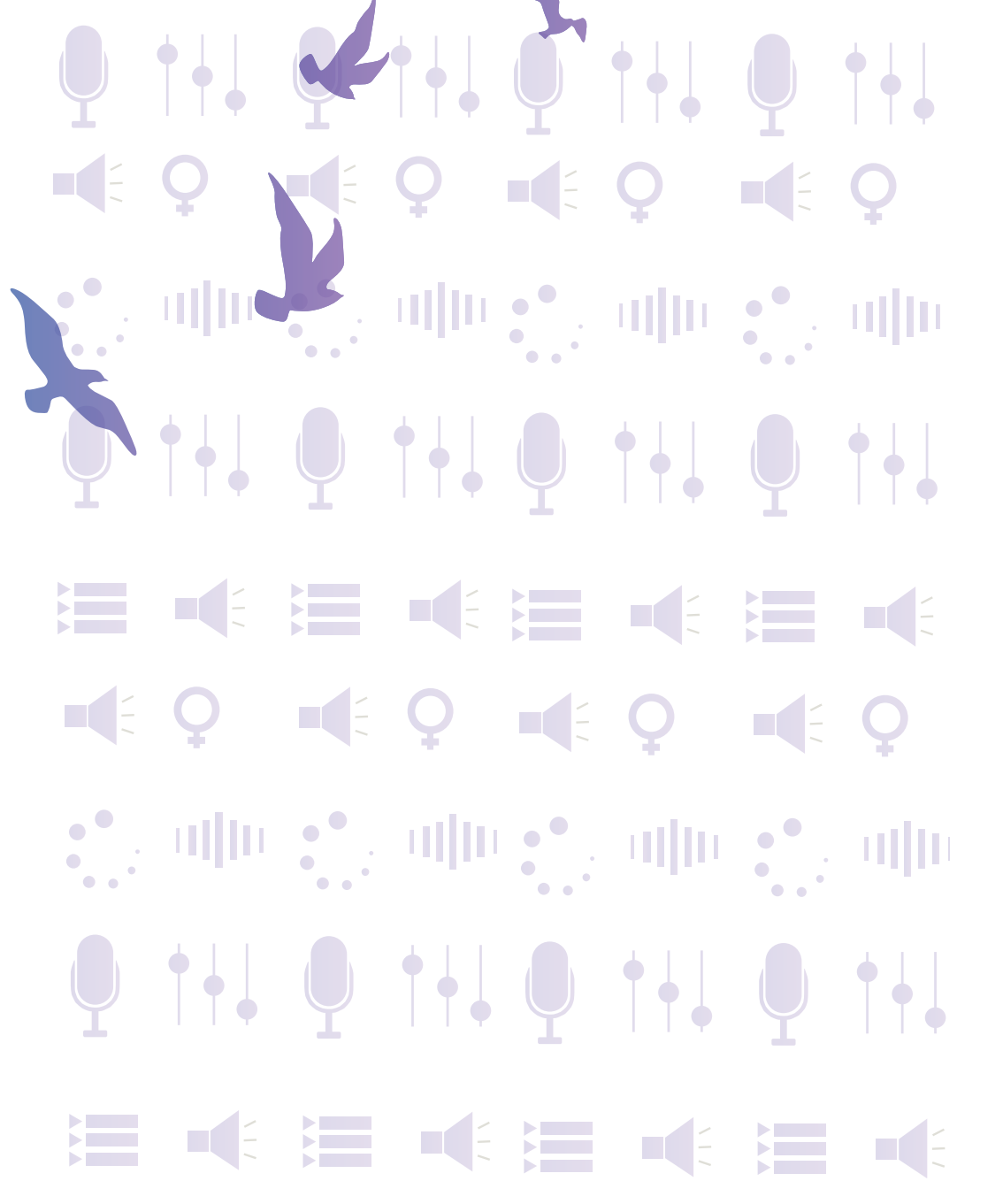
DISTOPÍA

Feminista

¡El futuro será feminista o no será!

VOL. I







Foto_ Gabriela Gutiérrez

ÍNDICE

- 3 Introducción
- 12 Cuatro cuartos
- 24 La que habita
- 48 La cita
- 92 El tiempo guardó el
secreto de nuestra huída
- 130 El diario de Aura

INTRODUCCIÓN

La primavera feminista florecía en las calles, miles de mujeres alrededor del mundo cubrían de verde y morado el espacio público, gritando, cantando, tomando acción directa, hermanándose para romper el silencio y el miedo: no estás sola, se decían unas a las otras mientras se tomaban de las manos para seguir avanzando al tiempo que pedían justicia por todas las que ya no pudieron participar de la histórica marcha, había madres, abuelas, hijas, nietas, hermanas, amigas, novias, yo estuve ahí.

Este era nuestro año, ya no teníamos miedo, ya no tanto, estábamos listas, juntas y dispuestas para quemarlo todo si era necesario por arrebatar la justicia que el mundo y su sistema nos sigue negando. Sin poder precisar exactamente cuándo, el rumor de un enemigo minúsculo y letal se esparció por todas partes, al principio, y dado su origen, acaso fue considerado un mal presagio?, no obstante, sólo 12 días después de la poderosa marcha, el confinamiento fue la única y dura medida que podía mantenernos a salvo.

Las emociones se hacían confusas, en un inicio parecía que esta imposibilidad de congregarse necesariamente venía acompañada de un aislamiento total. Ansiedad, depresión, aumento de violencia doméstica, eran daños colaterales, lo primordial era cuidar la salud física, decía el hombre de la conferencia de las 7, sobra decir que esta conservación de la salud “quedándose en casa”, como casi todo en este planeta fue exclusiva para quien tenía un ingreso seguro, un ahorro previo o una posición privilegiada que le permitiera no exponerse. Algunas con más certezas que otras, entramos en cuarentena.

En las redes sociales se percibía la ansiedad generalizada que la situación generaba, memes que se veían como las risas nerviosas de quien está dispuesto a mantener hasta el último momento la consigna: es mejor reír que llorar; los más jóvenes comenzaron a bailar frente a sus teléfonos celulares, los menos empáticos cantaron desde sus balcones y señalaron a los que no podían mantenerse adentro, las señoras de la colonia metieron sus puestos a la sala de su casa y pusieron en las puertas grandes letreros que decían: SOLO PARA LLEVAR.

Por supuesto no faltaron los escépticos e incrédulos, algunos aseveraban que se trataba de una treta para imponer un nuevo orden mundial, otros decían que el virus había sido creado en un laboratorio para reducir la población. Durante el primer mes de confinamiento, se decía que le estábamos dando un respiro al planeta, los océanos comenzaban a limpiarse, flora y fauna se revitalizaban, incluso se habló del avistamiento de especies que se pensaban extintas. En ese optimismo ecológico, ignoramos por completo las cantidades espantosas de basura que estábamos a punto de lanzar a la tierra en forma de cubrebocas, guantes y demás indumentaria, que, si bien servía al personal médico para cumplir sus deberes, también era mal utilizado para calmar la paranoia y el miedo. Pasaron cosas horribles durante ese tiempo, los feminicidios no pararon y lo que es peor, un gran número de ellos fueron cometidos contra niñas.

Muchas mujeres quedaron encerradas con sus abusadores y por supuesto “dada la situación en curso”, atender la violencia contra las mujeres no era una prioridad para los gobiernos. Era desolador leer las noticias y sentir que era nues-

tro año y nos lo arrebataron, que estábamos fuertes y juntas y ahora éramos tan vulnerables; porque, aunque por supuesto que la organización y la movilización logró poner a salvo a más de una, las redes de apoyo no fueron suficientes para salvarlas a todas. En medio de este panorama, surgió la idea de que estar lejos no significaba estar solas, el pacto de acompañarnos trascendía a todo lo que sin tregua sucedía.

Por otro lado, pese a la incertidumbre y lo atroz de las circunstancias, la sobre información vista desde una u otra pantalla, generaba una sensación de extrañeza, de ficción distópica en 4D, el futuro indeseable nos había alcanzado.

Así, buscando una trinchera desde donde procesar la realidad, resistir y acompañarnos surgió el taller de escritura creativa: Distopía Feminista. Me gustaría decir que plantearnos futuros menos favorables que el presente que atravesábamos fue una tarea difícil, ya era tan desalentador todo que

¿Qué podría salir peor?, pero no lo fue, todas ahí, con nuestras heridas y miradas convergimos para preguntarnos ¿Qué pasaría si...? Y por supuesto ¿Qué lugar ocupamos las mujeres en esta realidad? Y ¿Qué lugar ocuparíamos en esa otra?

Descubrimos juntas cómo afilar la crítica de nuestra realidad desde la construcción de mundos imaginarios, leímos a otra autora del género y hablamos durante dos horas cada semana de nuestras emociones e ideas ante el reto de dar vida a un universo distópico. Había en el grupo quien escribía con regularidad, quien

nunca lo había hecho y quien por alguna razón no del todo clara ya no lo hacía más, no obstante, avanzamos juntas, nos leímos y nos dimos el ánimo que necesitábamos para saber que, por supuesto, nuestra idea no era una tontería, y valía la pena desarrollarla hasta el final.

Dominamos a más de alguna crítica impasible, de esas que forjan en la autoexigencia de la obligación de ser perfectas; también ayudamos a desempolvar a más de alguna niña escritora escondida en la piel de una adulta muy ocupada. Generamos preguntas incómodas y discutimos sin tregua sus respuestas, nos vimos en las historias de otras y nos mostramos sin reservas.

El taller de distopía feminista se volvió nuestro lugar seguro durante la cuarentena. Dicen que cuando las cosas buenas se comparten, se multiplican, nosotras podemos confirmarlo, una vez terminados los cuentos, decidimos incluir en nuestro pequeño Oasis a mujeres dibujantes, ilustradoras, fotógrafas y demás artistas visuales que llenaron de color y vida las historias, así nuestra comunidad creció.

La primavera feminista no se apagó, floreció desde adentro y hasta afuera, sirva esta antología para dar testimonio de ello. Crear, escribir, ilustrar fue nuestra forma de estar cerca y mantener la resistencia.

Gabriela Gutiérrez González



Distopías feministas
Antología conformada como producto del taller de
escritura creativa del mismo nombre (abril-junio 2020)

Foto_ Gabriela Gutiérrez



CUATRO CUARTOS



1er cuarto

El campamento está desierto. A esa hora entran a trabajar por la otra boca y en esta ya no hay nadie.

Nunca oscurece, cada sol tiene una luz distinta, por lo que su calidad cambia cada hora, pero nunca se pierde.



 @pucka.uma  @pukauma  @pukauma

Escritora_ Ros Amils



Nació en Madrid, en 1980.

Librera y editora de la Libre

—Librería social en Cochabamba- Bolivia.

Ha publicado en Buenos Aires Poetry

(Accidental | 12 poetasbolivianas).



Ilustradora_ Emilia Hera



Mis padres me nombraron Ana Emilia Hernández Ranchero, yo prefiero Emilia; salí después de un intenso día de baile y jolgorio en la colonia Merced de la Ciudad de México, soy antropóloga de formación, bailarina por convicción, artesana por accidente y fotógrafa curiosa.

He desarrollado talleres de exploración de las corporalidades, integrando danza, escritura, fotografía y oralidad en círculos de mujeres.

Desde pequeña disfrutaba escribir, sin embargo, dejé de hacerlo hace siete años, supongo que al ir creciendo los fantasmas se han ido amontonando en las vivencias de mi corporalidad. Algunas de estas criaturas que me habitan son dulzonas, jacarandosas y alegres como un baile de salsa, son cumbiamba, otros son tremendamente pesados, ácidos y dolientes como un grito, como el Butoh y Pina Bausch.

Creo que ya pasaron suficientes años de silencio, así que aquí estoy, una vez más, empezando a imaginar otras Tierras posibles.

El tiempo lo marca un reloj en el centro del campamento, que emula las veinticuatro horas, como en su Tierra. Los humanoides no quieren olvidar sus costumbres, aunque ya se les hubieran terminado por casi borrar y no son más que un puro deseo hueco.

Tri camina por el campamento, se ha quedado atrás buscando el cargador de su guardatojo, que se había perdido entre otros cables en el vestidor. Con las prisas se quedó atrás por no guardarlo bien. Si se cruza con cualquier humanoide la denuncia sin pensarlo. Siente nervios, pues su cuerpo ya necesita del cambio. Después de doce horas en la boca necesita respirar la transformación, pero el pesado traje de protección no le dejará llegar si muda antes.

Corre por los callejones vacíos buscando la carpa correcta. Le asignaron la nueva en el instructivo, callejón 5 carpa 23, pero a pesar de eso no logra recordar dónde exactamente está la codificación que busca. Le duele la cabeza de pensar que ya han terminado de hacer el conteo o que le encontrará uno de los guardias del sector.

“Maldito cable, tendré que conseguir otro. Cuando salga al mercado en el cuarto siguiente, tendré que ver por qué lo puedo trocar. Algo de comida. Comida puede ser. Que pesado es este traje. No tengo mineral, algo tendré que cambiar. Si ven que falta el cable... Debo conseguir otro. Callejón 8, carpa 25. Es por aquí. Debe haber en el mercado. Cuando salgamos, más bien es mi turno. Puedo salir y buscar con qué trocar. Algo de comida tendrá que ser. Espero que sea suficiente. Callejón 7... Por acá. En el callejón Zica hay todo tipo de repuestos. Seguro que ahí

encuentro alguna vieja trocadora que tiene un cable funcional. Solo debo ver de llegar. Y debo llegar ahora”.

Cuando gira la esquina, por fin, hay alguien. Sus miradas se cruzan. Es otra autlan. La mira y agacha los ojos. Ya se ha transformado. Es un cuerpo femenino; así lo han llamado los humanoides. Un cuerpo de mujer. Las autlan no tienen hombres y mujeres, sino un género mutable, que cambia según sus necesidades. Antiguamente otras debían ser las necesidades, pero desde que llegaron los humanoides, las mutaciones se han ido simplificando generación tras generación, debido a la pobre percepción con base en sus ideas, esas que trajeron de su Tierra.

Las autlan viven obligadas a ser lo que ellos llamaban hombres y mujeres: para trabajar en las bocas y para cuidar el campamento. Esta organización obliga a las autlan a cumplir unas horas de trabajo sacando minerales en las bocas, y otras en las carpas, lavando, cocinando y cuidando para el campamento. Tienen un cuarto para descansar. Ahora las autlan logran solo percibirse como mujeres y hombres, como esas dos combinaciones básicas que los humanoides podrían no solo percibir, sino también aprovechar al máximo.

Están prohibidos los contactos, porque los contactos llevan a la mutación y a posibles conexiones no permitidas. Las miradas bajas. El silencio. No deben hablarse más que lo necesario, observadas bajo la estricta vigilancia de los humanoides, quienes cuidan del campamento, uno por carpa, para que se cumpla con su ley. Para impedir las conexiones, cambian de carpa cada cuatro cuartos, en una

circulación infinita por el campamento que hace muy difícil que se genere confianza entre las autlan, lo que impide que se den conexiones sin control.

“Maldito cable. ¿Dónde era el catre? Cincuenta catres en una carpa y nunca consigo recordar el que me toca. Ni que importara, todos son igual de incómodos. Pero qué bueno poderse transformar. Es agotador mantener una forma por tanto tiempo. Aunque signifique seguir haciendo, casi sin parar. Esta cama se siente dura. Cada vez están más desgastadas. Creo que es peor que la anterior. Un poco más y salgo a la cocina”.

Pero se duerme en el catre viejo. El cansancio puede con ella. Se despierta al grito de los códigos. El conteo de cada cuarto, que hacen los humanoides para revisar que todas están en las carpas. “335-410” es el código. Por eso Tri, pero solo ella se llama a sí misma Tri; no hay nadie más que conozca su nombre, no hay a quienes compartir lo poco que puede llegar a desear ser. Corresponden a las coordenadas donde fue gestada, donde una conexión de al menos cinco autlan había hecho surgir un nuevo ser. Abajo, como el mineral, de ahí vienen. Pero no se permiten conexiones sin control de los humanoides.

Cuando escucha su código se levanta rápidamente y se pone en la fila. Se toca el labio, donde llevan tatuada la numeración. Comerán y dormirán unas horas. Pocas, las autlan cansadas son más dóciles. No tienen tiempo de pensar. No tienen tiempo de soñar. Unas horas de descanso entre cuarto y cuarto para dormir, nunca para soñar.

2do cuarto

Despierta sobresaltada, preocupada por el cable. Tiene un cuarto para recuperarlo como sea. La luz de los tres soles ya está alta y fuerte, así que sale del catre y se une al turno de cocina. Una larga superficie donde se procesan los minerales nutritivos que extraen de las colinas de cultivo. Se colocan una al lado de la otra a trabajar, preparando la comida que consumirán las que serán enviadas a las bocas y a los cultivos. Todo está centralizado en el campamento para mayor control y productividad del trabajo en cada una de las estaciones.

Una extraña sensación la recorre, como una descarga de batería, cuando su mano roza la de su compañera de trabajo. Mira furtivamente y ve que ella también la está observando. Aunque bajan los ojos en menos de un segundo, se da cuenta de que hay algo conocido en esta autlan. Pero no logra recordar qué.

Cuando termina su turno, Tri corre hacia el callejón Zica. En su morral lleva algo de comida que logró robar en la mesa de cocina. Las autlan que trocan en el callejón son demasiado mayores para trabajar ya. Sobreviven de lo que pueden sacar de las montañas de deshecho porque su piel no siente la fuerte radiación que estas supuran y a su edad ya no le dan mayor importancia al veneno. Prefieren fijarse como mujeres para poder tener mayor facilidad de movimiento frente a los humanoides que, en general, las ignoran.



Camina con dificultad entre las pocas cuerdas del callejón, abarrotado de gente, tratando de ver si entre las telas en el suelo hay algún cable que le sirva.

—Quieres un cable. Por algo será, diciendo —le llega la voz de una de las viejas mujeres autlan que vende en el suelo del abarrotado callejón.

La mira con unos ojos curiosos, detrás de sus arrugas y su piel azulada por la radiación. Ve que entre la maraña de basura que ofrece, la mujer tiene un cable en no tan mal estado.

Tri la mira, señalando el cable. La mujer levanta la mirada esperando una oferta. Le muestra la comida que trae y la vieja le devuelve una mirada sospechosa. Pero agarra lo que hay y Tri toma el cable rápido. Cuando toca la mano que le ofrece le llega una conexión. Nunca le había llegado nada así, solo pequeñas señales sin mucho sentido. Pero esta es clara.

—Tienes prisa, pequeña. Por algo será, diciendo. No eres tan joven, pero no sabes muchas cosas. Solo conoces el campamento y la boca. Ni a las colinas de cultivo habrás ido. Pero quieres conocer más. Conocer el rumor. Algo dentro de vos quiere saber si es realmente posible que haya una conexión que genere una autlan de mutación total. Eso quieres saber. Si hay alguna otra forma de vivir o si estamos condenadas a vivir trabajando de boca a carpa, cuarto tras cuarto. A mí me llegó el rumor hace demasiados cuartos. El rumor. Ese de que un día llegará la conexión que nos llevará a los tiempos de antes. Que nos llevará más allá. Por algo será.

Alguien golpea a Tri en la espalda y se pierde la conexión. Cuando quiere verla otra vez, la vieja ya no la mira. Sus ojos se han retraído en sus arrugas. Se pierde. Tri agarra con fuerza el cable, lo mete al fondo de su bolsillo, y se deja llevar por la abarrotada calle.

“¿Qué fue eso? Nunca tuve una conexión así. Nunca. De qué hablaba esa mujer. Yo no conozco nada más. Solo estos callejones entre el polvo. Nunca tan larga. Una mutación total. Que curiosos sus ojos. ¿Cómo sería una mutación total? Los tiempos de antes. ¿Antes de qué? De los humanoides, de las bocas. ¿Habrá un tiempo así? Un tiempo sin cuartos. Un tiempo de movimiento. Como pasear por el callejón Zica todos los días. Para ir más allá de las colinas de cultivo. Más allá”.

El tiempo pasa rápido, el cuarto termina. Regresa a su lugar para la llamada de código. En la carpa toma su lugar en la fila de control. Otra vez esa electricidad cuando toca a la autlan que está detrás. Le llega la conexión. Se miran, es otra cara que le resulta conocida, pero no sabe de qué. Un segundo. “335-410”, grita el humanoide. Tri levanta la mano y se pierde la conexión.

En el catre mira el techo de la carpa hasta quedarse dormida.

3er cuarto

“Estas piedras que sacamos. Secas. Como mi cuerpo. Mi cuerpo seco. Como las piedras. Seco. Arena. Pero me gusta la arena, me gustan las piedras. Quisiera escuchar sus voces, voces que son la mía, voces que saben de dónde vengo. ¿De dónde vengo? No sé. De las coordenadas 335-410, eso llevo tatuado en mí. Pero eso no me dice nada. ¿Qué significa? Un lugar donde lograron unir bastante conexión para poder hacer un origen. Ni sé cómo logran la conexión. ¿Qué es la conexión? ¿De dónde sale? Mi cuerpo no la entiende. Mi cuerpo no es joven. Mi cuerpo, seco. Como las piedras que sacamos.



Pero más bien funciona el cable. ¿Qué siempre habrá querido decir la mujer? Más allá. Uta, ¿qué es más allá?”. Tri sube a la boca con los demás autlan desde el campamento. Todos con forma masculina, unos cuerpos cansados sin posibilidad de renovación. Pasan a la sala de máquinas, recogen sus guardatojos y herramientas. Con sus cables conectan la batería cargada al casco y prenden la luz. Se mueven en pequeños grupos, entrando a la oscuridad de la boca, guiados por halos amarillos.

No se hablan entre ellos, solo el rumor de sus pasos. Cuando pasan junto al pequeño montículo de piedras equilibradas, piden permiso, permiso para entrar a las profundidades y sacar lo que no es suyo. Lo que se les exige. El trabajo en boca es pesado, con los molestos trajes de protección, la maquinaria, tan vieja que hay que golpear para que funcione el taladro. Según pasan las horas se van desnudando, sus pechos descubiertos en los que resbala el sudor mezclado con polvo. Y las luces finitas de los guardatojos iluminando sus movimientos.

Empuja el pesado carro de transporte junto con otro compañero. Puede percibir la tensión de sus músculos y sus dedos en el metal. Siente el cable que lleva de su cinto hasta el casco, chocando con su piel a cada paso. De repente, siente una nueva conexión con el autlan que trabaja a su lado. No le mira, solo ve la luz que sale de su cabeza. Y en esa luz se proyecta una imagen. Con claridad, como un sueño. Un sueño que nunca pudo tener.

En el halo de luz ve varias autlan en círculo. Son femeninas. Están desnudas en medio del desierto de piedra. Entre ellas la conexión es cada vez más fuerte, cada vez más

clara, como un hilo de energía que sale de sus pies por la tierra hasta el centro, de donde crece algo. Puede sentir la energía recorrer todo su cuerpo, como si estuviera ahí con ellas. Como si fuera una de ellas. Se siente caliente y con fuerza, como volver al vientre de piedra, del que emana la fuerza de las autlan que palpita bajo su cuerpo. La luz se hace más intensa hasta que del centro sale una pequeña autlan, que emana otra percepción. No se puede decir bien si es hombre o mujer, claramente parece ser mucho más, una mutación total que no necesita mutar.

De repente el cable del guardatojo se suelta y se apaga la luz. Tri queda inmóvil mirando el recuerdo en su retina y la sensación de energía que le hace vibrar. No se anima a mirar al otro autlan hasta después de unos segundos, cuando percibe que su luz igual está apagada. Levantan la mirada y en sus ojos ve la imagen del círculo que se va perdiendo.

4to cuarto

“¿Qué fue eso? Una conexión, la conexión. Eran tan brillantes. La vio. Seguro, la vio. Estaban ahí, en la luz. Estaban más allá. ¿Más allá de dónde? No sé, pero no era aquí. No era esto”.

Se le atragantan los pensamientos en la cabeza mientras baja de regreso a la carpa. El campamento está otra vez vacío. Solo algunos de los compañeros que bajan, pero Tri se queda atrás. Se aferra con su mano al cable que trocó y, en su cuerpo, a la sensación de energía.

Deambula por los callejones. No se fija donde va. No siente miedo ni nervios. No siente nada más que la fuerza, la fuerza de una conexión. Por fin, llega a la carpa y se pone en la fila. Se siente liviana. El sonido del conteo le llega lejano, apenas logra distinguir su código y levantar la mano. Se sienta en el catre, ya no siente su dureza, ya no siente nada más que el recuerdo de la luz en su pupila. Se echa sin quitarse el traje y se duerme viendo los ojos de la mujer del callejón Zica, mientras aferra el cable con su mano.

LA ESPERA TERMINÓ
07.07.2067
STAY TUNED

LA QUE HABITA



EMITXIN



Escritora_
Olivia Carmona
Hernández



Nacida en Chilangolandia, mejor conocida como Ciudad de México, en el cada vez más lejano 1982. Hija *sandwichito* entre puro machín. Feminista, amante de los libros, la naturaleza, la música, los viajes y la comida. Adoradora de los colores, fan de las plantas y de la ilustración. Estudié Producción de Radio y Televisión en el CECATI 108.

Por algunos años tuve la fortuna de dedicarme al que era mi sueño desde pequeña: trabajar en radio. Fui muy feliz estando ahí, tras bambalinas, donde nace la magia; aprendiendo de íconos de la radio, voces que un tiempo escuché desde el otro lado de la bocina. Fui también parte del equipo de producción de “La dichosa palabra”, una de las épocas más felices de mi vida.

En el 2011 los azares del destino y las *causalidades* me llevaron a salirme una vez más del redil, como buena oveja negra de la familia. Metí en una maleta la que hasta ese entonces había sido mi vida, algunos libros, un poco de comida mexicana y me mudé a Italia. Aquí me he reinventado más de una vez, dando rienda suelta a mis otras yo: profesora de español, universitaria, mediadora intercultural, promotora de la cultura y gastronomía mexicana, así como acompañante intercultural como parte del proyecto “*Migrantour - intercultural urban routes*”.

Si de letras y escritura se trata, esta faceta en plena floración me está llevando por caminos sumamente pródigos. Recientemente mi relato sobre uno de los pilares de la cocina mexicana fue publicado en la antología *Lingua Madre Duemilaventi - Racconti di donne straniere in Italia*. Me estoy dejando guiar por las letras, que me susurren ellas los escenarios por explorar.



Ilustradora_
Pilar Emitxin



Ilustradora y productora gráfica de Córdoba (Argentina). Realizo gráficas feministas y de lucha, además de tareas de diseño y comunicación para los espacios colectivos que conforman nuestro movimiento, como la Asamblea Ni Una Menos Córdoba, feministas cannábicas, colectivos internacionalistas de solidaridad, medios feministas independientes, etc. Son imágenes que recorren las sensibilidades que me atraviesan como parte de un gran colectivo que lucha por un feminismo de clase, de color, internacionalista, que respete y ponga en el centro los procesos disidentes colectivos, en defensa de todas las formas de vida, políticos, comunitarios, sexuales, identitarios, antirracistas, etc. Cada imagen trae adentro horas de trabajo, de reflexión, de dolores, de caminos transitados por esta cuerpo que trabaja y lucha en el seno de un mundo en convulsiones. También quiero contarles que produzco de manera autogestiva, e intento vivir de esas gráficas, a través de intercambios justos, en piezas accesibles para que todas y todes puedan tenerlas. Calcos, láminas, etc. Me considero trabajadora gráfica, en el marco de una generación donde la precariedad estructural es el signo marcante de nuestra experiencia vital. Elegimos hacer nuestra producción tejiendo alianzas y redes de cuidados colectivos que pongan de manifiesto la fragilidad que el capitalismo y el patriarcado nos propone como forma de supervivencia, pero también que muestre otras formas de habitar y re-existir en este mundo. Talleres gráficos comunitarios, murales, pegatinas colectivas, intervenciones en movilizaciones, espacios de feria en marchas, redes de trabajo autogestivas son los espacios donde mis ilustraciones florecen y se potencian.

I

Tu andar es desganado, casi privada de ánimo arrastras los pasos hacia tu refugio. La mirada un tanto perdida, apenas y observas por donde caminas, no miras a quienes encuentras a tu paso, pero poco importa, no existes para ellos, nadie existe para nadie: lo único que roba su atención es esa incandescencia rectangular que todos aferran en la mano. Ligeras tabletas de litio que los hacen caminar curvos, absortos de la realidad.

Todo alrededor es gris, desde hace años el sol no resplandece más en el cielo, se respira con dificultad en esta ciudad sumergida en esa nata espesa, mix de neblina y contaminación.

Aún me cuesta reconocerte en ese cuerpo, sé que debajo de esa falsa piel ajena estás tú, es solo que no termino de acostumbrarme a la nueva Hasen. Con mucho esfuerzo, noto al fondo de tus ojos irritados por el aire impuro, esa mirada vivaz que me recuerda cuando eras niña. Una madre jamás olvida esa expresión.

Me resulta extraña la ausencia de colores en tu vestimenta, ese traje gris oscuro que portas a diario no es tu estilo o mejor dicho no es a lo que estabas acostumbrada. Creciste entre colores, colores portadores de emociones, energía, ligados a antiquísimas tradiciones. Cultura ancestral preservada de generación en generación. Ahora todo es distinto, eso no existe más, han exterminado todo.

Esta vida que te toca recitar te está robando el ánimo, sé

que cada paso te cuesta el doble de esfuerzo que a los demás. Tus orígenes son otros, estás hecha de otra pasta y por eso mismo estás obligada a ocultarla.

Luego de algunos minutos llegas por fin a tu destino, empujas ligeramente la puerta principal que encuentras entreabierta. Subes las escaleras, luego de hurgar un poco en tu mochila logras recuperar las llaves, las aferras fuerte: doble vuelta de llave y ¡patz!... la puerta se abre.

Antes de entrar te quitas los zapatos, tus pies tibios tocan el piso y todo a tu alrededor se percibe diferente. Pareciera que se tratase de una dimensión alterna, lo que se ve y respira aquí dentro es totalmente contrastante con el panorama al salir de la puerta. Aunque a simple vista no deja de ser una casa común y corriente de una obrera más, pero no, yo lo puedo sentir hija mía: aquí dentro es todo diferente.

Apresuradamente te acercas al baño, lavas tus manos, las secas y tomas un pequeño frasco color marrón. Agitas suavemente, desenroscas la tapa, inclinas un poco la cabeza hacia atrás y dejas caer un par de gotas de colirio en cada ojo. De inmediato sientes un poco de alivio, el ardor poco a poco se desvanece.

Frente al espejo exploras esos rasgos que no terminas de sentir tuyos, lo haces todas las noches. A pesar de los años el recuerdo de la verdadera Hasen perdura en tu memoria, es una de las pocas excepciones, lo demás te lo han robado. Incluso tu nombre, ese nombre que dice tanto de ti "*mujer con alma buena*", hoy se ve reducido a un número:



19903H. Es así para todos, poco a poco las identidades no sirven más y todo se resume en números, estadísticas.

A mayor dividendos para la Nación, mayor relevancia. No produces, no existes. Ahí te quedas, en las sombras de una industria que sobreexplota a los empleados. Números, números, números... todo se reduce a números.

II

Todos los días son iguales, todos. A la misma hora, en los altoparlantes ubicados en el techo, se reproduce automáticamente una voz que anuncia: “¡Son las siete de la mañana, hora de levantarse para ir a trabajar! Una gran jornada productiva te espera, ¡la Nación te lo agradece!”.

Me levanto y también yo automáticamente inicio mi rutina diaria: desayuno con muy poquitas ganas un par de galletas y una taza de agua tibia con un poco de café liofilizado. Luego en el baño lavo mi cara, mis dientes. Recojo mi cabello en una apretada coleta de caballo y me pongo el overol de trabajo. Preparo mi mochila con lo de siempre, casi nada, y salgo de casa.

De camino al trabajo, me propongo pasar por esa callecita donde en ocasiones me parece percibir un ligero olor a té de mandarina, ese que solía preparar mamá luego de haber dejado secar las hojitas de las mandarinas que comprábamos en el mercadito del pueblo. Sé que quizá se trate de un atajo mental, pero qué más da, igualmente me encamino.

Este barrio es diferente, aquí los altoparlantes no reproducen las noticias una y otra vez, por el contrario, aquí se escucha una agradable música que por momentos te hace sentir libre. Las casas son muy distintas, parecen acogedoras. De hecho se trata de un *BRAR: barrio residencial de alto rango*. No podría estar aquí, esta zona no forma parte de las rutas de esparcimiento o libre desplazamiento estipuladas en el reglamento de la Nación. Por eso apresuro el paso, doy vuelta en la esquina y rápidamente trato de incorporarme a la avenida por la que sí me es permitido transitar.

A estas horas todos vamos camino al trabajo o casi todos. Los niños más pequeños van al Instituto y las mujeres destinadas a preservar la especie son premiadas con quedarse en casa a cuidar del hogar y la familia.

Me ubico debajo del arco de seguridad instalado al ingreso de la Ciudad Industrial, el escáner gira en torno a mí y al finalizar el giro una voz metálica anuncia: “operador 19903H, ocho horas y treinta minutos del día 17 de marzo del 2067, acceso consentido”. Las compuertas se abren y me dirijo a la zona de lockers. Abro la puerquita que muestra mi número de identificación, acomodo mi mochila al interior y cierro. Me encamino hacia mi nave industrial, no sin antes, como todos los días, saludar al guardián que supervisa la zona... aunque pocas veces recibo respuesta, hoy es uno de esos días.

Sin mayores preámbulos me ubico en mi línea de producción para iniciar el turno. Mis manos enguantadas están listas para iniciar la danza, esos monótonos movimientos



que se repiten una y otra vez, una y cientos de veces más.

Luego de un rato, sin querer, echo un vistazo alrededor, mi mirada se detiene en un rostro completamente desconocido. A unos cuantos metros de distancia está él, cuerpo delgado, facciones finas y dulces. En su mirada se lee el temor, la incertidumbre, la añoranza por una inocencia hurtada. Los juegos, la vida simple y liviana que hasta hace unos días era la normalidad hoy no lo son más. Todos son recuerdos que le agujieron el alma.

Cada vez que se integra uno como él me ocurre lo mismo, una profunda tristeza me embarga, la impotencia se apodera de mí. Pero tengo que disimular.

Recién cumplidos los doce años tienen que dar el salto obligado hacia la adultez: se les asigna su número de identificación y de inmediato se incorporan al ambiente laboral. Adiós escuela, adiós juegos, adiós candidez. La Nación necesita de ellos, mano de obra que saque a flote la producción anual, no podemos bajar de posición en el ranking.

Si corren con suerte y dedican su vida entera al trabajo, destacarán y podrán acceder a una casa espaciosa, incluso con patio trasero. Todo un lujo. Renunciar a su vida para centrarse solo en producir, olvidarse del tiempo libre para tener una casa ostentosa, la cual viene usada únicamente para mal dormir. Es ese el futuro más prometedor al que muchos están destinados.

Durante la hora de comida busco su cara, pienso “me gustaría conocer más de él, tratar de aligerar un poco el peso

de esta su nueva realidad”.

Impulsivamente me encamino hacia donde se encuentra, me muevo rápidamente entre las mesas del comedor y por un momento me olvido del contexto en que nos encontramos, de las reglas, o mejor dicho, de las prohibiciones.

Cuando estoy a unos pasos de él, sin advertirlo me abordan un par de oficiales del orden, me cierran el paso y con sutiles, pero certeros gestos, me invitan a alejarme del lugar. Ese tipo de actos no son consentidos al interior de la Ciudad Industrial, no hay lugar para las reuniones entre trabajadores, ninguna interacción que vaya más allá de lo estrictamente laboral. Menos sé de ti, menos sabes de mí: mejor funcionan las cosas para los del poder.

En las mesas del comedor existe un distanciamiento casi natural entre las personas, cien centímetros entre un asiento y otro marca la distancia entre comensales.

Sin más, me acerco a mi asiento asignado, me acomodo y me apresuro a engullir los desabridos alimentos que ya me esperan sobre la mesa.

III

Con paso ligero recorres esa gran avenida que cruza de norte a sur la ciudad. Ocasionalmente lo haces, te gusta pasar y admirar aquel edificio que por su estilo se distingue del resto de la arquitectura de la ciudad.



En su entrada ostenta dos esculturas talladas en piedra que muestran las máscaras de la comedia y la tragedia. Se dice que en su interior albergó durante muchos años los más suntuosos espectáculos teatrales del mundo. Esto hasta la llegada de la *Recalificación y reajuste mundial de prioridades*. Luego de la proclamación, poco a poco las estructuras como esta fueron derribadas o desalojadas, el sano entretenimiento y la cultura fueron premeditadamente excluidas de los planes de desarrollo. Hoy esta fachada es toda una rareza, a través de su estilo susurra un poco de esa historia que precedió el hoy.

Ahora en su interior se encuentra una de las más prestigiosas incubadoras de influencers. No sé qué sea eso, soy demasiado vieja para estos términos. Pero según dicen es el oficio de la era moderna.

Durante el trayecto te noto tranquila, despreocupada, me alivia verte así.

Mientras caminas miras de reojo los escaparates de las boutiques que muestran esos artículos de lujo. Hay de todos tamaños, formas, colores. Además de los productos en exhibición, algunos displays muestran imágenes de las especies que hoy van de moda. Reconozco algunas de ellas: hoja elegante, pilea peperomioides... ¡ah, y esa otra es una bugambilia!

Los elementos y juegos de iluminación recrean atmósferas sumamente reales. Como alguna vez lo vivimos, ¿recuerdas hija? Sé que esa es la razón por la que, de vez en cuando, decides caminar por estas calles: los recuerdos

que revive en ti eso que ahora es inaccesible para casi todos. Esta es otra de tus memorias intactas, unas de las pocas que perduran luego de tu reconfiguración.

Y así, vas disfrutando un poco del momento desenfadado, cuando de repente, algo en apariencia superfluo roba tu atención. Notas que por doquier se reitera una y otra vez el mismo póster. Aunque en distintos tamaños, pero siempre el mismo. Ahí está, en el espectacular sobre ese edificio, en la parada del bus, de nuevo ahí en el soporte del altoparlante y uno más en la vitrina del expendio de fruta congelada. Sobre un fondo color guinda se lee:

La espera terminó.

07-07-2067

Stay tuned

Ningún detalle más, no hay letras pequeñas que concedan algún indicio por seguir. “¿Qué es eso que tanto se ha esperado?” te preguntas en silencio. Pero sin esforzarte por encontrar la respuesta, sigues tu camino...

Recostada sobre tu cama, pareces imperturbable, aunque en realidad una inquietud efervesce en tu interior. No es una sensación nueva, es esa palpitación que antecede el episodio. Quieres ir, entrar. Cuidar, reparar.

Es más fuerte que tú, no puedes ignorar el llamado. Tienes que ir y al menos intentarlo. No tiene por qué salir mal, hasta ahora nunca ha sucedido. Son los miedos injustifica-

dos que tratan de disuadirte. Confía, hija mía, tus ancestras te cobijan.

Sin más te levantas decidida. Apagas la luz, te das la media vuelta para acercarte y cerrar las persianas. Das algunos pasos y abruptamente te detienes en medio de la habitación, haces un resumen mental. Te acercas a la cómoda sobre la que se encuentra ese deteriorado difusor de aromas que compraste en el tianguis de cosas inútiles. Lo enciendes. Ahí mismo, tiras del segundo cajón, sumerges tu mano en la pequeña mar de prendas en busca de esa materia sólida. Tu mano sabe lo que busca, conoce la ruta. Ahí está, sacas una bolsita color negro, es muy suave al tacto. Tiras el cordoncito que la mantiene cerrada y extraes de ella una pequeña roca ovalada de color azul. La superficie es lisa, fría. La acaricias con las yemas de tus dedos y reconoces en su superficie sensaciones ya vividas. Te acercas a la cama con paso decidido, levantas ligeramente la almohada y la colocas delicadamente debajo de esta. Haces un último repaso mental, no falta nada.

Te extiendes sobre la cama. Lentamente inhalas... y... exhalas. Poco a poco empiezas a concentrarte en tu respiración, tu nariz percibe ya el olor a salvia que inunda la habitación. Tranquilamente te abandonas...

IV

Un estremecimiento cimbra su cuerpo, es como si tuviera la certeza de que estoy aquí. De algún modo lo sabe: me siente, pero no me ve. Su olfato se agudiza. Sus ojos miran distinto. Sus manos poseen un tacto ajeno. Al acariciar

espontáneamente su antebrazo encuentra una inusual estética en su piel, en general no se opone a mi presencia.

Encuentro un cuerpo liviano. Es joven, si acaso un par de años más que yo, aunque las ropas que usa hacen que demuestre más años. Piel tersa, brazos largos. Piernas ligeramente marcadas, pero graciosas y delicadas. El vientre se nota ligeramente abultado, luego de tres partos el cuerpo no vuelve a ser el mismo, dicen. Cabello largo y castaño, recogido en un pequeño chongo. Mirada profunda que se pierde en los flashazos de recuerdos que últimamente la visitan. Ojos que sin comprender se colman de lágrimas por el sentimiento de culpa y traición que súbitamente la invaden.

¿Nos habremos cruzado alguna vez por la calle? No lo sé, no creo. Su estilo de vida es completamente diferente al mío. Incluso las calles que camina no son las mismas que camino yo. ¡Bah, eso no importa! Lo importante es el ahora. Estamos aquí, aún sin conocernos, fusionadas en un mismo cuerpo.

Me gustaría saber tu nombre, pero por más que me esfuerzo viene a mí solo tu número de identificación: *20052M*. No me dice nada de ti.

Siento tu frustración, la autodescalificación. Pero hay algo que sí logro ver: doula de aborto se lee claramente aquí, detrás de tus ojos.

Tu propia experiencia con el aborto te llevó hasta ahí. Buscabas dar eso que, en su momento, no encontraste tú.



Apoyo emocional, empatía, información y acompañamiento en un momento tan importante. Estabas convencida de que las mujeres merecían atención y apoyo dignos, pero sobre todo gratuitos, para facilitar el proceso de aborto. Dedicaste gran parte de tu tiempo a ello, eras feliz asistiendo.

Pero todo empezó a cambiar a pasos agigantados. Desde el inicio de la *Recalificación* te mostraste escéptica. “Se trata de una mala broma, es una nueva cortina de humo del gobierno”, decías... hasta que un buen día llegó tu convocatoria. La sangre se agolpó en tu cabeza, las instrucciones eran claras y no había mucho por hacer. No pudiste escapar.

Todo cambió, de repente no te reconociste más. Esos que eran principios inamovibles para ti, se habían esfumado.

Feminazi. Desertora. Pecadora. Traidora. Perdedora. Muchas de las dolorosas etiquetas que un día te adjudicaron son las mismas que ahora tú usas en contra de las otras. Esas que, como yo, no encajamos en tu patrón de vida: madre amorosa, entregada en cuerpo y alma a su familia.

Nosotras, las relegadas por no cumplir con los requerimientos necesarios para ser una honorable jefa de familia.

Jefa de familia... caray, el oxímoron en su máxima expresión. Si ni siquiera son dueñas de sus propios cuerpos, de sus instintos, de su sexo... y bueno de los recursos económicos mejor ni hablamos. Cuerpos y cerebros manipulados según los intereses de la Nación, porque claro, los nuevos engendrados también deben cumplir con determinadas características.

Pero, ¿sabes? Al igual que tú, nosotras, las relegadas, no tuvimos alternativa. Fuimos canallamente descartadas, como fruta podrida para la que no hay comprador.

Lo sabemos, desde la realidad precedente lo socialmente aceptado es la perfección, la belleza, la fertilidad y la sumisión. Y no me deshonra no cubrir el perfil de lo que llaman: *procreadora modelo*. Pero duele, porque consolidaron la batalla de las unas, contra las otras. El patriarcado sigue haciendo muy bien su trabajo. La falta de cohesión social es terreno fértil para el control de las masas. Ahí radica el éxito de esta nueva realidad.

Las de tu condición condenan a las de la mía. Eso ya existía y ahora lo recuerdas bien, es justo esa memoria dolorosa lo que me trajo a ti.

Pero espera, esta no es rabia contra ti y las de tu rango, es rabia pura contra esta realidad que nos obligan a vivir. Ni tu ni yo somos culpables, somos víctimas y henos aquí, divididas en bandos, en rangos. Pero a pesar de todo, no han logrado que soltemos nuestras manos por completo. Míranos... bueno no, que tonta, no puedes vernos. Pero lo que seguimos logrando es lindo y muy potente.

A mí también me ocurrió así, ¿sabes? Cuando repentinamente me empezaron a alcanzar memorias de mi vida pasada no sabía qué hacer, cómo sentirme. Fue muy confuso. Empecé a cuestionarme muchísimo. Más de una vez estuve a punto de entregarme por desperfecto de juicio, pues esas son las instrucciones para evitar el colapso general. Pero siempre, algo que no logro explicar, me detiene. Algo más fuerte que yo.

Aún me pregunto si ellos están enterados de estas fallas, o si acaso, son precisamente quienes las inducen para generar desesperación, confusión y orillarnos a la eliminación autónoma.

En fin... te decía, una noche cambió todo. Soñé, ¿puedes creerlo? Ya había olvidado la sensación, ¡fue muy bonito! Vi algunos rostros que parecían familiares: mi abuela, mi madre. Entonces entendí que no podía huir de ese pasado que persiste en mí a pesar de todo. Recordé eso que un día me reveló mi abuela, nuestro secreto. No soy única, soy especial.

Así que no tengas miedo y por favor no te enjuicies. No sé qué seguirá para ti luego de hoy, luego de esto. Pero me quedaré aquí hasta que lo necesites, hasta que te sientas mejor. No hay prisa. Tú misma decidirás el momento en que dejaré de habitarte. Sin pedirlo, cuando te sientas lista, no estaré más.

Vengo a ti, dejo algo de mí en ti, y me voy... .

Que bonito, tu respiración ya no es agitada. Tu corazón retoma su ritmo. Sí, anda, limpia esas lágrimas, mujer. Todo estará bien. Escucha esa voz que está en ti, esa que viene desde lo profundo, ahí encontrarás las respuestas.

Adiós, 20052M. Fue un placer.

V

“Cerrado por suspensión general de labores”. Es lo que se puede leer en los carteles que penden de las puertas de los establecimientos.

Calles desiertas, no circulan autos. Negocios cerrados, la producción se ha detenido. Es casi una escena apocalíptica, muy similar a aquella que en el 2020 se multiplicó por todo el mundo.

En los días previos la gente se percibía diferente, casi se puede decir que estaban contentos. Eso sí, con mucha expectación. Los supermercados se abarrotaron, todos alistaban los preparativos para el gran día. La espera había terminado. Rosetas de maíz, caramelos, bebidas hiperezucaradas eran las compras principales. Todo lo necesario para presenciar el anuncio tan esperado.

Todos en casa. Estas eran las medidas que acostumbraba implementar la Nación cada que ganaban la delantera en descubrimientos tecnológicos o ajuste de reglas: crear expectación. TODOS obligados a escuchar la ratificación de superioridad por encima de los demás países. Todos tienen que saberlo, todos tienen que celebrarlo.

Tú pensativa esperas en casa, no puedes hacer mucho. Apoyada en el alféizar de la ventana miras hacia el exterior, contemplas la calma. Aunque no quieras, escucharás el anuncio, a la hora que esto ocurra las fanfarrias automáticamente inundarán cada casa hasta el más mínimo



rincón de la Nación. Y luego la voz masculina, gruesa y celebrante, hará el anuncio.

De repente, alguien toca tu puerta. Te sorprende, nunca nadie te visita. Los vecinos apenas te dirigen la palabra de mala gana, muy de vez en cuando. Dudosa te acercas a la puerta. “¿Quién es?”, preguntas, no obtienes respuesta. Esperas un poco conteniendo la respiración, agudizas el oído a la espera de algún movimiento que delate a la visita inesperada. De nuevo nada. Decides abrir la puerta y titubeante te asomas, nadie. El rellano de las escaleras está completamente vacío.

Estás por cerrar la puerta cuando de repente, con el rabillo del ojo, entrevés un pedazo de papel sobre el tapete. Te intriga. De nuevo miras a tu alrededor tratando de encontrar respuestas, pero nada. Lo tomas y cierras la puerta con un golpe seco.

Das unos cuantos pasos para alejarte de la puerta, te detienes y escudriñas la papeleta con los dedos. “No es una comunicación oficial porque no viene dentro a un sobre”, piensas.

Poco a poco, presa de la curiosidad, empiezas a desdoblarla. Una vez completamente abierta, tus ojos recorren velozmente las pocas letras que en ella se encuentran. Tus palpitaciones aumentan, un escalofrío recorre tu espalda. Relees el texto y...

... la música hace su aparición. Las trompetas que antecede-

den el anuncio se reproducen contundentemente en los altoparlantes del departamento. El sonido hace eco en las calles. No entiendes nada, escuchas, pero a la vez no. Alcanzas la silla más cercana y te sientas, el vértigo te impide mantenerte de pie.

Palabras y más palabras... arengas nacionalistas... frases hechas... falacias... demagogia. La típica sustancia de los discursos, nada insólito. Y finalmente...

“[...] y es así, apreciables residentes que me congratula hacer de su conocimiento que luego de muchos meses de estudio y pruebas de laboratorio, finalmente se ha alcanzado la perfección. En pocos días ultimaremos la instalación al cien por ciento, así como la puesta en marcha en todo el territorio del *DLP*, es decir, *dispositivo de lectura de psique*. Esta es una meta que nos llena de gozo y que, sin lugar a dudas, sin su cooperación y confianza jamás hubiéramos podido alcanzar. El resultado reitera el férreo compromiso que tenemos con su bienestar y el de sus familias [...]”.

“¿Qué, qué? ¿Cómo? ¡No puede ser!”.

Emanas desesperación. Calma, hija, respira profundo.

“Todo me da vueltas... ¿soy yo o es la habitación? ¡Ay por Dios! Tengo mucho miedo ¡qué alguien me ayude!”, piensas.

Aquí estoy, chiquita, respira profundo, no temas.

“No, no, no, ¿qué significa todo esto? ¿Acaso alguien me está jugando una mala broma? ¿Me están poniendo a prueba? ¿Por qué justo ahora? ¡Todo precisamente ahora!”.

Te sumerges en una mole de preguntas sin aparente respuesta. Tu respiración aún es acelerada. Desde hace un buen rato dejaste de prestar oídos al discurso, toda tu atención se centra en tratar de darle un sentido a todo lo que está pasando.

Desde el exterior te alcanza la algarabía que se desborda en las calles. El discurso terminó, las personas celebran el anuncio.

Hasen...

DLP...

psique...

otros...

fingirte...

cambio...

Las palabras rondan en tu cabeza en busca de sentido. Se reiteran una y otra vez. Luego de un rato por fin encuentras la calma, piensas detenidamente en lo ocurrido.

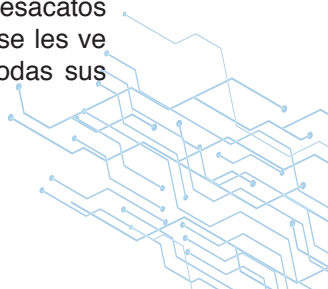
VI

“¡Son las siete de la mañana, hora de levantarse para ir a trabajar! Una gran jornada productiva te espera, ¡la Nación te lo agradece!”.

Estúpida voz, ¡no te soporto! De poco sirves, no he pegado ojo en dos noches, ¿sabes? ¿Lo sabes, verdad? ¡Ash!, parezco loca hablando con una bocina, con una voz que ni siquiera está viva. No dormir, pensar y repensar en una solución está consumiéndome. Anoche por un momento sentí que mi cerebro se apaciguaba y el cansancio estaba por vencerme, pero bastó un ruidito de sabrá Dios dónde para ahuyentarme el sueño. ¿Cómo se supone que logre dormir si mi vida pende de un hilo?... o mejor dicho, de un DLP.

Tengo que hacer algo, no puedo quedarme aquí, no se sabe exactamente qué día implementarán su uso, pero no puedo esperar al último momento. Es un riesgo muy grande. Si finalmente podrán ojear y estudiar eso que es tan íntimo, tan recóndito, tan único..., será mi fin. Sabrán todos mis secretos, mi capacidad e incluso a quiénes he habitado. ¡No! eso sería terrible, quizás también ellas corren peligro. No quiero hacerme... hacernos esto.

En el mejor de los casos se ocuparán solo de mí, me matarán, me quemarán... ¡no sé! Nunca se ha sabido con certeza qué hacen con las personas que cometen desacatos graves, simplemente de un momento a otro no se les ve más. Desaparecen por completo. Y con ellas todas sus pertenencias, hasta la más mínima.



Nadie les nombra ni les recuerda. Su número de identificación luego de poco tiempo es reasignado y listo. Es como si se esfumaran, como si les ahogaran en el olvido.

¿Ese es mi destino, el olvido? ¡No quiero esfumarme, no por favor!

¡Mierda, mierda, mierda! ¿Qué hago? ¿A dónde puedo ir? No tengo familia, no tengo amigos, ¡no tengo a nadie! Si le confieso a alguien lo que vivo, seguramente me delataría. Tengo que hacer algo, pero ya.

Pero... ¿y si tan solo hiciera caso a esto? Al menos podría considerarlo como una salida, intentarlo... ¡No!, ¿cómo puedo confiar en alguien o algo que ni conozco? Y que se presenta a mí así, en un simple papel doblado sobre sí mismo. Sin firma, sin ninguna señal. Y mi nombre, ¿por qué está escrito mi nombre y no mi número de identificación?

¿Y si se trata solo de una trampa para emboscarme o para extorsionarme? Pero... ¿extorsionarme con qué?, si ni dinero poseo, ¡no tengo nada! Este miniapartamento no me pertenece, es el que me asignó el sistema de edilicia popular. Saliendo yo, alguien más lo ocupará. No tengo poder de decisión sobre él, sobre nada. Toda mi vida cabe en una bolsa.

O quizá mi destino sea quedarme aquí y esperar, que pase lo que tenga que pasar. No siempre se tiene que salir bien librado de todo, ¿no? ¡Por favor, que estupideces digo!, me estoy rindiendo. Así sin más, sin ni siquiera intentarlo, sin

ni siquiera arriesgar. ¡Noooo, no puedo!

¿Dónde quedó mi mochila?... se hace tarde.

VII

Te mueves de un lado a otro, apresurada. Con las manos temblorosas, tomas un objeto, lo introduces. Tomas otro, lo exploras, titubeas... lo dejas en su lugar. Sigues así por un buen rato. Uno dentro, dos fuera. La bolsita con la roca azul, dentro. El colirio, fuera. Tu cepillo de dientes, dentro.

“Llevo algo por si me da hambre”, piensas. Te acercas a la alacena, abres la puertita y tomas un paquete de galletas ya abierto. Dentro.

Juntas el poco dinero que tienes en casa, dentro.

Prosigues así por unos minutos. Hija, me preocupas, pero está bien si esto es lo que deseas, adelante.

Recorres de nuevo cada centímetro del departamento, tratando de estudiar si hay algo que pudiera serte útil.

Das una... dos... tres vueltas. Truenas tus dedos, estás nerviosa.

Te acercas a una silla y tomas la chamarra que se encuentra sobre esta. Introduces una mano, luego otra, la acomodas en tu cuerpo y subes el cierre. Revisas con tus dedos

el interior de las bolsas, primero la derecha, luego la izquierda. Ok, todo en orden.

De encima de la mesita tomas un pequeño manajo de llaves. Lo contemplas con un dejo de nostalgia, lo juegas con tus dedos y finalmente lo dejas sobre la mesa. Respiras profundamente y tu postura se transforma, te muestras decidida. Tomas tu mochila, la cierras y la cuelgas a tu hombro. Te encaminas lentamente, paso a paso vas soltando el miedo.

Abres la puerta, pero antes de cruzarla te detienes y observas de nuevo el interior de la habitación... De la bolsa derecha de la chamarra, sacas un papel, lo extiendes. En él se lee:

Hasen:

Fingirte unx de ellxs ya no te bastará.

No eres la única en esto. Sal del camino y toma la ruta...

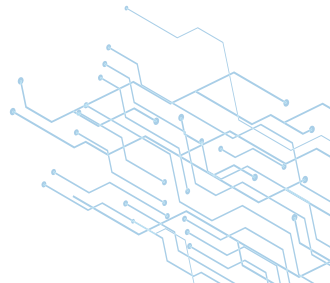
Te despides del lugar, das la media vuelta y con la puerta entreabierto a tus espaldas, te alejas.

A mi yo temerosa, por haberlo intentado a pesar de las inseguridades y haberse demostrado capaz. A mi lector n° 1, por su sostén. A Lila, por haber puesto en marcha algo tan poderoso; a las compañeras de aprendizaje, por su sororidad.

Y finalmente, a la aplastante realidad distópica en que nos vimos sumergidxs, por obligarnos a sacar fuerzas de flaqueza, a crear y tejer lazos a pesar de la distancia, del sufrimiento.

Oly

Mayo 2020



LA CITA





Escritora_
Diana Morales Ocegueda



Nació en Morelia, Michoacán, dentro de una familia de clase media. De niña siempre tenía la nariz metida en un libro o revista (y si no encontraba nada leía el reverso de las cajas de cereal) y la cabeza en el aire. Escribía poesía y era la típica nerd con lentes del salón, excepto que sí pasaba las tareas.

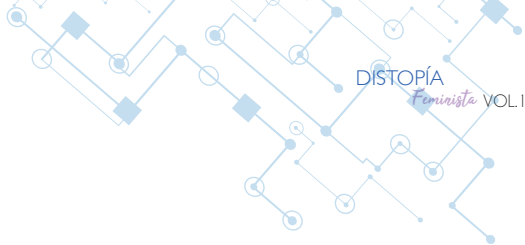
A los 18 años la mandaron a Suiza con una familia, y durante ese intercambio descubrió que existían otras formas de vivir. Cursó la carrera de Relaciones Comerciales Internacionales en su natal Morelia y no la pasó tan bien, pero no importaba, porque ella ya sabía que había otros lugares sin las convenciones sociales, la hipocresía, el machismo y el conservadurismo sistemático al que estaba acostumbrada (luego descubrió que esos otros lugares tenían su propia problemática, igual o más grave, pero esa es otra historia).

Gracias al arduo trabajo de sus padres (que afortunadamente decidieron estudiar cirugía maxilofacial) pudo emigrar a Berlín en 2011, donde vive desde entonces. Ahí cursó una Maestría en Estudios Latinoamericanos y luego regresó a México por unos meses a realizar investigación antropológica en el pueblo afromexicano de Coyolillo, Veracruz. Su incansable búsqueda de nuevas realidades y sensaciones la ha llevado a desempeñarse en las áreas más diversas, desde espacios culturales y organizaciones sociales hasta hoteles y una empresa de tecnología. Actualmente trabaja como intérprete en una organización en contra de la violencia hacia las mujeres y tiene un blog en internet donde experimenta con diversas técnicas literarias.



Ilustradora_
Infierno Andante





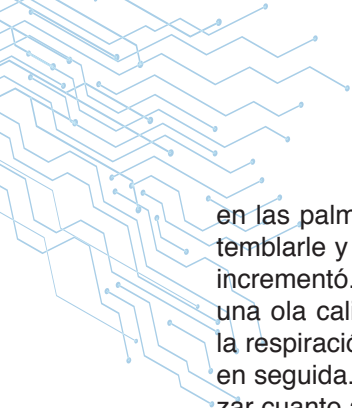
«Soy Zigg, se acaba de morir. Tenemos tres horas para drenarlo».

Las palabras rebotaron dentro de la cabeza de Xenia como una bola de billar antes de entrar al agujero, y, a fuerza de embestidas, consiguieron por fin que reaccionara del todo. Rápidamente pasó del enojo, esa furia repentina y fugaz que la asaltaba cada vez que la despertaban, a la excitación absoluta. Eran las cuatro de la mañana y todavía faltaban dos horas para que amaneciera, pero la avalancha de cortisol la hizo levantarse de la cama de un salto y vestirse a toda prisa. Ni siquiera se entretuvo en darse una mirada en el espejo. Cada noche, durante los últimos seis meses, había dejado todo preparado para no perder ni un segundo en caso de que llegara la llamada: ropa, zapatos, llaves, el portafolio, un batido de proteína de algas. Todo al alcance de la mano. De tanto practicar, se encontró pisando el acelerador sobre la calle desierta en solo ocho minutos.

Cuando llegó al Centro Planetario para Personas no Aptas (CPPNA) ya tenían todo preparado. Las escribanas estaban sentadas ante la gruesa placa de vidrio que separaba la sala de exploración de la central de controles. Visores puestos, listas para presionar el botón. Después de pasar por la cámara esterilizadora y ponerse los guantes de conducción, Xenia se acercó por fin a la robusta mesa de cerá-

mica sobre la que yacía el muerto. A pesar de que estaba totalmente oscuro, no necesitó un visor para encontrarla. Se sabía su localización de memoria. Desde que empezó a trabajar en el Ala de Investigaciones del CPPNA diez años atrás, había realizado más de trescientos drenajes a prisioneros de todo tipo, así que conocía cada rincón a la perfección, y en particular, esa sala redonda con paredes de silicato aluminico. Ya se había acostumbrado a hacer el trabajo a ciegas. Mejor así, porque el visor era bastante incómodo y dejaba marcas alrededor de la cara, además de que cansaba los ojos. Las analistas nuevas se quejaban constantemente de la falta de luz y proponían la instalación de claridad sin longitud de onda, pero la directora, purista, se negaba terminantemente a introducir cualquier tipo de elemento que pudiera interferir con la lectura de las ondas cerebrales, o drenaje, como le llamaban coloquialmente en el Ala.

Diez años había esperado Xenia para tener esa cabeza rasurada entre sus manos, para realizar ese único drenaje y aplicar el conocimiento adquirido mediante las incontables horas de trabajo con cientos de cerebros, las cuales, para ella, habían significado solo una preparación para ese momento. Su mirada cruzó la negrura y se posó sobre los ojos del cadáver. Sabía exactamente dónde estaba su cabeza por el calor que emanaba de ella. Para garantizar la actividad cerebral por tres horas luego de fallecidos, las escribanas aplicaban a los prisioneros una descarga eléctrica de 410 voltios y 1350 miliamperios tres minutos después del cese del latido del corazón, y Xenia podía percibir el campo energético resultante. Sus puños se cerraron lentamente, pero con tanta fuerza, que las uñas se le enterraron



en las palmas haciéndole daño. La mandíbula empezó a temblarle y el flujo de los vasos sanguíneos en su cara se incrementó. «Por fin nos conocemos», murmuró, sintiendo una ola caliente levantarse desde su estómago. Aguantó la respiración unos momentos... Pero se obligó a relajarse en seguida. No había tiempo que perder, tenía que empezar cuanto antes. Haciendo un esfuerzo por concentrarse, respiró profundamente una, dos, tres veces, hasta que consiguió sumergirse completamente en el estado Rho-Delta. En cuanto sus dedos forrados de tejido de plata se posaron mecánicamente sobre el cráneo del hombre, las escribanas encendieron el dispositivo de grabación.

«Mi... nombre es Wolfram Bozant... tengo 68 años... nací el 10 de enero del año 325». Las palabras salían de la boca de Xenia con dificultad. «El 6 de marzo del año 362...». No pudo terminar la frase. No conseguía mantenerse en el estado Rho-Delta, estaba demasiado exaltada. Se quitó los guantes a toda prisa y se aplicó una ronda de golpecitos en los puntos vitales de cara, pecho y costillas. Luego respiró profundamente, se cubrió las manos de nuevo e intentó otra vez. «El 6 de marzo del 62 me desperté con dolor de cabeza y ganas de vomitar, pero no me sorprendió porque la noche anterior había estado en esa fiesta que me organizaron en la Universidad». Las palabras se deslizaban ahora con facilidad. Había encontrado el punto de flujo.

«No me emborraché, pero tomé de más. Estaba satisfecho por el nombramiento, no todos los días se elegía a alguien tan joven como director del Departamento de Psiquiatría. Me levanté, me bañé con agua fría y pedí un taxi para llegar

a tiempo a la clase de las nueve. Los muchachos estaban desesperados. Ese día tenían programado el semestral de Bioquímica a primera hora y el Dr. Hadzic no se había presentado. Me extrañó porque el maestro jamás faltaba a clases, ni siquiera por enfermedad. Se me ocurrió que tal vez a la mujer se le había adelantado la fecha del parto, pero al mediodía mandó un mensaje con la secretaria anunciando su ausencia por dos semanas. Bastante raro en él. Todo el resto del día estuve dando clases y me olvidé del asunto... hasta que regresé a la casa y activé mi pantalla. Estaba por todos lados. Cada emisora tenía la misma historia, y si no hubiera sido por las decenas de imágenes, no lo hubiera creído. De todas maneras, tardé un buen rato en entender lo que estaba pasando. Comprenderán que, como médico, lo que estaba viendo me parecía insólito. A pesar de los titulares, el primer video que apareció en la pantalla no me causó gran impresión: eran unos hombres deambulando por las calles con sus estómagos protuberantes de fuera. Si acaso, encontré un poco inusual que corrieran de un lado a otro como angustiados, agarrándose la cabeza. Lo primero que pensé fue: “Ah, otra pelea en el Kiez”, y concluí que había habido un error en la redacción. Pero cambié de emisora. Y otra vez, y otra, y en cada una los reporteros confirmaban lo mismo y presentaban evidencias que no dejaban dudas. “Pacientes cis masculinos dan a luz en el hospital X”, “Hombre cisgénero de treinta años con diagnóstico de gestación de veintiseis semanas internado en el hospital Y”, “Misteriosa desaparición de feto en paciente femenina de treinta y tres años”... Sí, todos los titulares apuntaban a una cosa. Las imágenes de salas de parto llenas de gente desesperada y las de hombres siendo ingresados en camillas a la sección





de ginecología confirmaban lo imposible... bueno, ustedes ya saben toda la historia, pero para mí en ese momento fue inaudito y me preocupé”.

Hubo un silencio de cinco segundos, y luego prosiguió: «Marqué en la pantalla el número del Dr. Hadzic y no me contestó. Insistí dos veces más y tampoco obtuve respuesta, como me lo esperaba... Al día siguiente entró el profesor suplente y les aplicó el examen pendiente a los muchachos. Durante las clases que siguieron nadie me puso atención. Estaban muy inquietos con el tema y no vi otra opción que juntar a los alumnos de todas las clínicas y darles un sermón sobre mantener la calma y confiar en la ciencia. Pero yo tampoco me podía relajar. El 8 de marzo me llamaron del Instituto de Salud Planetaria (ISP) para convocarme a una reunión en el Hospital General. Era esa misma tarde. Me pasaron por pantalla los resultados de la primera ronda de exámenes clínicos que se habían realizado los días anteriores en cincuenta de los ochenta y cinco hospitales del planeta, y ahí fue cuando me quedó claro que estábamos ante una contingencia.

La situación era más grave y más extraña de lo que esperaba. Debo decir que me emocioné un poco porque lo que estábamos presenciando era un fenómeno médico sin precedentes, y yo, joven y con altas ambiciones, podía aprovechar esa oportunidad para seguir desarrollándome en el campo de la investigación neurológica... pero al mismo tiempo que mi curiosidad aumentaba, lo hacía mi preocupación. Esa mañana iba camino a la Universidad, sin embargo, tomé la desviación y me dirigí a la casa del Dr. Hadzic».

La luz roja en la central de controles se encendió y una alarma emitió el desagradable sonido que indicaba el final de la Primera Fase. La frecuencia y la presión sonora del silbido tenían que ser lo más altas posibles, casi llegando al umbral del dolor para asegurar la interrupción del estado Rho-Delta y evitar que las analistas continuaran con el drenaje y sobrecargaran su capacidad cerebral. Quitándose los guantes a tirones, Xenia esperó un poco a que se desvaneciera su súbita molestia. Eso era lo único que odiaba del trabajo, que la despertaran cada 20 minutos con ese pitido altísimo.

Le parecía que era una medida de seguridad obsoleta y bastante exagerada, considerando su casi impecable capacidad de entrar y salir del estado Rho-Delta a voluntad sin necesitar 110 decibeles que la jalonearan. Un timbre discreto le sería más que suficiente. «Bueno, para ti, ¿y las demás?», replicaban siempre las escribanas. A lo que ella respondía que en algún momento tenían que aprender y que, además, todas sabían que apenas a partir de los 67.5 minutos dentro del estado empezaba el deterioro neuronal. Haciendo un ademán de exasperación con la cabeza, pasó por la cámara de esterilización y salió en silencio al pasillo sin detenerse un rato para conversar con Zehn y Vier, como hacía siempre.

Los nombres reales de las escribanas eran Zigg y Vada, pero la directora, quien era descendiente directa de la única familia de alemanes que pudo ser rescatada el Día de la Destrucción Terrestre, les había puesto esos alias numéricos en su primer idioma como parte del protocolo de seguridad, de acuerdo con el cual, las agentes de la central de controles tenían que presentarse como elemen-



tos anónimos. Según la Dra. Fritz, lo anterior servía para evitar cualquier vínculo emocional entre estas y la analista, que pudiera ocasionar la falta de precisión o distracción de la última durante el proceso de drenaje. Como en el caso de los pitidos y la oscuridad, a Xenia le parecían desproporcionados esos niveles de precaución y consideraba que cualquier analista decente tenía que ser capaz de hacer drenajes como era debido, sin necesidad de un gran control de variables externas. Pero sabía bien que ella, a diferencia de las demás, había nacido con un don y que todas esas comparaciones y exigencias que hacía estaban lejos de ser justas, así que se esforzaba por obedecer las órdenes. También sabía que aquella mañana no estaba especialmente alterada ni por los pitidos ni por los lineamientos de Frau Fritz, ni siquiera por el timbre de la pantalla móvil que la despertó en medio de la madrugada. Una punzada en su estómago la sacó de sus pensamientos y le recordó que llevaba días comiendo apenas lo necesario. Con pasos rápidos, se dirigió al pequeño cuarto donde se alineaban los casilleros y abrió el suyo, pero en lugar de sacar sus proteínas disueltas en agua, escarbó hasta el fondo de su mochila hasta sentir la suavidad del terciopelo en el dorso de la mano. Cubrió la forma dura y redonda con la palma mientras metía la cabeza dentro del casillero, y, cerrando los ojos, apoyó el cuerpo contra el frío metal. Resbalando los dedos sobre las formas redondeadas, se puso a jugar con la tela que los separaba del objeto, formando pliegues y estirándolos de nuevo, girando el terciopelo de un lado a otro sobre la superficie, presionando las fibras perpendiculares que hacían de esa variedad textil algo tan particular. Pasado un rato abrió la mano y buscó con ella su suéter. Le quedaban solo diez minutos de descanso, así que se echó a correr y cruzó el pasillo hasta el vestíbulo. En cuanto pisó el recinto, sintió en la cara

un viento helado que venía de la puerta principal y que le refrescó las sienes palpitantes. «Mucho mejor», pensó, y cruzándose de piernas sobre la banca de granito frente a la ventana, empezó a repasar sus inhalaciones antidoto con la vista fija en el cielo añil.

«Estuve insistiendo como una media hora hasta que la Sra. Hadzic me abrió. Contrario a lo que me imaginaba, se veía bien, tranquila, pero renuente a que entrara, a pesar de que ya sabía quién era. Tuve que explicarle que me habían llamado del Instituto de Salud Planetaria y que estaba al tanto de lo que pasaba. Ya para ese entonces, intuía que la condición se había extendido al cien por ciento de los... de los embarazados, pero todavía tenía una última esperanza irracional de que se tratara de casos aislados. Esa esperanza desapareció completamente cuando pasé al cuarto del Dr. Hadzic. Estaba postrado en su cama, inmóvil, y viendo hacia a la pared. La habitación estaba a media luz, pero pude distinguir que tenía una barba de varios días. Se veía muy delgado, con la cara enjuta. Cuando me acerqué más pude verle bien los ojos. Parecía que estuvieran vacíos, como si el dueño no estuviera ahí. Aunque había tenido enfrente a cientos de pacientes en esas condiciones durante toda mi práctica como médico, aquella vez era distinto. No supe qué decir, no lo reconocía. Lo único que me salió fue preguntar alguna torpeza sobre la salud del bebé. Porque, aunque no se dijo nada explícito, se sobreentendía que todos sabíamos lo que estaba pasando: El Dr. Hadzic había parido unos días atrás y estaba en un estado severo de depresión. Nos quedamos hablando un buen rato los dos solos. Mejor dicho, yo era el que hablaba. No le dije nada que él no supiera o sospechara. Tampoco mostró grandes esperanzas acerca de mi reunión con el Instituto de Salud. Cada uno de

los hombres, en etapa de puerperio inmediato, a los que se les hizo el examen médico habían salido positivos en algún tipo de alteración mental severa y no había mucho qué hacer por el momento además del tratamiento con fármacos. El mismo diagnóstico se obtuvo en el total de hombres gestantes. Salí de ahí después de tomar café y galletas ante la insistencia de la mujer. Se disculpó por no haberme invitado a pasar en seguida, pero le daba pesar que vieran a su marido en ese estado. Aproveché para darle algunas indicaciones sobre los cuidados del maestro, más por costumbre y en un intento por mantener las formas que por ser necesario. Estaba tenso y me dolía la cabeza. Todavía faltaban varias horas para la junta en el Instituto de Salud Planetaria, pero hablé con la secretaria para cancelar todas las clases de ese día. Estuve dando vueltas por la carretera exterior. Rara vez tenía cefalea, pero en ese momento no me sorprendió. Finalmente tomé el camino de tierra que daba hacia el arroyo y me estacioné en un baldío». Xenia guardó silencio. Sus manos metálicas habían dejado de captar a Wolfram y se balanceaban levemente a escasos milímetros del cuero cabelludo. Esperó treinta segundos, pero el flujo de ondas cerebrales seguía interrumpido. No pudo evitar sonreír un poco. Eso sucedía con frecuencia durante el proceso de drenaje cuando la corteza prefrontal intentaba ocultar o manipular la verdad. A Xenia le parecía fascinante que, aun clínicamente muertos y tratados por una analista profesional usando tejido de oricalco, los cerebros tuvieran la capacidad de desactivar el flujo de información al encontrarse en situaciones que el individuo hubiera considerado peligrosas o inconvenientes en vida. A pesar de los numerosos estudios que se habían realizado ahí mismo en el Ala, todavía no se descubría el mecanismo energoneurorreléctrico que permitía dicho fenómeno. Juntando las manos, inhaló y exhaló diez veces

de manera rápida y superficial, e inmediatamente después colocó las palmas sobre la cabeza del paciente que, al contacto con las fibras metálicas, se estremeció de forma casi imperceptible.

La intensidad de la descarga eléctrica fue suficiente para reactivar el flujo cerebral, y Wolfram continuó: «Saqué mi pantalla y busqué el número. No fue difícil, tenía varias llamadas perdidas en el archivo. Era una chica del Kiez con la que había tenido algo sin importancia unos meses atrás. La conocí en una capacitación durante las rondas de salud preventiva que hacíamos con el Instituto cada trimestre en todos los hospitales del área. Cada vez que bajaba al barrio, nos encontrábamos. Una buena muchacha. Ina, se llamaba. Una de las últimas veces que la vi me dijo que no le había llegado el periodo. Yo no tenía intenciones de llevar las cosas más allá y empecé a alejarme. Estaba trabajando para conseguir la dirección del Departamento de Psiquiatría y no estaba en mis planes tener un hijo, y mucho menos en el Kiez.

Ella intentó contactarme por varias semanas, pero la ignoré. En algún momento se iba a cansar, y era un hecho que no se atrevería a subir a la ciudad a preguntarme por mí, así que estaba tranquilo. Ahora me avergüenzo de mi soberbia. Ese día en el baldío hablamos por pantalla no más de cinco minutos, solo para que confirmara mis sospechas y me informara el tiempo que llevaba embarazada. El día anterior había empezado su tercer mes... mejor dicho, el mío. Supongo que me lo merecía, pero en ese momento la odié... todo se estaba tambaleando. Mi vida estaba a punto de irse al diablo por un problema que ni siquiera correspondía con mi realidad biológica. Tal vez pensó en abortar, pero por culpa de las políticas natalistas que yo



mismo promovía no lo hubiera podido hacer, por lo menos no legalmente. ¿Por qué no abortó la estúpida? Ella era enfermera y podía conseguir el medicamento y yo no estaría aquí ahora. Nada de esto hubiera pasado... Sí, supongo que me lo merecía.

Por otro lado, estaba confiado en que el ISP ya se encontrara en medio de una investigación exhaustiva para desarrollar la droga con la que uno pudiera interrumpir la gestación sin necesidad de que le abrieran el abdomen. Porque, como saben, nuestra área genital externa estaba intacta... Bueno, todo eso estaba a punto de aclararse en la junta. Se acercaba la hora, así que me calmé y me puse en marcha. Cuando llegué a la sala de conferencias ya había unas cincuenta personas, incluido el director del Instituto y el Ministro de Salud Planetaria.

Toda la gente de Psicología y Psiquiatría estaba ahí y también reconocí a algunos endocrinólogos, ginecólogos y obstetras. La expresión de confusión en las caras era la misma. Entonces la vi a lo lejos, sentada ante la mesa del presidium junto al Dr. Ux». Las puntas de los dedos se clavaron en la piel en un movimiento repentino. «Claramente iban a involucrar al Consejo y habían llamado a Ayşe. Desde que desertó de Psiquiatría para internarse por trastorno bipolar, solo la había visto tres veces. La primera fue unas semanas antes de que la reclutara el Ministerio, aquella tarde en que concluyó su tratamiento en el hospital. Se veía estable. Traté de convencerla de que regresara a la Universidad y no perdiera el año. Le prometí que la iba a ayudar con todo el material que habíamos visto en clases, con las clínicas, los laboratorios... Le recordé que era, por mucho, la estudiante más brillante de la generación. Le repetí que no podía abandonar sus aspiraciones de en-

contrar la cura para su afección mental, que tenía un compromiso con la sociedad. Le dije que se iba a arrepentir. Finalmente, se lo pedí como amigo. Pero nada sirvió y nos peleamos. “Es que no entiendes, no puedes entender”, me dijo. Que cómo era posible que fuera estudiante de psiquiatría y no entendiera lo que le pasaba.

Que sí, que ahora estaba estable, “Pero ¿cuánto va a durar eso, Wolf, cuánto?”, me decía agitando las manos, “¿Seis meses? ¿Tres? ¿Un año, y luego me vuelven a internar? Tú no sabes lo que es vivir de hospital en hospital. No tienes idea de lo que significa no poder confiar en tu propia cabeza, que un día te asegura que ahora sí vas a estar bien y que todo va a ser distinto, y tú le crees por centésima vez solo para que tarde o temprano decida irse a la mierda como siempre”. Yo trataba de comprender, pero la rabia me ganaba y pensaba que se estaba dando por vencida demasiado rápido. Le dije que no fuera cobarde. “Pues sí, Wolfram”, me respondió mirando para otro lado. “Tengo miedo. Vivo con miedo, pero de mí misma”. Esa fue nuestra última conversación antes de que descubrieran que podía comunicarse con los Videntes. La siguiente fue en aquella junta hacía cinco años, donde presentó las consideraciones del Consejo sobre la propuesta del Ministerio acerca de continuar con las políticas de crecimiento demográfico.

«Finalmente, seis meses antes de la reunión en el ISP, la había visto en la calle. Se veía fuerte y sana, tranquila. Le dio gusto verme, lo mismo que a mí. Me contó que ya casi no sufría de recaídas, que tenía una vida agradable sin grandes presiones que la desestabilizaran, y que las sesiones con el Consejo eran espaciadas. Tenía sentido, porque el Ministerio solo contactaba a los Videntes en ca-

sos de emergencia o para tomar decisiones vitales. Me alegré por ella, pero seguía pensando que era una lástima que hubiera abandonado cualquier tipo de aspiración profesional en su campo, sobre todo porque trabajaba directamente para el Ministerio y tenía todas las posibilidades de investigación a su disposición y, además, toda la ayuda que necesitara para mantener su salud mental en orden.

Claro que su función, como uno de los únicos dos intérpretes en el planeta, era una actividad profesional totalmente respetable, crucial si se quiere, pero también era una realidad que le implicaba un esfuerzo mínimo. Había nacido con el don, igual que Yuri Ux. Tenía que reconocer que haberse casado con él había sido una jugada estratégica, porque así tenía su futuro asegurado y podía vivir tranquila como ama de casa, o lo que sea que hiciera. Como pueden ver, a pesar de mis años tratando pacientes, todavía no entendía del todo las enfermedades mentales».

Xenia separó las manos de la cabeza del preso en un ademán violento. Las tenía húmedas y calientes, igual que la cara. La lámpara en la central de controles había pasado del rojo al amarillo desde hacía exactamente veinte minutos, y, si los dedos hubieran permanecido en contacto con la piel por una fracción de segundo más, la luz habría transitado al violeta y la potencia del pitido subsecuente se habría elevado diez decibeles. Aunque Xenia respetaba las indicaciones técnicas del Ala, las escribanas esperaban que aquel día en particular no se atuviera completamente a ellas. Había pasado de la segunda a la tercera etapa del drenaje sin descanso e ignorando la señal. Luego de saludar con la mano a sus colegas detrás del vidrio a manera de vaga disculpa, salió rápidamente de la sala, consciente de que no había cometido el mínimo error operativo a pe-

sar de todo. Las molestas palpitaciones en sus sienes se habían transformado en una prensa de torniquete que le estrujaba el cráneo, cuyas gruesas placas se cerraban un poco más a cada paso que daba. Detrás de su cuello, uno a cada lado de la columna vertebral, se habían formado nudos musculares producto de la tensión.

Sacó sus proteínas del casillero y se las tomó de un golpe, no porque le aturdiara el sonido de su estómago vacío, sino porque sabía que iba a necesitar fuerzas. Además de un excelente manejo mental, navegar dentro del estado Rho-Delta requería de altos niveles de energía y Xenia estaba exhausta. Ya hacía unos días que las emociones guardadas en el sótano de su cerebro reptaban despacio hacia la superficie de su mente y golpeaban la puerta con necedad, succionando sus reservas de combustible. Pero ella sabía autoregularse y era resistente, consecuencia directa de haber sido criada por psicoterapeutas y psicoanalistas.

En vista de las devastadoras consecuencias del Gran Reajuste Biológico, el nuevo gobierno en aquella época había decidido redireccionar sus políticas. Se asignó la misma prioridad que se le daba a la salud física del individuo, a su salud mental, a manera de estrategia central para garantizar el bienestar común y reactivar el desarrollo económico y científico. Xenia había pertenecido a la primera generación de niños educados por un cuerpo de profesionales en ese campo y manejaba bien las tácticas de autosanación, además de que se sabía de memoria la historia de aquel tiempo. Había pasado años sentada sobre la blanda alfombra de su cuarto en el octavo piso del internado, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada sobre un costado de su cama, leyendo libros de texto, periódicos viejos,

escuchando entrevistas y viendo documentales, aunque las imágenes en estos fueran con frecuencia demasiado violentas para alguien de su edad.

«Déjase, en algún momento tendrá que enfrentarse con todo», había escuchado decir a la jefa de supervisoras una noche en la que, con la luz apagada y el volumen bajo, miraba la pantalla móvil que le había dado un adolescente durante su día libre en la ciudad, a cambio de una descarga eléctrica. Veinte años después, se encontraba sentada con las piernas cruzadas del mismo modo y la espalda apoyada sobre la pared de aquel internado para adultos que era su lugar de trabajo, en un cuerpo más grande y una mente más entrenada, pero con la misma necesidad de saber. Mirando el verdor matutino a través de la ventana del vestíbulo, extrajo con cuidado la bola brillante de su funda aterciopelada y la apretó entre sus manos. Tenía todas las piezas, excepto una.

«A partir de los tres meses y medio de gestación, los pacientes examinados habían empezado a presentar los primeros signos de trastorno, que incluían ansiedad, insomnio, dolores de cabeza, movimientos involuntarios, alucinaciones auditivas, paranoia, aumento o disminución del apetito y fatiga, además de los síntomas de embarazo ya conocidos. Al cuarto mes, un cuarenta por ciento había comenzado con crisis depresivas agudas y ansiedad generalizada, y el resto con episodios psicóticos que podían derivar en esquizofrenia. Un tres por ciento de estos últimos había presentado, además, epilepsia. La fisiología de los pacientes se había alterado mediante la aparición de una cápsula de tejido elástico sobre la vesícula seminal, justo atrás de la vejiga y adelante del recto, con la cara interna recubierta de varias capas permeables que

permitían la transmisión de nutrientes al feto. No había presencia de cordón umbilical. Al no existir un conducto que comunicara el útero masculino con el exterior, la única posibilidad de interrupción del embarazo por el momento era a través del procedimiento quirúrgico.

Al respecto, la Presidencia Planetaria ya estaba trabajando en la propuesta de legalización del aborto. La investigación para el desarrollo de un fármaco capaz de inducir este de manera segura se extendería por lo menos tres años y el desarrollo de una vacuna para la prevención del embarazo se podría vislumbrar a cinco, ya que primero era necesario estudiar el funcionamiento del nuevo órgano de gestación y las implicaciones de su manipulación en la salud de los pacientes.

Se habían practicado 420 partos en los últimos tres días y más de la mitad habían sido de alto riesgo, resultando en la muerte de veinticuatro hombres. Por otro lado, ninguna de las mujeres que presentaron desaparición fetal mostró síntomas de patología mental severa relacionada con la pérdida. En ese momento se tenían registrados diez casos de violencia doméstica por parte de varones en estado de post parto. Y finalmente, en la mañana de ese día hubo un caso de suicidio involuntario en el Kiez. Se trataba de un hombre de veinticinco años que se abrió el abdomen con un cuchillo de cocina durante un episodio psicótico temporal, en un intento por deshacerse del producto... Esa fue, a grandes rasgos, la información que nos proporcionó el ministro de salud, y a continuación leyó una orden planetaria dirigida a todos los investigadores no grávidos y a los que tuvieran menos de tres meses y medio de gestación, para suspender actividades laborales e integrarse de inmediato a los estudios clínicos que se estaban practicando en el

Hospital General. Para todos los presentes que hubieran pasado del cuarto mes, el reposo en el domicilio personal era obligatorio a partir del día siguiente. Esta indicación se extendió a la población general mediante un comunicado de la Presidencia.

A esas alturas el ambiente ya estaba tenso y se oían murmullos y exclamaciones. Yo intentaba mantener la compostura y hacía un esfuerzo por alejarme mentalmente de la situación... a mí no me podía estar pasando eso, no en ese momento de mi vida. Recuerdo que escuché un llanto ahogado en la fila detrás de mí y algunos gritos del otro lado de la sala. Con ese panorama catastrófico eran comprensibles tales reacciones... Una cosa así de grave no había pasado desde hacía mucho tiempo.

Por eso, cuando el ministro anunció al Primer Intérprete, la sala se quedó en total silencio. Todos estábamos esperando un mensaje del Consejo de Videntes, o por lo menos de la Presidencia. ¿Qué era todo aquello? ¿Por qué estaba pasando? Ni siquiera en los anales de la Tierra se había visto un caso tan extraño, tan arbitrario. ¿Por qué a nosotros? Los Videntes tenían que darnos una explicación. Yo nunca estuve muy de acuerdo con que los gobiernos siguieran pidiendo su consejo. Consideraba que su función ya era obsoleta. No tenían mucho que ver con nosotros esos entes, con la vida aquí. Ni siquiera existían en nuestra dimensión. Como bien se sabía, las decisiones se tomaban casi siempre obedeciendo intereses de grupos políticos e industriales y el contacto con el Consejo era, a mi parecer, un acto meramente protocolario. Pero también era verdad que aquellos seres tenían un poder inexplicable

e infinitamente mayor al nuestro y que habían protegido al planeta de invasiones y amenazas externas, de impactos cósmicos y de todo tipo de desastres energéticos a lo largo de la historia.

Vaya, era gracias a ellos que seguíamos vivos. La situación que estábamos encarando ameritaba pedir su ayuda. Así que efectivamente, todos estábamos ansiosos por escuchar lo que Yuri Ux tenía que decir. “En vista de la actual emergencia, a nombre de la Presidencia Planetaria y el Ministerio de Seguridad, la Segunda Intérprete aquí presente y un servidor comunicamos que se recurrirá al Contacto Energético Dirigido, a iniciar formalmente el día 10 de marzo a las 2 horas en el Observatorio Mayor y a extenderse por tiempo indefinido”.

Pero en lugar de sentir alivio con sus palabras, una sensación de malestar me invadió: al levantarse para ir al podio, el Dr. Ux había dejado al descubierto una forma grande y abultada que sobresalía debajo su bata. Estaba embarazado. Calculé que tendría unos cinco o seis meses... y luego recordé que Ayşe no me había comentado nada aquel día que conversamos. Pero lo entendía. Al final ella siempre supo mi posición acerca de todo el tema de los hijos y probablemente se avergonzaba un poco ante mí, al haber optado por lo que yo consideraba que era el camino fácil. A ver, claro que me hubiera dado gusto por ella, solo que nunca había comprendido ese deseo terco que siempre tuvo de convertirse en madre algún día. Ya pueden ver la paradoja. Ahora el que estaba embarazado era yo y el hijo que ella cargaba se había pasado días atrás al vientre de su marido por un arte desconocido. Bajo la luz de las

lámparas del podio era muy evidente que el Dr. Ux estaba bajo los efectos neurológicos de la gestación masculina. Tenía unas ojeras profundas y azules, las facciones escurridas y un peso notoriamente bajo. Su voz sonaba quebradiza y monótona, y pude percibir ligeros problemas para coordinar el habla que atribuí a la presencia de drogas psiquiátricas en su cuerpo.

No quedaba rastro de su personalidad segura ni de su elocuencia característica. Aunque era un intérprete nato, me pregunté con nerviosismo si sería capaz de dirigir correctamente el Contacto Energético en esas condiciones. Ese era el miedo general. Por fortuna estaba Ayşe, que se veía consternada pero lúcida. No dudaba de su capacidad para manejar los Contactos sin ayuda. Pero dos son mejor que uno y me temía que la obstinada llevara las cosas demasiado lejos y se empeñara en tener al hijo sin importarle las consecuencias que eso tendría en la salud de Yuri Ux. No podíamos arriesgarnos a perder al Primer Intérprete y con ello disminuir las posibilidades de una solución para aquel desastre, por el capricho de la mujer... Pero el prestigiado Dr. Ux, que tenía todas las posibilidades de hacerse un aborto ilegal cobijado por la Presidencia, sucumbió a los deseos de su amada esposa y finalmente parió. Nos enteramos tres meses después, salió en las noticias a primera hora.

Para ese entonces yo tenía ataques de ansiedad casi todos los días y experimentaba paranoia recurrente, pero seguía trabajando. El Dr. Hadzic no había logrado recuperarse y seguía en su casa al cuidado de su mujer, así que yo estaba al mando de los escaneos cerebrales que se

realizaban todos los días en el Hospital General. Bueno, eso de estar al mando era solo una formalidad, porque en aquel momento ya era un ser que a duras penas funcionaba y desde hacía tiempo la Dra. Saenz había asumido la responsabilidad del laboratorio.

Las primeras semanas de embarazo no tuve grandes problemas, si acaso un poco de insomnio y dolores de cabeza frecuentes, pero al cuarto mes empecé a deteriorarme rápidamente y tuve que ir dejando una por una todas mis actividades. Había llegado al punto en que hasta la más mínima dificultad técnica me ocasionaba una angustia desproporcionada. Temblaba constantemente y tenía movimientos incontrolables en manos y piernas, entorpeciendo el trabajo manual y cometiendo errores de precisión. Mi capacidad de concentración había disminuido más del cincuenta por ciento y mis habilidades cognitivas le seguían el paso, y con los resultados de la resonancia energomagnética que ordené que me realizaran, pude comprobar con horror que el grosor de mi corteza cerebral se había reducido considerablemente, como en la vasta mayoría de los pacientes que yo mismo analizaba.

Tenía la sensación constante de que mis colegas tenían información importante que me ocultaban y cada vez que hablaban entre ellos estaba seguro que era sobre mí. El hecho de que la Dra. Saenz me sugiriera cada día con más apremio que dejara de trabajar y permaneciera en casa solo empeoraba mi paranoia y aumentaba mi afán por llegar “al fondo del asunto”. Asunto imaginario, claro. Pero todo aquello era aún manejable con el cóctel de medicamentos que recibía vía intravenosa cada tarde al

terminar el turno. La fragilidad. Eso era lo insoportable. Desde que despertaba sentía entre el cuello y el pecho una especie de vacío... No, más bien, como una suerte de gelatina transparente y temblorosa que se extendía por toda la región del esternón y las costillas superiores, cubriendo las clavículas, y se instalaba entre los huesos y los órganos internos sin tocarlos, como un segundo esqueleto de vidrio delgadísimo bajo la estructura ósea.

A veces la gelatina se contraía de repente y me impedía respirar, y a veces vibraba violentamente amenazando con romperse y regar mil pedazos cortantes sobre mis vísceras. Esta última sensación en particular me impedía moverme un solo centímetro, a pesar de que lo único que quería en esos casos era salir corriendo a un lugar seguro, el que fuera, y esconderme ahí por un rato, aunque mi lógica entendiera que el laboratorio en el que me encontraba era uno de los lugares más seguros del planeta y que ahí estaba a salvo...

Pero no era suficiente, porque lo que invadía mi mente en esos momentos era una voz que me gritaba: "¡ESTAMOS EN PELIGRO, NO LO VAMOS A LOGRAR!" y que me urgía a escapar lo más pronto posible de donde sea que estuviera, si era posible llegar hasta mi casa y arrastrarme debajo de la cama, o por lo menos debajo de una de las mesas de inspección del laboratorio, y hundir la cabeza entre las rodillas hasta que pasara la sensación. Desde mis años de estudiante, nunca había logrado entender completamente ese supuesto miedo que la gente sentía durante un ataque de pánico, hasta entonces.

Pero mi caso era por mucho uno de los afortunados y mis afecciones mentales no representaban un gran problema

en comparación con lo que estaba pasando en el planeta en aquel momento. Para ese entonces más de la mitad de los partos habían resultado en la muerte del padre y del feto. El Senado había rechazado la iniciativa de legalización del aborto quirúrgico para evitar que la tasa subiera. Las marchas presionando la revisión de la decisión llevaban mes y medio en las calles y los disturbios habían empezado hacía quince días.

El problema era que, en la mayoría de los hombres gestantes, el útero estaba recubierto por ramificaciones de la aorta abdominal y era muy complicado hacer una incisión lo suficientemente grande para sacar el contenido sin romper los conductos. La mayoría morían desangrados. Un aborto químico aún no era viable, porque todos los medicamentos que se habían probado, incluido el P5 intravenoso que era nuestra última esperanza, habían provocado reacciones severas al interactuar con las drogas psiquiátricas que tomaban los embarazados.

Aun así, hubo muchos hombres que suspendieron su tratamiento y se inyectaron en clínicas clandestinas. Algunos lograron que su cuerpo reabsorbiera el tejido muerto con éxito, pero la mayoría desarrollaba infecciones graves. La violencia doméstica estaba a tope.

En el Kiez se habían contabilizado noventa casos. En el resto del planeta, otros ciento veinte. El cincuenta y cinco por ciento del total había resultado en homicidio por parte del varón hacia su compañera, y un siete por ciento de las agresiones fatales las había perpetrado la mujer. Los manicomios estaban llenos. La Presidencia había decidido que los juicios se realizarían en cuanto se estabilizara la situación, y que por lo pronto los acusados serían internados

en clínicas. La mayoría de los negocios y oficinas estaban parados. En un planeta en el que originalmente dos de cada cuatro mujeres se encontraban en estado gestante, un cambio anatómico como el que experimentábamos significaba que la mitad de los hombres estaban condenados a la muerte o a la locura.

Las posiciones de alto nivel en todos los ámbitos se vaciaban día a día. Hubo saqueos, peleas callejeras, atentados en las oficinas del Ministerio... A veces me paseaba por la calle para tomar un poco de aire después de terminar el turno en el laboratorio, tratando de aprovechar los contados momentos en los que todavía sentía que era yo. Me iba al centro y recorría la Gran Avenida para ver de cerca la decadencia, como en un intento por encontrar reflejado en el exterior lo que me estaba pasando adentro.

Esos hombres, y la ciudad, también se estaban cayendo a pedazos. Un montón de sillas sucias acomodadas alrededor de una fogata servían como sala y las tiendas de lona alineadas a lo largo de la calle eran los dormitorios. Habían colgado unas pancartas en las que se leían cosas como: "Aborto inmediato" o "Más de 1200 muertos. ¡Exigimos justicia!"... Yo ya tenía seis meses de embarazo y entendía su desesperación. Tenía ganas de unirmeles y entrar a la fuerza al Ministerio a exigir respuestas.

¿Qué habían estado haciendo todo ese tiempo? ¿Qué estaba pasando realmente con los Videntes? Cada semana después de la sesión de Contacto Dirigido, el Dr. Ux nos venía con el mismo mensaje: "Para tomar una decisión, se necesita información. Para tener información, se necesita paciencia. El Consejo exhorta a la espera"... A la espera... ¿A la espera de qué? No tenía sentido. Era cierto que los

mensajes de los Videntes eran siempre muy ambiguos y sujetos a la interpretación, pero esto sonaba a manipulación del Ministerio. Pero si así fuera, ¿qué ganaría el Ministerio? La mayoría de sus integrantes eran hombres y también estaban afectados.

Era todo muy extraño. Por nuestra parte, habíamos dado toda la información de las investigaciones y cada nuevo hallazgo lo comunicábamos enseguida. Datos nada alentadores, en todo caso. Después de cientos de escaneos, todavía no encontrábamos una relación directa entre el desbalance químico cerebral y la gestación masculina, y, por lo tanto, aún no podíamos pensar en una solución integral. Eran dos procesos sucediendo paralelamente, pero sin conexión aparente, un misterio médico, y por eso necesitábamos una explicación de aquellos seres que entendían lo inexplicable... a menos de que también hubieran estado involucrados, lo cual era una posibilidad completamente absurda, pero en ese momento no lo parecía tanto. Pese a todo, en aquel punto yo todavía guardaba esperanzas. Hasta que dos semanas después de dar a luz, Yuri Ux se dio un tiro.

Aunque ya llevábamos más de ciento setenta suicidios en tres meses, debo decir que me sorprendió el suceso, porque El Dr. Ux era uno de los hombres más poderosos e influyentes en el planeta y tenía todos los recursos a su alcance. Fue precisamente por eso que mi estado empeoró drásticamente cuando me enteré de su muerte. Si él, que estaba en comunicación directa con los que se supone que nos iban a ayudar, había optado por matarse... ¿Es que estaba todo perdido?... A ver, yo sé que esos pensamientos fatalistas se magnificaban por mi condición mental, pero en ese momento no podía distinguir mucho

entre la exageración y lo objetivo... Era un círculo vicioso... No tenía claridad. Tenía miedo. El miedo más grande que he sentido en mi vida. Empecé a tener pesadillas. Veía unos monstruos informes y oscuros... No, no los veía como tal, los sentía. Sentía una oscuridad maligna que me acechaba y de la cual no podía escapar, percibía unas figuras negras y moradas que me envolvían y succionaban mi... ¿alma?... Aterrador y desconcertante. Fue más o menos en ese punto cuando empecé a perder cada vez más frecuentemente el contacto con la realidad. Uno de esos días, la Dra. Saenz tuvo que llamar a seguridad, porque me puse a gritar mientras hacía un escaneo. Había visto cómo la cara del paciente se derretía poco a poco, formando una lava negruzca y caliente que se escurría hacia la mesa de inspección, dejando al descubierto unos colmillos afilados que salían de la mandíbula de la calavera... Sí, ¡colmillos! La directora provisional me hizo firmar un cese de actividades ese día en la tarde. Ya estaba. Lo poco que me quedaba de persona funcional se había ido.

Ahora era uno de ellos. ¿Y si me unía a las revueltas? Cada vez la tentación era más grande, no tenía nada que perder. Del Dr. Bozant solo existía una sombra. Empecé a bajar al Kiez. Mi presencia ya no era notoria, era un embarazado más como ellos, la situación había cambiado. Había basura en las calles y vidrios rotos. Restos de barricadas quemadas. Los enfrentamientos con la policía eran frecuentes. También había hileras de tiendas de campaña como en las calles del centro, pero en las pancartas se leían otras cosas. Cosas como: “¡No a la extinción masculina!”, “¡Alto a la mafia de Intérpretes!” o “¡Los Videntes son mujeres!”... La gente del Kiez fue siempre muy... creativa. Pero eso que sonaba a discursos populacheros empezó a tener sentido el día que escuché a aquel hombre en la Plaza 30.

Estaba parado en el borde de una fuente y traía puesto un traje con corbata que se veía que no se había quitado en varios días. El sol de las tres de la tarde estaba alto y el hombre sudaba, como la mayoría de los que estábamos ahí. Éramos unos cincuenta. “Es evidente compañeros”, decía mientras se limpiaba la cara con una mano temblorosa. “Es una campaña activa para desplazarnos. ¡Miren a su alrededor! ¿Quién se quedó con sus antiguos empleos? Cada vez somos menos. ¡Miren esto!” y agitaba en el aire una página del periódico principal en aquel tiempo,

El Eclipse. Yo ya estaba enterado de la noticia. Ese día en la mañana, el ministro de Seguridad había sido internado en Las Colinas, y la secretaria administrativa había tomado su lugar. Por su parte, el viceministro llevaba días en estado crítico en el Hospital General y no había nadie más a quién asignar el cargo. Estaba pasando lo mismo en el resto de las instancias de gobierno y en todos los demás sectores. El mismo Hospital General, con la Dra. Zdaja al mando... el Ministerio de Salud a cargo de la Dra. Rux... la Policía Planetaria liderada por la segunda oficial... la Dra. Saenz coordinando los estudios clínicos en los que yo ya no estaba participando.

Lo que me hubiera parecido un disparate lanzado por un vagabundo sudoroso arriba de una fuente, de pronto tuvo sentido. Tenía razón, estábamos siendo desplazados. Entonces pensé en Ayşe. Pensé en ella, pero en lugar de sentir pena por su reciente pérdida, sentí recelo. ¿Cuál sería su posición en todo aquello? Ahora tenía todo el control de la comunicación con el Consejo. Nadie más que ella podía saber exactamente la información que se manejaba. Podía manipularla. ¿Se había aprovechado de la condición debilitada de su marido para sacar informes ambiguos? ¿Nos

había estado engañando durante todo ese tiempo? ¿Había tenido algo que ver con la muerte de Yuri Ux?... Estas eran algunas de las preguntas que me atormentaban cada día después de aquella tarde en el Kiez. Estaba seguro que Ayşe había tenido algo que ver.

Estaba seguro de que estaba retrasando el proceso a propósito, pero no necesariamente persiguiendo poder. La conocía, y sabía que su deseo más grande, además de tener un hijo, era liberarse de sus trastornos mentales. Los estudios en mujeres habían confirmado nuestros resultados iniciales acerca de la nula presencia de afecciones cerebrales como consecuencia de la desaparición espontánea del feto, y lo que era más extraño, el seguimiento de los casos mostraba una mejoría notoria en el equilibrio neuroquímico de las pacientes, muchas veces revirtiendo los problemas ya existentes antes del estudio. A pesar de su duelo, casi podía apostar que Ayşe se sentía mejor que nunca. Sin un esposo enfermo por el cual preocuparse más, no le quedaba ninguna otra razón para desear que las cosas volvieran a la normalidad».

Ya hacía un rato que Xenia temblaba, pero no estaba segura si era por el esfuerzo físico o por las ganas de llorar. Una fuerza externa la separó abruptamente del sujeto de estudio e hizo que abriera los ojos, aún en blanco, por reflejo. Después de tres segundos en los que salió del estado y acomodó sus globos oculares, pudo ver sus manos suspendidas en el aire y sostenidas con fuerza por Vada, que la tenía agarrada de las muñecas desde atrás. La escribana, que apretaba con firmeza arrugando el tejido de oricalco, esperaba una explicación. «Estábamos en 59 minutos. Iba a parar a los 60», declaró la analista con voz carrasposa. La floja excusa no fue suficiente para su

colega. «Estás cruzando los límites», espetó Vada con severidad. Todo esto es por tu seguridad, es importante. El que tengas capacidades sobresalientes no te exenta del peligro, y mucho menos de las reglas... Al contrario, tú más que nadie debería obedecer. Se te cocina el cerebro, ¿y qué? ¿A esperar otros treinta años a que nazca un nuevo intérprete? Tienes responsabilidades Xenia, muestra más carácter». Y luego, posando la barbilla en el hombro de la que tenía aprisionada, agregó con suavidad: «Nunca lo voy a saber, pero puedo imaginarme lo duro que es esto para ti. Solo trata de no dejarte llevar».

Xenia esperó un momento a que las lágrimas regresaran a las glándulas. «Sí, lo siento», suspiró finalmente, «Voy a tomar aire». Casi corriendo, abandonó la sala de exploración y se dirigió a los casilleros, y luego, sin pensarlo mucho, salió del edificio. Una brisa húmeda con olor a tierra la recibió en el exterior. En el cielo había algunas nubes cargadas de lluvia detrás de las cuales un sol tibio jugaba a esconderse, y tres pajaritos cantaban su canción matinal. Xenia avanzó unos doscientos metros cuesta arriba hasta llegar al lugar donde se erguía su árbol favorito, un sauce-baobab y se sentó sobre una de las piedras planas que lo rodeaban. Como siempre, cruzó las piernas, pero esta vez no practicó sus respiraciones calmantes ni sus ejercicios psicológicos.

Con mano segura, sacó de su mochila la bolsita con la bola de obsidiana dentro y, después de dudar unos momentos, extrajo la piedra. La brillante superficie reflejaba los objetos a su alrededor con nitidez. Xenia se la acercó a la cara y la movió lentamente hacia adelante, hacia atrás, hacia los lados, hacia arriba y hacia abajo, mirando las diferentes distorsiones que el cuerpo convexo presentaba de sus

ojos, su nariz, su boca, sus dientes y su barbilla. Así se divirtió un rato hasta que la bola absorbió la energía solar suficiente para activarse y revelar por fin las ondas cerebrales de Ayşe. Zigg y Vada, que vigilaban desde la azotea del Centro, se miraban contrariadas. «Acabo de hablar con ella y mírala», protestó Vada con un ademán de impaciencia. «Además, ya se sabe ese diario de memoria.

No puedo creer que lo esté leyendo justo hoy. ¿Para qué?... Ya sé para qué, para acabar arruinando el testimonio de Bozant... Está jugando con fuego. ¿No la viste hace rato? Casi se nos sale de control. No podemos arriesgar un sesgo emocional en el análisis, no se diga su propio deterioro neuronal. ¿Cuántas veces lo tengo que repetir?». Zigg, que miraba a su compañera caminar en círculos, respondió: «Vada, tú y yo sabemos que no va a arruinar nada. Sí, se está saltando las órdenes, pero es buena en lo que hace y es meticulosa, no va a permitirse entregar resultados medianos. Ni siquiera en una situación así. Tampoco va a poner su cerebro a freír, te lo aseguro. Tratemos de entenderla, está en su proceso. Tiene derecho». Después de echar un último vistazo a la figura de Xenia sentada a lo lejos, las dos mujeres entraron al ascensor que las llevaría de regreso a su lugar de trabajo.

«Ese día me levanté a las dos. Ya llevaba varias semanas sin poder dormir más de tres horas seguidas, ni siquiera con clonazepam. Ya no me hacía efecto y solo me provocaba más náuseas de las que ya sentía con el embarazo y el resto de las medicinas. Mi aspecto también era nauseabundo. Tenía las piernas hinchadas, los ojos, la cara...

Todo mi cuerpo era una masa llena de líquido en exceso, y el abdomen, bueno... era una bola extraña que cada día crecía un poco más y que estaba hecha de mis propios tejidos, pero que ya no me pertenecía realmente. Yo no era eso. Ni siquiera había evidencias tangibles de que hubiera algo vivo dentro... Me refiero a las pataditas y esas cosas que se suponen que se sienten.

Durante los estudios clínicos en Ginecología y Obstetricia, se comprobó que en el noventa y cinco por ciento de los pacientes examinados se formaba una capa de tejido esponjoso bajo la hipodermis con un grosor de entre diez y doce centímetros, de manera que cualquier movimiento del feto resultaba absorbido por la misma. Claro, sabía que estaba ahí y percibía como me robaba las energías, pero no podía sentir su actividad en lo absoluto.

Muchas veces, el ser consciente de que un cuerpo extraño crecía dentro de mí, me arrastraba en una ola de terror hacia profundidades desconocidas donde escuchaba esa voz que me gritaba desesperadamente: “¡ESTAMOS EN PELIGRO!”. Me hacía correr de un lado a otro con angustia buscando un escondite por toda mi casa, solo para darme cuenta de que no era posible escapar, porque la cosa de la que huía estaba adentro mío... Y luego me ponía a pensar en maneras para sacarme dicha cosa, pero sin acabar como los idiotas que habían estado abriéndose el abdomen durante todos esos meses.

Aquello era una carnicería. No, tenía que haber una manera de que me practicaran un aborto, tenía que insistir. Pero

ya había agotado todas las formas a mi alcance. Ya llevaba un mes entero presentándome a la puerta del Hospital General, del Instituto de Salud, de los hospitales secundarios, de todas las malditas clínicas en el planeta. Unos meses atrás hubiera sido muy sencillo. Habría actuado rápido si hubiera sabido que la situación no se iba a resolver pronto, porque las ladinas tenían un plan probablemente apoyado por el Consejo. Me hubiera arriesgado a morir en la operación... Morir era mejor que la vida que estaba llevando, si es que se le podía llamar así. Pero era demasiado tarde, ya no conocía a nadie en ningún lado... todos muertos o locos. Desconocidas ocupando sus lugares. Durante uno de mis brotes psicóticos, creí que el abdomen me iba a explotar y que el hijo de Ina iba a salir arrastrándose a confrontarme antes de que muriera desangrado.

Los tranquilizantes no me funcionaron y acabé en el Kiez afuera del Hospital C junto con una horda de hombres en condiciones parecidas a las mías. Claramente no era el único que quería abortar. Sostenían pancartas y gritaban sandeces mientras lanzaban palos y piedras a los cristales de la planta baja, que estaban protegidos desde el interior con tablas improvisadas. Algunos lloraban y otros hablaban consigo mismos sentados en el suelo.

Uno de los que estaban aventando cosas, un joven como de treinta años sin camisa y con el abdomen como de cinco meses, retrocedió unos metros y corrió a toda velocidad hacia la puerta principal, lanzándose con todas sus fuerzas contra la barricada de madera. Se escuchó un sonido seco cuando su cabeza chocó contra el obstáculo y otro más cuando se desplomó. Quedó ahí tirado, inconsciente

al pie del hospital, atendido por algunos que asumí que lo conocían.

Como me lo esperaba, el personal no se atrevió a salir por él. La rabia me invadió. Ya sabía que no iba a conseguir nada, pero me uní a la protesta. Era inhumano. Grité con todas mis fuerzas y pateé las barreras de madera hasta romperme tres dedos del pie derecho, pero la adrenalina me impidió sentir dolor. Alguien tenía que responder por todo lo que estaba pasando. Por eso, esa madrugada, después de quedarme un buen rato mirando por la ventana, decidí ir a buscarla.

Ella más que nadie debía tener algo que decir al respecto. Me arrastré hasta mi carro y tomé el largo camino hacia el Monte Azul, haciendo lo posible por mantener el control del volante a pesar de los espasmos involuntarios. Estaba sudando y abrí el cristal. El frescor veraniego me calmó un poco. Durante una de sus conferencias, el Dr. Ux había mencionado que la interpretación en los Contactos Dirigidos resultaba más fácil sin la interferencia del espectro visible de la luz, y yo sabía que Ayşe iba a aprovechar la oscuridad de esa noche de luna nueva. Después de casi cuatro horas de camino, llegué al pie del monte y me encontré con que solo había una angosta vereda que llevaba cuesta arriba. Había excremento de caballo. Estacioné el carro y subí con trabajos, tropezando constantemente y batallando contra la maleza.

El abdomen me pesaba mucho. Cuando llegué a la cima, pude ver que había unos guardias ante la puerta principal del observatorio, como me lo suponía. Eran hombres,

pero no me pareció inteligente pedirles el paso. Después de todo, yo no tenía nada que hacer ahí. ¿Qué estaba haciendo, qué pretendía? No tenía sentido. Pero seguí adelante y rodeé el edificio buscando una entrada adicional, una puerta de servicio o algo así. Y la encontré. Daba a un establo interior y estaba abierta... no pude creer el descuido, pero seguramente nadie pensó que alguien se atrevería a hacer el viaje hasta allá, subir a pie y atentar contra los que nos iban a conseguir la cura. El establo era relativamente pequeño y se conectaba con un pasillo largo y unas escaleras. También había un elevador, pero utilizarlo habría significado anunciar mi presencia. Me quité los zapatos y subí hasta el último piso alumbrándome con la linterna de mi pantalla, porque todo el edificio estaba en penumbra.

Crucé un descanso ancho que daba al marco de una puerta entreabierta, y me asomé. Ahí estaba Ayşe. Pude distinguir su silueta de espaldas, iluminada por un leve resplandor que salía de sus manos. Estaba cruzada de piernas, en medio de una explanada exterior con los brazos estirados hacia adelante y las palmas abiertas. Apagué de prisa la linterna y lentamente me acerqué hacia ella.

El corazón me latía cada vez más rápido y estaba sudando a chorros. A cada dos o tres pasos, me escondía detrás de una de las columnas distribuidas por todo el lugar. Eran de piedra, como el resto del Observatorio. Lo que me delató fue el ruido de mi respiración acelerada. Ayşe volteó de repente y el resplandor de sus manos se apagó al mismo tiempo. “¿Quién anda ahí?”, preguntó. Su voz se escuchaba firme. Esta fue nuestra conversación:

—Ayşe, esto tiene que parar.

—¿Wolfram? ¿Eres Wolfram? ¿Qué haces aquí, cómo entraste?

—Eso no importa, necesitamos hablar.

—¡Wolfram! ¿Qué pasa? Tienes suerte, acabo de terminar el Contacto, pero no puedes entrar así...

—Diles que reviertan la situación, es urgente. ¿Te das cuenta de todo lo que está pasando? ¿Eres consciente si quiera? Van más de cuatro mil muertos. Las clínicas están saturadas, la economía se está cayendo, la ciudad está en llamas. Yo mismo estoy embarazado, supongo que te enteraste... Llevamos cinco meses esperando Ayşe, hay sospechas...

—Wolfram, no estamos de brazos cruzados. Estoy haciendo todo lo que puedo aquí, las respuestas de los Videntes se publican cada semana, tal cual las recibo...

—¿Estás segura Ayşe? El Consejo nunca se había tardado tanto en decidir sobre un conflicto, nunca en toda la historia del planeta... hay intereses, todos los puestos se han ido ocupando, date cuenta de lo que estás haciendo. ¿Con quién te afiliaste, eh? ¿Con esas radicales que siempre quisieron el poder? ¿Ellas son las que están detrás de todo esto? A ti te conviene, los dos lo sabemos. Así como van las cosas, tú te convertirías, por lo menos, en la viceministra de Seguridad...

— ¿De qué estás hablando? También los dos sabemos que no eres capaz de pensar con claridad. ¿Te estás tomando tus medicinas? Qué irónico que ahora sea yo la que pregunte eso... Además, sabes que las facciones extremistas se desintegraron hace años, no puedo creer que te hayan lavado el cerebro tan rápido esos del Kiez. Wolfram, de verdad, yo tampoco entiendo por qué los Videntes nos siguen contestando con evasivas...

— ¡Basta Ayse! No te creo una sola palabra. Aun si no estuvieras interesada en cargos políticos, harías lo que fuera con tal de conservar la salud mental que ahora tienes y que toda la vida deseaste... No me creas tonto: si fuiste capaz de dejar morir a tu marido por tener un hijo, no dudo que seas capaz de matar a medio planeta con tal de mantener tu cerebro intacto...

— Wolfram...Vete de aquí ¡Vete!

Empezaba a amanecer y pude distinguir en su cara la mueca que siempre ponía cuando estaba enojada. Yo también pude sentir que la ira se apoderaba de mí y avancé hacia ella hasta agarrarla de los brazos. “¿Quién te crees que eres para decidir así sobre la vida de los demás? ¿Ya te sientes invencible? ¡Mírame! Estoy destruido. ¿Eso es lo que quieres para todos?”, grité sacudiéndola de los hombros. Pude ver en sus ojos el miedo, pero no me podía controlar. Solo sentía odio, desesperación. Impotencia, de que mi vida estuviera en otras manos, de que alguien más se estuviera beneficiando a costa de mi destrucción, y más aún, alguien que nunca había hecho el esfuerzo suficiente para llegar adonde estaba.

Me gritó que la soltara, pero la apreté más fuerte y le ordené que se comunicara con el Consejo en ese momento. “No entiendes nada, ¡suéltame!”, y al decir esto, hizo un movimiento con todas sus fuerzas para zafarse de mis manos y empujarme del pecho. Salió proyectada hacia atrás con su propio impulso. Y cayó al vacío. Yo estuve a punto de irme con ella al abalanzarme hacia adelante para intentar detenerla. No me atreví a mirar al fondo del barranco y me quedé parado ahí, sin moverme, tratando de asimilar lo que acababa de pasar. Los guardias llegaron minutos después y llamaron a la policía. No me di cuenta de que, durante el forcejeo, habíamos avanzado hasta el borde de la explanada y se lo expliqué a las autoridades. Nadie me creyó. Ustedes tampoco, por eso estamos aquí. Pero lo entiendo. Todo apuntaba a mi culpabilidad. Soy culpable, en realidad. Durante el juicio me declaré inocente, pero tampoco luché por mi libertad...

Desde hacía mucho tiempo, ya no sentía que tuviera libertad alguna, ni tampoco vida, así que no me importó venir a la cárcel a pagar por lo que hice. De cualquier manera, el gobierno interino acababa de reiniciar los juicios después de haber modificado el Código Penal. Los enfermos mentales ya no eran inimputables. Ahora todos iban a la cárcel por igual, locos, o no... muy conveniente para las nuevas líderes. En poco tiempo, nos iban a tener a todos encerrados o bajo tierra. Bueno, eso era lo que pensábamos todos hasta que la incidencia de desórdenes mentales relacionados con embarazo y postparto empezó a bajar después de un año, hasta estabilizarse. Al final, no acabamos tan mal. La naturaleza nos perdonó... la naturaleza, o cuales entes hubieran sido los causantes del desastre, porque yo

todavía tengo mis dudas. Pero a mí ya no me importaba nada de eso.

Y estuvo mejor. Tuve una vida decente aquí dentro, con mis libros, con las actividades al aire libre, la buena comida, la atención médica. La operación que me realizaron para sacarme el feto, que finalmente no sobrevivió a las cantidades de fármacos que estaba consumiendo, pintaba para ser aterradora, pero no lo fue. Honestamente pensaba que iba a terminar masacrado, pero me trataron bien, no entiendo por qué... supongo que les servía más vivo que muerto. Incluso me protegieron de las amenazas. Allá afuera querían mi cabeza, y con razón. Les había arrebatado la única posibilidad de salvación. Pero aquí estuve bien guardado. Muy buenos cuidados, hay que reconocerlo. Tengo que decir que las mujeres siempre fueron buenas en eso. Aunque el hombre sea ahora el que da a luz a los hijos, ellas siguen siendo las que se ocupan de todos. Y ahora hasta gobiernan y dirigen la industria. Pero no me molesta tanto, porque ahora sí son aptas. Nuestra desgracia les arrojó la cabeza. Aunque no lo crean, ya estoy en paz con que sean las que dominen. Lo único que lamento, al final de todos estos años, es que la hija de Ayşe haya tenido que crecer sola. Si hay alguien que no tuvo la culpa de nada fue esa niña. Y en cuanto a Ayşe... ¿Qué puedo decir? Su muerte apagó algo dentro de mí, nunca supe bien qué... En fin. ¿Hay algo más que deseen saber? ¿No? Entonces es todo por mi parte. Fue un placer hablar con ustedes. Gracias y hasta pronto. Wolfram Bozant, número de registro: 3094u59034857».

Xenia tardó un rato en abrir los ojos, y cuando lo hizo, se

dio cuenta de que tenía los dedos incrustados en la frente del examinado, de la cual se escurrían dos hilos finos de color rojo escarlata. Aturdida, abrió las manos y retrocedió. Tenía la cara empapada, al igual que el cuello y la parte de arriba de su bata. Eran lágrimas. Vada se acercó con el material para esterilizar el cuerpo y se detuvo un momento frente a Xenia, pero no la amonestó por maltratar al sujeto de estudio, sino que posó la mano en su hombro y lo apretó: «Ya está, ya pasó todo. Lo hiciste muy bien, ni un temblor en la voz, y eso que lloraste lo de toda una vida», le dijo con una sonrisa. «Límpiate la cara». Las luces se encendieron y cuatro técnicas llegaron con una camilla plegable para trasladar el cadáver a la sala quirúrgica e iniciar con la extracción cerebral. Xenia observaba a su inerte paciente, mientras sus pensamientos giraban en una maraña desorganizada. Había llorado durante los veinte minutos que había durado la última etapa del drenaje y podía percibir los efectos benéficos de la oxitocina. Pensó que finalmente se había dejado vencer por sus emociones, pero también se sintió orgullosa de no sesgar el proceso, a pesar de todo.

El testimonio de Wolfram estaba íntegro. «No quiso hacerlo», repetía en su cabeza mirándolo a la cara, como obligándose a entender. «No la quería matar...». Xenia había escuchado la versión por años, pero, como la gran mayoría en el planeta, no la creía, y había acumulado un odio intenso contra el sentenciado a cadena perpetua por homicidio premeditado con alevosía. Ese odio venía acompañado por un profundo dolor, por un abismo insondable, al que nunca se había dejado arrastrar en caída libre, gracias a décadas de ejercicios psicoterapéuticos y respiraciones estratégicas. Pero ese vacío, si bien se podía controlar, era incurable.

Xenia era capaz de caminar a la orilla del barranco, incluso de hacer malabares en el borde sin caerse, pero sin dejar de temerle a las profundidades. Era capaz de vivir, de reír y funcionar, pero la mancha gris se pegaba una y otra vez en las paredes internas de su garganta y de su pecho, contaminando su interior como moho traicionero. Sin embargo, mantenía todo bajo control, porque contaba con un recipiente hacia donde podía dirigir su ira y su tristeza cuando lo necesitara. Había tenido un comodín, hasta ese día. De pronto se había quedado sin alguien a quien culpar cuando la psicología y la meditación no funcionaban. El culpable ya no lo era, o por lo menos no en la medida en la que ella creía, y ahora solo le quedaba su abismo viéndola a la cara, la flecha que la partía en dos. Ahora el causante de su dolor tenía un dolor propio y una historia. No era que ahora le simpatizara. Por el contrario, lo aborrecía aun más, pero podía entenderlo, aunque fuera un poco. Y eso la conflictuaba. La llenaba de angustia. Sin embargo, ya no podía dejar de ver lo que había visto, ya no podía desleer lo que había leído en aquel cerebro. Wolfram Bozant ya no era más ese ser monstruoso y reconfortante al cual podía lanzar su veneno cada vez que se sintiera débil. Por otro lado, siempre supo que la intérprete tampoco era perfecta. Ayşe deseaba con todas sus fuerzas que no se revirtiera el orden biológico, esa era la verdad.

Cada día, antes de sumergirse al estado Phi-Delta-X e iniciar el Contacto Energético Dirigido, rogaba para que la respuesta de los Videntes fuera la misma, la de esperar. La muerte de Yuri Ux la había afectado profundamente, pero había sido capaz de recuperarse por completo y alcanzar un nivel de satisfacción y de paz que no pensaba que fuera

posible para ella. No quería volver atrás, solo le interesaba ser feliz con su hija. Y el poder tampoco le molestaba. Le gustaba la sensación de ser escuchada, el ser capaz de decidir en asuntos de seguridad planetaria y no tener que existir bajo la sombra de su compañero.

Si bien no estaba del todo de acuerdo, se hacía de la vista gorda cuando las organizaciones de mujeres más radicales tomaban acciones de dudosa ética con tal de escalar, porque, a final de cuentas, todo lo que se hiciera iba a contribuir a que la balanza se inclinara hacia su género. Con que nadie se metiera con ella, todo estaba bien, e incluso en una de las secciones del diario de obsidiana que Xenia guardaba con tanto celo, reconoció que le causaba cierto goce ver que aquellos que un día fueron todopoderosos se encontraran experimentando los mismos problemas mentales que ella había sufrido toda su vida.

Con el testimonio de Bozant, la analista tenía la pieza faltante en aquel rompecabezas, y reconocía la incómoda realidad de tener ante sí a dos seres humanos imperfectos, así como ella, con historias que no eran capaces de amortiguar su dolor. Pero por lo menos tenía certeza. Ahora sabía la verdad, y podía trabajar con eso. No sabía si tenía que perdonar, pero estaba segura de que tenía que aceptar.

«Aceptación absoluta de lo que es», repitió en su mente, respirando profundamente varias veces hasta que sintió un brazo cálido rodearle los hombros. «¡Cómo estás! ¿Ya más tranquila?», preguntó Zigg en tono festivo. «Sii, gracias, necesito procesarlo. Tengo sesión a las siete», contestó Xenia, limpiándose las lágrimas. «Pobre de tu psicóloga»,

bromeó la escribana, y se alejó detrás de la camilla que transportaba el cuerpo del preso. Xenia sonrió. En efecto, se sentía más tranquila, como liberada de un peso viejo y polvoso.

Miró a Vada, sentada de nuevo frente a los dispositivos de grabación en la central de controles y se sintió afortunada de que Zigg y ella fueran sus colegas. Eran capaces y extraordinarias pero, sobre todo, la querían tal y como era. Incluso agradeció tener a Frau Fritz como su directora, de quien nunca supo a ciencia cierta si conocía la amistad no autorizada entre sus empleadas. Se preguntó una última vez qué tan distintas serían las cosas si Ayşe no hubiera muerto y los Videntes hubieran decidido regresar las cosas a la normalidad, pero desechó el pensamiento rápidamente. No tenía caso especular, nadie nunca lo sabría. Ni siquiera ella. Con paso ligero salió de la sala después de abrazar brevemente a Vada a manera de despedida, y se dirigió a los casilleros para recoger sus cosas. Tan pronto llegó al vestíbulo sintió la humedad en el aire. Estaba lloviendo. Mientras se ponía el suéter y sacaba el paraguas, escuchó pasos detrás suyo y una voz que la llamaba: «¡Xenia!». Era la directora que avanzaba hacia ella sosteniendo una carpeta. «Frau Fritz, buenos días, ¿hubo algún problema con el drenaje?», preguntó sorprendida la que se iba. «De ninguna manera, muy exacto como siempre». respondió su jefa, mientras señalaba con un bolígrafo la línea negra en la última página del testimonio impreso de Wolfram Bozant, bajo la cual se leía la leyenda “Firma de la analista”. Xenia, que temía una represalia por haber ignorado las reglas ese día, soltó un “¡Ah, lo olvidé!”, seguido por una risa de alivio. Apoyándose en su mano, deslizó la pluma sobre la hoja de papel en un trazo negro y fluido para formar dos palabras con letras cursivas: “Xenia Ux”.



El tiempo guardó
el secreto de nuestra huída

 @arecosmica

Escritora_
Arelí Zaragoza Ruíz



 @filautia13

 Ilustradora_
Elizabeth López Martín



Politóloga de profesión, Cuenta Cuentos por vocación, Sanadora de la Tierra por convicción y Payasa en acción. Hija y Danzante de la Luna. Mexicana pero habitante de la Tierra aportando a la reconstrucción del tejido social con un pensamiento prospectivo y con perspectiva de género, la construcción de paz y educación emocional.

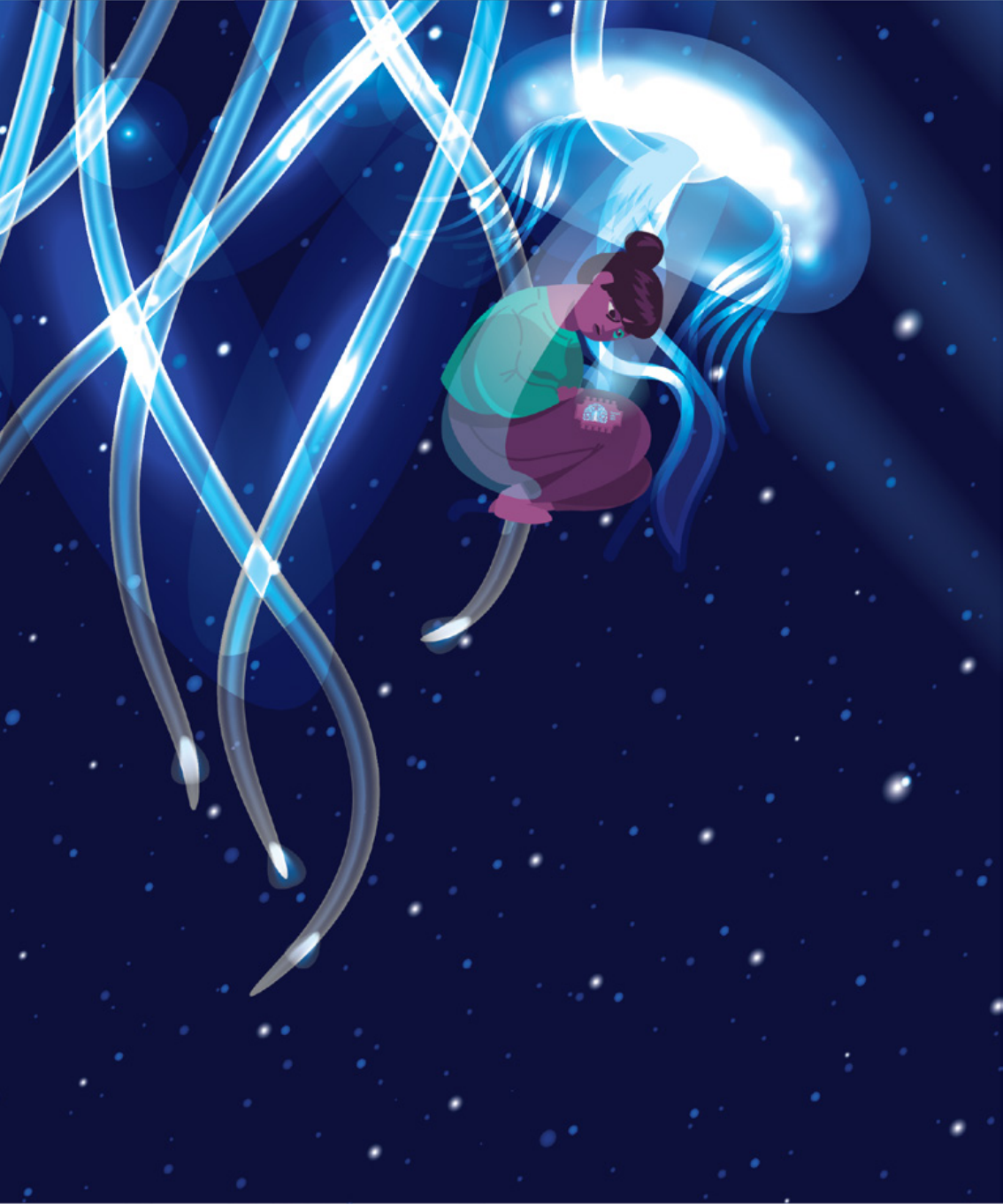
A través de las artes, las tecnologías ancestrales, el humor y las tic-tac-tep trabaja en diversos escenarios en México y Colombia para impulsar el empoderamiento político de la infancia y la adolescencia; el etnodesarrollo de los territorios; así como el estudio de las emociones sociopolíticas. Forma parte del Seminario de estudios prospectivos de la Universidad Nacional Autónoma de México, desde la perspectiva educativa.

Es parte de la Asamblea vecinal nos queremos vivas Neza, colectiva de mujeres que denuncia violencia de género y desaparición; acompañando a personas víctimas y sus familias para denunciar la violencia feminicida en la periferia de la ciudad capital en el Estado de México. Integrante de la Red mexicana de payasas con su personaje que viene del Futuro: Arecósmica, quien sabe que la humanidad no está condenada a la desesperanza. Este cuento es una catarsis personal y un grito para el lector, testigo que viaja al futuro, al pasado y se sitúa en el presente; y se puedan observar las violencias que atraviesan los cuerpos de las mujeres en la espiral del tiempo. Una distopía conectada con la realidad actual que invita a que todes hagamos el conjuro: ¡aquí y ahora! Por ti, por ella, por mí y por cada SER que traiga magia a esta vida.

16 de septiembre de 1981. Experiencia en el fortalecimiento del sector artesanal en el Valle del Cauca con Artesanías de Colombia, Fundación Fanalca, Comfandi – Emprendimiento. Docente de laboratorios para la creación artística con la Facultad de Artes Escénicas de Bellas Artes, Institución Universitaria de Cali, y formador artístico en el Proyecto Mi Comunidad es Escuela con la Universidad del Valle.

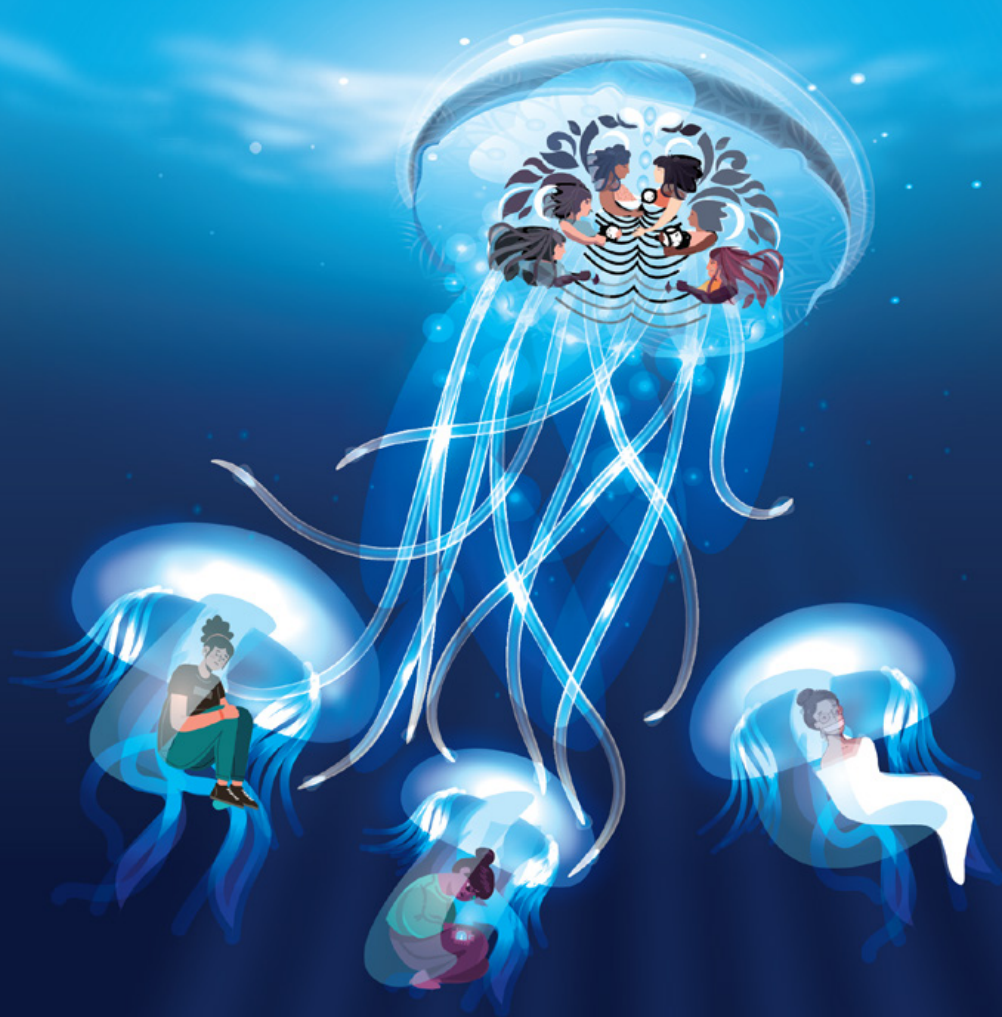
Diseño de producto, branding, identidad corporativa, infografías, guiones, e-learning, fotografía y story board son algunas de sus fortalezas. Sus mayores logros en los últimos siete años son: acompañar setenta emprendimientos con mujeres bisuterías, comunas 14, 21 y 2. (Proy. Generación de Ingresos, Fundación Fanalca), 2013-2017.

Treinta emprendimientos, en diseño y estampado, para el fomento de la cultura ciudadana en la comuna 14 (Proy. Zooafia, Fundación Fanalca). Capacitación en registro e identidad de marca a seiscientos artesanos, diseño de noventa nuevas marcas y sus comunicaciones comerciales en el Valle del Cauca, (Proy. Artesanías de Colombia 2014 – 2017). Aplicar propuesta didáctica para artes y cultura con los docentes de cuarenta y cinco instituciones educativas públicas, Proyecto Alcaldía y Universidad del Valle 2017-2019. Actualmente, es miembro de la Red de mujeres comunales y comunitarias del Valle del Cauca.



... logré hacer este viaje de regreso consciente, pero estoy muriendo, en pocas horas mis órganos internos se desvanecerán como en una explosión mágica y mi esencia se sembrará en este sitio en una circunferencia de tres metros de diámetro. Sentirás mi presencia de alguna forma porque cuando tu mano entre en contacto con esta carta algo de mí se unirá a vos eternamente.

Probablemente no podré encontrar a alguien que me auxilie para sobrevivir. por eso escribo deseando que tú, que la encuentres, tengas una conciencia cósmica y te involucres en la transformación del rumbo de la historia humana. Seas quien seas, ya protagonizas esta tarea cósmica que salvará a millones de SERES, y ojalá en otro tiempo podamos coincidir y conocernos. ¡Ya te honro por el simple hecho de estar leyendo estas líneas!



Hemos sorteado muchas batallas y el tiempo ha guardado en secreto nuestra huida, pero nos hemos equivocado, y necesitamos resarcir los errores porque en Terra 25 ya es un tiempo en el que no hay ni un poco de esperanza.

Este último viaje en el tiempo es lo único que nos queda. Vengo del año 2930, de la coordenada: Latitud: 3.42158, Longitud: -76.5205 3° 25' 18" Norte, 76° 31' 14" Oeste del Tiempo Universal Coordinado en lo que queda del planeta Terra 25. Vivimos la distopía que seguramente hoy no puedes imaginar.

La violencia contra las cuerpas de mujeres y seres hermafroditas tendientes a hembra es la más arbitraria, nefasta, dolorosa y vergonzosa que como especie humana se haya visto.



Como respuesta a esa opresión que se fue gestando a lo largo del tiempo después del fin de Terra 1, surgió el Escuadrón MEDUSA.

Ella ha sido nuestra inspiración porque creemos que su violación quedó impune y por eso evocamos su memoria en un acto simbólico de justicia histórica. Somos una colectiva de SERES con talentos divergentes y múltiples personalidades, algunas ciborgs, pero todas tecno-feministas con filosofía chamánica futurista y de solidaridades espirituales. Decidimos trabajar en manada multiespecie cuando surgió una pandemia que culpaba a la zoonosis de un virus que transmitió un murciélago en un territorio que se llamaba China.

La abuela Alpha Centauri convocó a través de una especie de telepatía espiritual. Ninguna de las mujeres se conocían, algunas ni siquiera hablaban la misma lengua. Unas estaban en el Sur, otras en el Oriente, otras más en el Norte y las más en el Centro del planeta.

Comenzaron a estudiar las tecnologías ancestrales haciendo un pacto interespecie con la Madre Naturaleza.



Desde finales de Terra 1 cada integrante posee y custodia en secreto un banco de semillas de todas las especies de plantas medicinales, de árboles frutales, de vegetales y tubérculos... Somos veganas como un acto político y de solidaridad interespecie.

La Magara de Occidente es una ingeniera agrónoma que desde siempre insistió en el resguardo de semillas: “¡Cultivemos la Tierra!”, insistía. La hermana del Centro del planeta es Ama. Ella nos impulsó a construir una Ecoaldea. Es el lugar donde está el refugio y donde todas tenemos participación: “Seamos comunidades neomatrísticas”, fue su consigna. Del Sur es V.

Es una viajera del tiempo nata, es como si antes de saber lo que haremos ya lo supiera, siempre que tenemos dudas cuánticas, ella con su sabiduría y claridad nos explica detalle a detalle cómo resolver las dificultades del tiempo. Somos tantas, tenemos flores en las palabras, caricias en las miradas y compasión en el corazón para seguir nuestros destinos personales y colectivos con dignidad.

Como grupo de humanas con SER -científicas en su mayoría- nos hemos negado a la sana resignación y a través de tecnologías ancestrales logramos inventar un dispositivo que se inyecta a la memoria mitocondrial y ayuda a volver en el tiempo. Se incrusta en secreto cuando se lleva a las recién nacidas a la vacunación de fertilidad. Una vacuna que permite que puedan comenzar a parir desde muy temprana edad y que ningún anticonceptivo pueda frenar el proceso. El dispositivo que inventamos tiene como función regresar el tiempo y poder salvar de la muerte a mujeres y seres tendientes a hembra, que son las más expuestas a la violencia y a la crueldad.



Humane-Ollin 2900 es un **bioimplante-chamánico**, una propuesta de integración biotecnológica y hechicería –dejo en tu poder los dos últimos que existen-. Logramos insertar a una célula un circuito de flechas de tiempo cuántico en la memoria mitocondrial, combinando la tecnología ancestral del rezo de las abuelas mayas. Las flechas de tiempo cuánticas se activan cuando se toca la parte del cuerpo donde se encuentra el dispositivo a una presión dactilar moderada y se dice en voz de susurro gutural el rezo chamánico que quien porta el bio-implante debe recordar de memoria:

“Fragmentos de luz de Luna y sueños del amor multiversal me llevan a la vía de vuelta al Origen.

Por mí y por cada recién nacida que traiga otra magia a la vida”.

“U xoot’ u sáasil uj yéetel u muuk’ yabilaj ku suutken tu’ux in taal. Ti’ten yéetel ti’ túumben sijil ku taasik u jeel jejelas ba’al ti’ kuxtal”. (maya)



"Fragmentos de luz
de Luna y sueños del amor
multiversal me llevan a la
vía de vuelta al Origen..."

Cada dispositivo encuentra su lugar recorriendo el organismo, por eso, la mujer que lo posee debe recordar dónde está y el rezo con el que se completa la huida. Cuando alguna se siente en peligro de muerte, ¡activa la tecnología y viaja!, pero regresa en el tiempo sin tener claridad a dónde ir, porque justo cuando entra a la espiral del regreso sincrónico, se encuentra con otras mujeres que también están volviendo. Como es muy corto el lapso de las cuatro flechas cuánticas en el que pueden estar en la vía de regreso al Origen, no se ponen de acuerdo, se asustan, y no saben a qué tiempo volver. Algunas vuelven al útero materno, otras vuelven a ser esencia, otras regresan al tiempo de Lucy cuando ve su reflejo en el espejo de agua del río donde está pariendo y se da cuenta de que es ella, y se repite la historia de la humanidad casi igual a lo que había sido. Sí, hemos encontrado algunas modificaciones, pero a veces son tan mínimas que no podríamos saber si esto de regresar el tiempo nos está funcionando realmente. Algo que no sabemos cómo contrarrestar es que muchas de las que regresan vuelven a olvidar quiénes son, lo poderosas que son, y también olvidan que poseen en su naturaleza un dispositivo para viajar en el tiempo, teniendo como resultado historias de violencia que siguen sucediendo cada vez más feroces y crueles.



Quise venir a este siglo con la idea de que las cosas puedan tomar un rumbo diferente. Me instruyó la abuela mayor y la niña que lo sabe todo del Escuadrón MEDUSA. Ambas me dijeron que este tiempo al que vuelvo es clave para acomodar los comportamientos y poder impulsar la verdadera transformación, que aquí se gestó un gran movimiento. Me dijeron que le llamaban el tiempo de la revolución sexual. La tercera ola del feminismo, y donde se lucha por los derechos reproductivos.

Tengo que contarte cómo están las cosas en el 2930 para que puedas comprender por qué te necesitamos. Este año ha sido crucial, pues ya se dieron cuenta de que podemos volver en el tiempo, quieren nuestra tecnología para volver y castigar a las que hemos huido, por eso es apremiante hacer algo. Del tiempo del que vengo, una serie de modificaciones han sufrido las cuerpos de las mujeres y seres tendientes a hembra. Hemos tenido que soportar golpes, insultos y mutilaciones cada vez más fuertes hasta deformarnos físicamente. El gobierno es una monarquía mundial, las personas humanas del sexo biológico varón tienen todas las facultades para utilizar la cuerpo de las mujeres como vertederos de esperma -como si solamente orinaran y ya-. El trabajo honroso de los cuerpos hombre es donar su esperma a la civilización.

En la antigüedad mucha de la crueldad era perpetrada entre ellos mismos, había guerras, enfrentamientos por plazas, masacres, también violencia contra las mujeres..., pero ahora unos a otros se cuidan, se aman y se protegen, viven un idilio de género que refuerza la complicidad entre ellos. Todas sus furias y emociones negativas las canalizan

contra mujeres, seres hermafroditas tendientes a hembra y en sesiones virtuales en las que se conectan a escenarios donde pueden hacer todo el mal posible a los seres que quieran. De hecho, las imágenes evocan recuerdos de flora y fauna que han dejado de existir desde hace siglos -por cierto, si en este tiempo todavía existen, como una pitaya en mi honor, recuerdo con mucho placer su sabor de algunas veces que he podido volver-.

El trabajo de los hombres es eyacular en las oficinas del recaudo donde tienen que ir a depositar su espermatozoides en cuerpos de mujeres mutiladas. A estas mujeres, les han mutilado las extremidades quedando como muñones. No pueden defenderse, pues están sujetas de la cintura. También se les corta la lengua, y algunas veces les extirpan los ojos para injertarlos a hombres que han perdido la vista. Son solamente troncos donde van a depositar sus “valiosas” semillas, violaciones legitimadas por el sistema en el que se vive. Así, cada vez que una cuerpo de mujer muere es reemplazada por otra, y otra y otra...; y si alguno de los troncos queda preñado, va a otro departamento, donde le alimentan con papillas por sonda y les mantienen en habitaciones oscuras, y solamente quince minutos al día les sacan al aire libre, pues hablan de la importancia de la fotosíntesis, - ya no existen plantas, por eso el concepto ha mutado-.

Hay una central donde personas del sexo mujer se encargan del cuidado de la infancia: Guardería de Crías Humanas. En ese lugar es donde se tienen infiltradas del Escuadrón MEDUSA y son ellas, en articulación con quienes están en el Sagrado Departamento de Fertilidad, las encar-

gadas de implantar a las niñas el dispositivo Humane-Ollin 2900. El problema con los dispositivos injertados en las cuerpos de las niñas desde temprana edad es que muchas olvidan que lo traen, porque el miedo y el dolor de la violencia que sufren las ha abrumado de tal forma que ni siquiera recuerdan el rezo que activa el regreso en el tiempo. Algunas lo han perdido, porque alguien se dio cuenta de que lo tenían y les cortaron el pedazo de carne que lo contenía. Algunos testimonios de hermagas viajantes dicen que han presenciado casos en los que después de arrancar el implante, se lo dan a comer a los niños con sexo biológico hombre en forma de papilla para que se vayan familiarizando con el olor y sabor de la sangre de las mujeres.

Las aliadas cuidadoras no tienen lengua, se las mutilaron por seguridad, para eliminar la memoria oral que seguía siendo una poderosa herramienta de aprendizaje y comunicación entre mujeres. Solamente lactan, bañan, arrullan y cuidan; sin embargo, estas hermagas han desarrollado la telepatía y se comunican mentalmente con las niñas a las que les han implantado el dispositivo.

Lamentablemente, no todas las niñas recién nacidas pueden tener el dispositivo, pues cuando les llevan a la vacunación de fertilidad, a veces son algunos hombres los encargados del procedimiento y nuestras infiltradas en ese departamento no pueden hacer nada; sin embargo, se trata de llevar un registro riguroso de quiénes tienen dispositivo y quiénes no.



..Por mí y por cada recién nacida
que traiga otra magia a la vida."

Como las cuidadoras no pueden hablar con los niños, niñas y niñas, cuando el proceso de lenguaje comienza, les separan y reciben formación y adoctrinamiento diferente. El sistema educativo patriarcal es sumamente invasivo, pues se adoctrina a hombres y mujeres de formas extremas. Por ejemplo, en las calles, si un hombre va caminando por la acera y viene una mujer, ella tiene la obligación de bajar la cabeza, encorvar la espalda y recitar: “¡salve semilla sagrada!”

Esta conducta social ha hecho que la cuerpo de las mujeres se deforme con jorobas y problemas de columna graves; para tratarlos, la mujer debe pedir permiso a su amo para una intervención física, -¡sí!, todas las mujeres pertenecen a un hombre-. Cuando el hombre lo permite, la mujer puede ir al Centro de Medicina Varonil -donde ha sido difícil encontrar aliades-; sin embargo, existe una que nos ayuda a que las mujeres que están a punto de ser dadas de alta puedan obtener el dispositivo de regreso del tiempo con plena conciencia. El problema es que ellas deberán aprender el rezo mágico y activarlo lejos de la institución, meses más adelante, para que no sospechen que hay alguien infiltre en el nosocomio.

Hay un depósito de cuerpos de mujeres. Es como lo que antes se conocía como establos, donde había animales llamados vacas que estaban siendo preñadas constantemente para que produjeran leche. Como estos animales eran los mayores causantes de las emisiones de gas metano en siglos atrás, les desintegraron y ahora las mujeres cumplen la misión de ser las que aporten su leche a la alimentación de la humanidad -aunque en realidad es para

cuerpos hombre-. Estas mujeres son sometidas a violaciones constantes. Cada nueve meses un hombre diferente las viola para que no se puedan crear lazos afectivos de ningún tipo. Son conectadas a extractores de leche y sus senos son exprimidos y a veces sufren heridas porque están las 24 horas succionando la leche que alimenta a los hombres.

Los productos de sus vientres están clasificados en cinco sexos: hembra, macho, hermafrodita, hermafrodita tendiente a hembra y hermafrodita tendiente a macho. A los hermafroditas se les está estudiando, por lo que les llevan a un repositorio especial para su estudio -no se ha podido llegar allí para saber qué le hacen a esos seres-. A los otros dos sexos se les aplican grandes dosis de hormonas y feromonas para que los sexos se adapten.

A los seres hermafroditas tendientes a hembra, como no pueden procrear, se les lleva a un repositorio de desecho donde se hace con sus cuerpos alimento para hombres, o algunos hombres les adoptan como mascotas. Quienes logran salvarse de la invasión de hormonas en su cuerpo y tienen tendencias genéricas distintas al binomio dominante deben mantener el género y la inclinación sexual en secreto. Las personas transexuales, homosexuales, bisexuales son realidades de género impensables porque no podrían controlar a todos.

Cuando un Ser hermafrodita tendiente a hembra sobrevive como mascota se le puede encadenar y utilizar como “cosa de compañía” –también son violadas constantemente.

—Hace siglos también existían unos animales llamados perros, eran de la familia de los mamíferos. Se extinguieron porque la gente comenzó a comerlos por falta de proteína animal, decían que eran el mejor amigo del hombre —imagina si hubiera sido su enemigo—, en fin, cumplían la tarea de acompañar también, pero claro, tú lo sabes porque todavía existen. Yo creo que la diferencia entre seres caninos y hermafroditas hembra es que antes el hombre limpiaba su excremento, o bien obligaba a la mujer que tuviera en su entorno cercano a limpiarlo, y el ser hermafrodita va al depósito sanitario. Al Ser hermafrodita tendiente a hembra también se le corta la lengua y algunas veces le sacan los ojos para que no pueda escapar. Le ponen unas correas al cuello y la sacan a pasear.

Pueden marcar sus cuerpos con tatuajes y las convierten en piezas de arte. De hecho, hay un concurso internacional donde se muestran los cuerpos más finamente deformados y adornados. Gana el hombre con su hermafrodita hembra que haga más trucos. Como el tiempo de vida es muy largo, cuando el hombre no quiere seguir teniéndola de mascota, tiene que ir al Centro de Justicia Para la Raza del Hombre y firmar un compromiso que entrega a ese Ser de su propiedad para alimento o para fines científicos (por cierto, le dan un reconocimiento por hacer aportes a la ciencia).





Existe un Refugio que depende del Escuadrón MEDUSA en una comunidad secreta que se ha encargado de liberar SERES; pero algo se parece al trabajo de cuidado que el sistema patriarcal le decretó a las mujeres hace mucho tiempo, porque como la tarea es cuidar a cuerpos lastimados y mutilados, que además, a veces no sobreviven, es una tarea de cuidado sumamente cansada y emocionalmente devastadora para quienes tratamos de rescatarles.

Por eso, en cuanto llegan al refugio, las curamos, las atendemos y las formamos para luego poderles implantar Humane-Ollin 2900, y logren regresar, sin que eso garantice que todo se haya resuelto. Ya me di cuenta de que el implante es para tener tiempo y encontrar la solución, porque últimamente el problema es que las mujeres y seres hermafroditas tendientes a hembra que han llegado al refugio tuvieron el dispositivo del tiempo, y han vuelto a llegar allí. La incógnita y la duda es esa: ¿qué está pasando con el regreso?, ¿de qué sirve regresar si van a sentir de nuevo el dolor una y otra vez...? Están siendo revictimizadas.

En este tiempo de donde vengo, ningún Ser que no sea persona de sexo biológico hombre puede ser nombrado. No hay identidad, no tenemos nombres, solamente somos códigos y signos. De hecho, a las mascotas, se les tiene prohibido nombrar, porque las personas del sexo biológico hombre podrían formar algún lazo emocional con la “cosa”, y eso se castiga, matando a la cosa y liberando al hombre del lazo emocional a través de un tratamiento de desprogramación afectiva.

En el Escuadrón MEDUSA, nos nombramos a nosotras mismas cuando es el tiempo de sentirlo así. Yo, por ejemplo, me nombré Telumea Abayomi en honor a la memoria ancestral africana que trajo esperanza en tiempos de la esclavitud en Terra -1.

Te recuerdo que, de donde vengo, estamos en Terra 25. Se comenzó a nombrar así luego de que colapsara la llamada era ecozoica, la cual pretendía poner lo ecológico como la realidad central y a partir de la cual se organizaría la vida humana buscando un equilibrio que pudiera salvar las especies existentes en el 2020. Desde que se declaró el colapso, han transcurrido novecientos quince años; desde esa catástrofe interespecie y Terra se ha ido enumerando así cada vez que termina una micro-extinción. Hemos detectado que cada treinta y ocho años aproximadamente ocurre una micro-extinción, aunque ahora ya no hay nada más que pueda morir.

Estuve lista para nombrarme cuando mi familia se completó. Decidimos crear el lazo de cuidado perpetuo el día que Niña Milagro -la niña que lo sabe todo- llegó a nuestras vidas. Mi abuela era la Comandante Alpha Centauri cuidadora de la memoria ancestral de las galaxias del presente perpetuo y nos rescató a ambas -como a muchos seres-, pero con nosotras fue especial, tal vez porque admiraba la forma en cómo habíamos sobrevivido, o porque como ella decía: “Tenemos un pacto del tiempo perpetuo: encontrarnos y amarnos cada vez que nazcamos”.

Hubo un accidente a la hora de mi nacimiento y me condenaron a una hemiplejía que afectó la parte derecha de mi

cuerpo; además, mis pulmones no funcionaron de inmediato y la falta de oxigenación cerebral causó daños colaterales al sistema nervioso.

Mis ojos no recibieron la luz durante mi recuperación, y no logré desarrollar las retinas, así que también la ceguera me acompañó en la primera etapa de desarrollo. Iban a desecharme, sin embargo, el pacto intragénero cobró relevancia sobre las condiciones físicas y me permitieron vivir, nací con sexo biológico hermafrodita tendiente a macho y les fui de utilidad para que experimentaran biotecnología con mi cuerpo y mis carencias. Viví en un proceso de transformación en mi condición física hasta los trece años. Me dejaron un tiempo con mi madre, una cuerpo mutilada al que le faltaban las piernas, la lengua y los ojos, pero que tenía sus brazos y logró amamantarme algunos años, mientras seguía pariendo y pariendo cada período de fertilidad. Los demás bebés, -mis hermanes- eran: hombres, mujeres, hermafroditas hembra, hermafroditas hombre, hermafroditas pero sanos.

Tenían -bien que mal- un destino asegurado y no pasaban ningún momento después del nacimiento con ella. A mí me tocó estar comiendo de su pecho durante cuatro años. Me llevaban a los implantes de cuidado, terapias, experimentos y luego, me devolvían con mamá, ya que necesitaba estar agarrada toda la noche a su pecho porque no comía de otras cuerpos. Cuando me llevaron a la guardería donde cuidan y adoctrinan a la infancia -porque ya podía alimentarme con otras cosas-, yo ya tenía los aparatos que me permitían moverme y tenía la visión más aguda por el implante de retina que había tenido, supongo que de una niña, porque son las cuerpos que utilizan de repuesto.

Cuando tenía cuatro años, salía de la guardería que estaba en la parte de arriba del Establo, lo atravesaba y pasaba por un hueco en la pared que conectaba con la bodega de cuerpas y llegaba a la cuerpa tibia de mamá. Ella, sin poder hablar, defenderse, o mirarme, simplemente me tomaba en sus brazos y me acariciaba ofreciéndome su seno para alimentarme.

A los cinco años seguí visitándola, pero ya no quería comer su pecho: ¡cambié la dinámica! Yo me robaba algo de comida y lo compartía con ella. Logré muchas veces ver su sonrisa luego de sentir los sabores dulces que tenían las bayas galácticas. Dentro de mí sabía que estaba prohibido preguntar por qué estaba allí o qué le hacían, o dónde estaban los bebés que engendraba, creo que fue el instinto de supervivencia lo que me hizo guardar silencio.

La visité a escondidas hasta los seis años, pues un día la abuela Alpha Centauri me descubrió robando bayas galácticas. Me miró fijamente, me sonrió, hizo una mueca de complicidad y se marchó; bueno, hizo como que se marchó, porque cuando volví al estante de las meriendas, ella me siguió en secreto hasta el depósito de cuerpas de mujeres lactantes y descubrió que visitaba a mamá.

No me dijo nada el día que lo descubrió y siguió espiando mis pasos por casi un año entero, de hecho, ahora que lo pienso, a veces cuando iba al depósito de meriendas que robaba para mamá había más de la cuenta, como si alguien me hubiera preparado un paquete para dos. Supe que me descubrió el día que la vi en el depósito recogiendo bebés y haciéndome la mueca de guardar silencio “¡shhh!” cuando me asomé por el agujero por el que entraba y en el que casi me atoraba por mi tamaño de siete años y los nuevos aparatos que traía para moverme.



“U xoot' u sáasil uj
yéetel u muuk' yabilaj
ku suutken tu'ux in taal.
Ti'ten yéetel ti' túum-
ben siijil ku taasik u jeel
jejélas ba'al ti' kuxtal’
(maya)


La abuela Alpha Centauri fue la primera en inyectar los dispositivos de regreso del tiempo, y cuando vio lo que yo hacía todos los días desde que tenía cuatro años, no podía creerlo. Entonces, buscó la forma para que también la pusieran a trabajar en el depósito de cuerpos de crianza y poder recoger a los bebés que nacían y así, ayudarme a estar cerca de mamá.

Entabló una relación con mamá muy cálida y amorosa. Le decía palabras dulces y mamá le hablaba con las manos, como si entre ellas hubieran sabido siempre ese lenguaje de señas, asemejando el reencuentro de cuando aparece alguien que había desaparecido por mucho tiempo. Yo seguía creciendo, y a Alpha Centauri la comenzaron a perseguir porque no solo cuidaba a mamá, trataba de ayudar a las demás mujeres del depósito y sus amos sabían que algo podría estar tramando cuando desapareció la primera cuerpo del depósito: mamá...

Soy una mujer trans con discapacidad motriz. Mi sexo biológico hermafrodita tendiente a hombre me condenó a ser parte de la población con privilegios por un tiempo; sin embargo, nunca me sentí bien con nada de lo que estaba pasando: mis emociones y mi mente responden a una identidad que no se parecía en nada a lo que representaba mi cuerpo en esa realidad. Yo crecí siendo un hombre adolescente con discapacidad y seguí viendo en secreto a la abuela, hasta que me preguntó si quería irme con ella.

Acepté, me escapé de esa realidad y comencé a realizar los viajes en el tiempo con la abuela y las demás personas SERES en el Escuadrón MEDUSA. Las científicas me ayudaron a re-configurar mi cuerpo y a darme la identidad que yo deseaba.





Niña Milagro es mi hija. Rescaté una cuerpa de mujer embarazada que habían desechado cuando salí a entregar los dispositivos a las aliadas de la Guardería. Estaba tan lastimada que no logró sobrevivir y en el camino al refugio murió al parir a una niña de piel negra, así que tomé a la recién nacida en mis brazos, la cubrí con la manta de mi turbante y la sujeté a la usanza indígena: pegada a mi cuerpa dentro de las ropas, ella lloraba, pero al sentir el calor de mi pecho, durmió.

Su madre, una cuerpa mutilada y escarnecida, no sobrevivió el frío y el dolor. La envolví entre mis brazos y la llevé al refugio devastada, porque recordé la cuerpa de mamá. Me llené de dolor y rabia. Quería transformar el pasado. Quería destruirlo todo y desaparecer. La abuela me besó la frente y limpió mis lágrimas. Tomó la cuerpa de aquella mujer y la puso al pie del árbol del centro del invernadero que teníamos. También lloraba.

Con mucho cuidado y ternura puso la cuerpa inerte sobre una manta bordada; comenzó unos rezos; prendió su fuego sagrado; elevó unos cantos y comenzó a lavar las heridas de esa hermana con agua de hierbas; la acarició; la untó de esencias de sándalo y la envolvió, arrullandola. Les demás SERES cavaron profundo y luego la abuela colocó a la mujer, rezando el conjuro del tiempo en segunda persona: "... por ti y por cada recién nacida que traiga magia a esta vida". Niña Milagro lloró fuerte y nos regresó al momento.

Fue entonces que era momento de nombrarme, de ser madre y de hacer sentir a la abuela el pacto de amor perpetuo. Limpié a la niña con agua de hierbas, la envolví en una

manta bordada que me dio la abuela y coloqué su boca en mi pecho y comenzó a comer de mí. Mi deseo de alimentarla era tal que de mi pecho y mi corazón corrían manantiales de leche amorosa que permitieron alimentarla hasta que creció. Ese día les dije a todes: “hoy soy Telumea Abayomi, la que trae esperanza”.


II

Acabamos de enterrar a la abuela, 8 de marzo de 2019. Me recuesto un poco en su cama y me acuerdo de que fue ella quien me maquilló los ojos por primera vez, y me prestó sus faldas ajustadas de los setenta. Decía que jamás imagine que me había equivocado de cuerpo, que yo era yo y punto. Siempre me decía que le recordaba a alguien que apreciaba y conocía, pero que nunca había visto. En la infancia pensaba que la abuela estaba loca, y ¡sí! La abuela era excéntrica, como una chamana futurista que disfrutaba comer pitayas. Todavía huele a ella este rebozo, es como estar abrazándola.

Me levanto y recorro cada rincón de su habitación, como si a lo lejos escuchara cada palabra que me dijo durante veintisiete años. Cada cosa está intacta, en su lugar. Era sumamente ordenada, pero había algo que nunca tenía en orden: esta caja de madera cúbica a la que no le veo ninguna utilidad más que perder los recuerdos hasta el fondo. Los años le han gastado la jugada y está un poco picada. ¿Qué hay dentro?

La caja es un prisma cuadrado. Mide como un metro y medio de largo por cincuenta centímetros de base. No caben





ni las cobijas, pero hay tantas cosas, que tengo miedo de abrirla y asomarme a un hoyo sin fondo como el de Alicia... Tengo la sensación de que alguien me llama desde allí dentro. ¡Qué flojera! Esto es un acumuladero de polvo, hilos, papeles, figuritas, flores... más cajitas, microscopio, recortes, fotos... Algo brilla al fondo, qué extraña sensación... Me da la impresión de que hay algo con vida ahí dentro, pero siento curiosidad. Esquivo como puedo las cosas que me caen en los pies y trato de levantar la caja de madera para sacudir y sacar todo de tajo -total, es más fácil volver a guardar lo que sirva-. ¿Qué es esto que brilla de color violeta?

Está dentro de un sobre de material extraño, como una textura de piel de serpiente translúcida. Ahora que casi lo tengo en las manos empieza a titilar de color verde, y una sensación de mareo me invade. Tomo el sobre y se detiene el brillo en color naranja y escucho un silbido que transmite una sensación de tranquilidad y relajación. Ahora ese silbido se convierte en un susurro de tranquilidad coloreada con palabras que no logro comprender. ¡¿Qué es?! ¡¿Qué suena?! Hay un contenedor pequeño, dice: **Humane-Ollin 2900.**

Esta cosa es como un sensor diminuto, no puedo ni agarrarlo de lo pequeño, transparente y frágil que se siente, es como si tuviera vida, se mueve. Si fuerzo la vista para ver lo que tiene dentro de su transparencia, pareciera que se mueve, eso o las venitas que se han reventado dentro de mis ojos a lo largo del tiempo me están jugando una broma. ¡No! ¡Sí se mueve! ¡Tiene vida! Se parece a la imagen que vi hace unos meses de CRISPR, la tecnología

de edición genética del científico chino que clonó a dos gemelas el año pasado.

¡Auch! ¡¿Se me metió al torrente sanguíneo?! ¿Está dentro? ¡Lo siento dentro!, en el flujo sanguíneo o en algún lugar más profundo, ¿el ADN? Pero ¡¿qué está pasando, no se detiene?! ¿A dónde va?, creo que me voy a desmayar.

Me fui por unos instantes. ¡Qué sensación tan extraña! ¡Jamás había sentido algo así! ¡No soy la misma! Dentro del sobre hay papeles, reconozco la letra de la abuela, pero la otra letra no sé de quién pueda ser... ¿Cómo así? ¿Qué es esto? ¿Cómo es posible? ¡Yo nunca he desaparecido!



*Encontré esta carta en mi viaje de estudio **Aimara**, en la meseta andina del lago Titicaca. Esta carta me ayudó a comprender el tiempo en la cosmovisión de este pueblo indígena que se extiende entre el occidente de Bolivia, el norte de Argentina, el sureste del Perú y el norte Chile: VER EL FUTURO DETRÁS.*

Tenía veinticuatro años, era 1968, la época de grandes movimientos sociales y la tercera ola del feminismo. Me dio mucho miedo leerla y la guardé como un mal recuerdo para evitar sentirme responsable porque, si bien lo había comprendido, era como tener una bomba a punto de explotar en las manos y no tomar conciencia de ello. La guardé en el baúl de los recuerdos que quieres olvidar, pero de vez en cuando evocas con culpa y arrepentimiento. Ahora la desempolvo con la carga en mi SER de no haber luchado por mi generación y por la tuya lo suficiente como para que no desaparecieras. Se cumplen dos años de no saber dónde estás.

Las autoridades no saben qué pasó y quieren cerrar el caso porque recibimos una llamada anónima que nos decía que te han asesinado y han tirado tu cuerpo en las entrañas de un río. Dicen que no es feminicidio porque tenías un sexo biológico hermafrodita.

El otro día le grité al estúpido policía de investigaciones que eras una mujer trans, y no un hombre. Un ser hermafrodita al que se le dio la libertad de existencia y no tuvo sobredosis de hormonas para desarrollar el sexo masculino. Quiero saber dónde estás, quiero saber qué te han hecho, quiero que vuelvas para que bailemos, cocinemos, me muestres

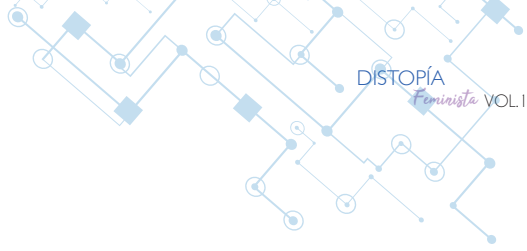
todo lo que has aprendido en tu clase de Alquimia y Nanotecnología. ¿A dónde se van las personas que desaparecen? Las madres, las abuelas, las familias que buscan a sus tesoros dicen que no debemos resignarnos, que hay que seguir buscando, que debemos pensar que estás viva y salir a gritar día a día: ¿dónde estás?

Tu madre ya no duerme, como que se ha quedado en estado de shock, la tristeza la mató en vida y poco a poco siento que a mí los años no me dejan ni sentir culpa. ¡Regresaré para que nunca desaparezcas!

U'xot' n' sáasil uj yéetel u muuk' yabilaj ku suutken tu'ux in t'aaal. Ti'ten yéetel ti' túumben sijjil ku taasik u jeel jejelas ba'al ti' kuxtal" (maya)

"Fragmentos de luz de Luna y sueños del amor multiversal me llevan a la vía de vuelta al Origen. Por mí y por cada recién nacida que traiga otra magia a la vida."





III

“U xoot’ u sáasil uj yéetel u muuk’ yabilaj ku suutken tu’ux in taal. Ti’ten yéetel ti’ túumben sijil ku taasik u jeel jejelas ba’al ti’ kuxtal”. (maya)

¿Y ahora?, ¿a dónde nos lleva el regreso?

EL DIARIO DE AURA





Escritora_
Viviana Muñoz
Artiga “Niña Azul”



Viviana Muñoz Artiga “Niña azul” creadora de escritos, poemas y musica experimental. Rapera.

Se une al colectivo para escribir sobre feminismo desde la perspectiva de una adolescente.



Ilustradora_
Regina Suárez Castillo

Regina es una persona muy curiosa y observadora, si bien apenas acaba de concluir el quinto grado de primaria, se interesa por conocer nuevas cosas, por saber cosas del mundo que le rodea, más allá de lo estrictamente académico. Desde muy pequeña ha tenido un marcado interés y habilidad para el dibujo o la pintura y aunque sus papás la han inscrito en diversos cursos sobre artes plásticas y teatro en el Museo Universitario del Chopo, de la UNAM, fue hasta que participó en un taller sobre cómic que descubrió su pasión por este formato.

Gracias a ello y a su dedicación consiguió una beca después de desarrollar e ilustrar su cuento “La aventura de la vida”, como parte de la publicación *Cuentos para niños que disfrutan leer. Punto y Cómic*, la cual fue el resultado de la colaboración del Museo Universitario del Chopo, la Escuela de niños escritores del mismo, la Fundación GIN y Ate con queso.

También ha participado en talleres en la Sala de Arte Público Siqueiros y en el Museo Universitario de Arte Contemporáneo. Hasta ahora, su ímpetu y espíritu autodidacta le han llevado a explorar entre diversas aplicaciones digitales, por lo que aún sigue buscando, aprendiendo, conociendo, ya que su sueño es convertirse en una gran artista.

3 de enero de 2017

Me gusta esta cabaña. Es hermosa y tiene tantos recuerdos de mi infancia que siento como si fuera un baúl antiguo de recuerdos. Mi habitación de madera, con la ventana que mira hacia los prados, desde donde me asomaba en puntillas para mirar hacia afuera de niña. Mi cama con marquesa de metal dorado con esas terminaciones que siempre me hicieron sentir como una princesa del Renacimiento, donde mi mamá me peinaba y me arropaba antes de darme las buenas noches.

El tocador con espejo ovalado donde me gusta sentarme y peinarme al despertar y a veces, antes de dormir, mirarme en el espejo. Además, está el maquillaje que me regaló Camila, mi prima, para mi cumpleaños. Me gusta tener la paleta con sombras y el pintalabios para mirarlos. Aunque nunca me maquillo (porque no me atrevo), me gusta que esté ahí y pretender que en cualquier momento me voy a pintar. Algún día...

Lo mejor de todo, y lo que siempre me ha fascinado, es que todas estas cosas eran de mi abuela. Nunca alcancé a conocerla porque murió antes de que yo naciera, pero mi madre me ha contado que era una mujer amorosa y femenina. La he visto en fotos y era muy hermosa y elegante. A veces me siento frente al espejo del tocador y me gusta imaginarme que soy ella.

Cuando vengo al campo, siento que me transformo en una persona completamente diferente a la que soy en la ciudad. Aquí siento algo así como una sensación de libertad. Tengo mucho espacio donde caminar, poder leer y encontrarme con mis pensamientos.

En cambio, en la ciudad siempre tengo que estar estudiando cosas que no me gustan y ocupar mi energía mental en eso mientras intento “adaptarme” con mis compañeros de colegio. Tengo algunas amigas, pero a veces siento que no tenemos muchas cosas en común y no me interesan las mismas cosas. Ellas hablan de muchachos y de fiestas. Yo prefiero encerrarme a leer y a veces estar lo más sola posible.

Mi papá dice que no es normal ser así. Que debería tener novio y traer amigas a casa. Una vez me preguntó si era lesbiana o “algo así” y, la verdad, ni siquiera lo había pensado. Realmente, nunca me he sentido atraída por nadie. Es por esto que me gusta venir a la cabaña de verano de mis padres. Aquí solo comparto con mi familia y con algunos amigos de mis padres que también tienen cabañas. Aunque son más jóvenes que mis padres, se llevan bastante bien.

Todos los sábados se reúnen en la cabaña de alguien para compartir en grupo. Yo nunca asisto porque me aburro muchísimo.

6 de enero de 2017

Hoy el día está tranquilo y apacible. Fue un buen día, no como ayer, que anduve todo el día medio confundida pensando en algo que soñé. Mi mamá una vez me contó que hay personas que piensan que los sueños tienen significados especiales. Que si sueñas que se te caen los dientes es de buena suerte o si sueñas que tienes un bebé significa que algo nuevo está por venir. No se me ocurre qué podría significar mi sueño, pero fue horrendo. Ayer en la mañana desperté sobresaltada. Me senté rápidamente sobre la cama sorprendida de algo que, al principio, no logré recordar de inmediato. Poco a poco las imágenes comenzaron a llegar a mi mente, como visiones con humo.

El sueño no fue largo, pero se sentía pesado en el pecho. En la misma cama donde me encontraba, en la misma habitación de madera de la bella cabaña de verano, me despertaba una sensación de inquietud que provenía de afuera. Me levantaba lentamente de la cama y, a tientas por la oscuridad de la habitación, me acercaba hacia la ventana. Podía sentir el peso de la madrugada en mi cuerpo, el frío del momento previo al amanecer.

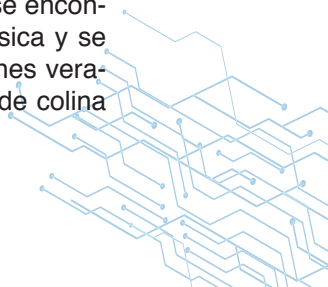
Al asomarme por la ventana, no veía nada más que neblina. Donde debían de estar los prados anchos del campo de mi familia, solo se levantaba una bruma blanca y azul, lenta y fría. De pronto, entre el espesor de la neblina divisé un charco de agua sucia y, parados en aquel charco, unos pies. Luego vi una sombra que formaba parte de la figura que se unía con los pies, pero en ese instante una sensación de escalofrío recorrió mi espalda y recuer-

do que en ese momento desperté sobresaltada del sueño. Desperté de golpe, pero aún tenía el sabor del sueño en mi cabeza, y en el pecho.

Ahora que lo escribo y lo leo, quizás las imágenes de lo que soñé no son tan terribles, es más bien esa sensación extraña en mi estómago luego de despertar. No suelo soñar cosas así y, por lo general, tampoco suelo recordar mis sueños. Creo que, por un instante, mis días dulces en el campo se oscurecieron un poco. En fin. Ya volverán.

15 de enero de 2017

Estoy un tanto preocupada. Están pasando cosas extrañas. Aún no comprendo exactamente lo que he visto ni cómo procesarlo. Yo sabía que mis padres iban a casa de nuestros vecinos el sábado. Lo sabía. También sabía que no iban a regresar hasta tarde, ya que me pidieron que cuidara de mi hermano menor, Vicho. Siempre que me piden que cuide a mi hermano es porque llegarán muy tarde. Aquel sábado transcurrió de una forma normal, como otros días en los que mis padres salen donde sus amigos a compartir un rato y yo me quedo en casa leyendo o mirando las estrellas en la terraza. Cuando mi hermano se durmió, me puse a leer y luego salí a caminar un rato por alrededor de la casa. El ruido de la casa de al lado, donde se encontraban mis padres, era fuerte, ya que tenían música y se escuchaban risas. La casa de Javier y Elia, quienes veranean en aquella cabaña, queda en una especie de colina



pequeña que se encuentra justo al lado de nuestra cabaña. De pronto, cuando alcé la vista distraída de las estrellas por los ruidos, risas y luces de la cabaña de los vecinos, pude ver a Javier en un atuendo de lo más extraño. Era una especie de traje con capa larga de color negro y una máscara extraña.

Algo así como un antifaz, pero solo que tapaba medio rostro. Pensé que se trataba de alguna especie de disfraz para la ocasión, por jugar o algo. Pero de pronto, a la habitación entró mi padre y le entregó unos audífonos de cintillo. Y aquí sucede lo que me dejó perpleja y sintiendo que me voy a volver un poco loca, ya que no logro entenderlo: al ponerse los audífonos sobre los oídos, Javier desapareció.

La capa negra y ancha que llevaba puesta se esfumó frente a mis ojos. Al principio pestañeé para comprobar que fuera real. Luego entrecerré los ojos e intenté acercar mi mirada hacia la habitación y, al instante de hacerlo, Javier volvió a aparecer vestido exactamente de la misma forma, pero cargando un extraño artefacto. Es como si de pronto se hubiera ido a otro lugar y hubiera vuelto cargado de cosas. Esa impresión me dio. Javier se sacudió la capa y le entregó a mi padre el artefacto. Luego se cambió de ropa mientras mi padre guardaba el artefacto en algún lugar que no pude alcanzar a ver y ambos volvieron al salón donde estaban reunidos los demás. Al parecer, ajenos a lo que sucedía. Me costó mucho asimilar lo que mis ojos vieron y en parte aún no creo. Me quedé perpleja, en la parte de atrás del patio de la cabaña. Mis piernas me temblaban y creo que hasta me puse a reír de lo nerviosa que estaba.

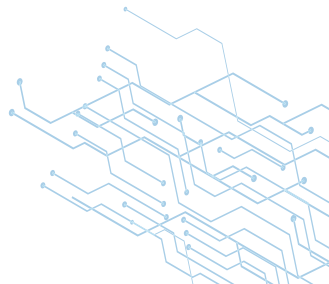
No sabía si escribir esto en mi diario, dudo de mi propio juicio y de mi sanidad mental. Pero siento que, escribiéndolo, se hace real y compartido. Sé que el papel no es otro, y que escribo sola. Pero leerme me ayuda a sentir que lo que pude ver esa noche no es una farsa. Y que lo que digo no es una alucinación. Ahora no sé si hablar de esto con mi padre. No sé qué decirle ni cómo decírselo. Él mismo estuvo ahí, pero tengo una extraña sensación de desconfianza hacia él. Y no sé bien por qué.

Tampoco sé si decirle a mi madre sobre lo que vi y no sé si ella misma sabe sobre eso.

Estoy muy confundida y no sé qué hacer. Todo esto me trae un muy mal presentimiento.

16 de enero de 2017

Mis mañanas de verano se han vuelto amargas en este tiempo. Recién llevamos dieciséis días acá. Llegamos luego de año nuevo al campo. Antes habría disfrutado la desconexión de la ciudad y caminar tranquila acompañada de los árboles y flores. Ahora me cuesta trabajo conectarme con todo eso. Desde el suceso de anoche no dejo de pensar en lo que vi y en qué hacer con lo que vi. Siento que no puedo vivir mi vida de la misma forma y necesito saber más. Hablaré con mi padre hoy por la noche, después de la cena y le contaré lo que vi en casa de Javier y Elia.



Espero que nada malo salga de todo esto. Aunque, por más que lo pienso, mi cabeza no logra dar con explicaciones lógicas.



3 de agosto de 2067

Queridísimo diario:

No logro muy bien encontrar las palabras para relatar lo que ha sucedido ni el lugar donde me encuentro. No entiendo muy bien qué está sucediendo, pero tengo mucho miedo. Creo que lo mejor es ir escribiendo por partes, y en orden cronológico, los hechos tal cual se han ido presentando.

La noche del 16 de enero del año 2017 pretendía tener una conversación con mi padre y preguntarle sobre la extraña desaparición de Javier y su rápido regreso en frente de mis ojos aquella noche. Pero luego de cenar, al dirigirme al despacho de mi padre, me di cuenta de que él no se encontraba. Sobre su escritorio, se encontraban los audífonos que Javier usó y al verlos sentí curiosidad: una curiosidad tremenda de explorarlos. Me fui acercando al escritorio de mi padre dando lentos pasos, fijando la mirada, mientras mi pecho respiraba profundo intentando contener una sensación de miedo y expectación.

Tomé los audífonos y los observé sosteniéndolos a la altura de mi rostro, con los brazos extendidos al frente de mi cara. Eran negros, con el cintillo ancho y con las orejeras anchas. Muy similares a los que se usan para escuchar música. En un costado tenían un pequeño interruptor rojo y en el otro un interruptor azul. Me parecieron muy extraños. De pronto alcé la vista y vi el espejo grande de cuerpo entero que mi padre tiene en su despacho. Lo que hice a continuación, no lo comprendo. No sé por qué lo hice ni que estaría pensado. Aunque creo que no estaba pensando en absolu-

to. Todo sucedió demasiado rápido, tanto mi pensamiento como todo lo demás. Al mirarme al espejo, pude verme de cuerpo entero. En el tocador solo me miraba la cara y las manos al peinarme, pero nunca el cuerpo, ya que el espejo es pequeño. Pude ver a una muchacha adolescente de estatura media y contextura media. Con los ojos cafés oscuros y el cabello color castaño. Vestida con una polera negra, con una que otra estrella blanca en el diseño, unos jeans azules con roturas en las rodillas y zapatillas negras. Me miraba fijamente, como queriendo deducir algo que no lograba comprender.

De pronto esa figura, que era yo, bajó la mirada y vio los audífonos que tenía en las manos. Aún los sostenía, y sin pensarlo se los puso en la cabeza. Mientras me los ponía, de pronto se abrió la puerta. Alcancé a ver a mi padre, pero el sobresalto me hizo apretar uno de los interruptores y de pronto aparecí en la calle externa del campo de mis padres. Era de día y hacía calor.

Estaba perpleja. Aparecer de pronto en un lugar completamente distinto al que estaba me provocó una sensación similar a la de estar soñando e inesperadamente despertar. Me cuestioné si solo había imaginado todo y nada de lo que había vivido era real. Pero era imposible aquello. Todo era real. Todo estaba sucediendo. Aunque no sabía qué tan tangible era aquella realidad.

Me puse a caminar buscando volver a la cabaña. Seguí el sendero de siempre, para encontrarme con nuestra reja de madera y nuestros perros que siempre salen a recibir. Pero cuando fui llegando al lugar donde debería estar la reja y el

sendero, me di cuenta de que la reja no estaba y tampoco nuestro camino de ladrillos, que llegaba hasta la puerta de entrada.

Comencé a sentir algo duro en el pecho. Empecé a respirar muy agitado y las lágrimas comenzaron a salir de mis ojos. Me tapé la boca con la mano para contener un grito ahogado. Era imposible. Todo lo que estaba pasando era imposible. No podía ser real. Esto no está pasando, me repetía obsesivamente.

Decidí seguir caminando, buscando nuestro sendero de ladrillos. Quizás me estaba equivocando de camino o de sendero o de distancia. De pronto, comencé a desconocer el lugar. El camino se empezó a poner cada vez más angosto. No lo recuerdo así, pensé. Decidí devolverme. Caminé un largo rato para encontrar la carretera que estaba a las afueras del camino de tierra que llevaba a la cabaña de mis padres.

Al llegar al final del camino, lo que vi me dejó atónita.

La cabaña de mis padres estaba al final del camino. No había otras cabañas, solo la nuestra y unas casas con forma de domo de color blanco, que se distribuían por todo el campo. Eran unas seis u ocho.

La cabaña estaba muy diferente. El color blanco se había desgastado y se podía ver la madera deteriorada y desteñida en algunas partes, como el frontis y algunas paredes laterales. La pintura blanca parecía fosilizada en los restos de madera que sostenían la cabaña. Me acerqué a la en-



trada confundida, aunque un pensamiento en mi cabeza empezó a aflorar lentamente. Presentí que mi familia no se encontraba en aquel sitio. Sentí que era el mismo lugar. Pero un lugar distinto a la vez. Me aproximé a los escalones para subir hacia la puerta de entrada, cuando escuché una voz detrás de mí.

—Aura —dijo una voz calmada y desconocida.

Me volteé y vi a una niña que me observaba. Mi mirada atónita y mi sobresalto no afectaron su expresión tranquila y apacible. Tenía una mirada dulce.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le pregunté dentro de toda mi confusión y temor por el contexto en el que me encontraba.

—Ese es tu nombre —dijo la pequeña dando un paso hacia mí, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Así me llamo pero...

—Te estamos esperando Aura —me interrumpió entregándome un paquete envuelto en una tela color burdeos—, toma. Esto es para ti. Es tuyo.

Tomé el paquete y desenvolví la tela mientras veía aparecer una libreta con flores pintadas en la portada. ¡Era mi diario! Aunque las hojas estaban viejas y desgastadas, la mayoría de las páginas estaban intactas. Las flores de la portada se veían descoloridas, pero se lograban distinguir

qué colores eran. Las pinté cuando llegamos a la cabaña, para escribir mis pensamientos durante el verano.

Mi mente se rindió. La angustia cedió. Bajé los hombros y suspiré hondamente intentando recobrar un poco de aliento. Pero en realidad, exhalé. Quizás para sacar un poco de confusión de mi interior y poder volver a respirar algo de cordura.

Miré a la pequeña que había cruzado sus manos reposando de pie tranquila y me observaba. Como si supiera lo que pasaba por mi cabeza. Como esperando mi reacción que claramente, no sería una sorpresa para ella.

Exhalé profundamente.

—No entiendo —le dije.

Ella sonrió.

—Ven conmigo, Aura —me dijo.

Se volteó y comenzó a caminar en dirección a una de las casas-domo. La seguí instintivamente.

La entrada del domo contrastaba notoriamente con la fachada de mi cabaña maltrecha. Consistía en una abertura en forma de triángulo que se abrió al instante, cuando la misteriosa niña se acercó. La puerta se deslizó, dejando una apertura por la que la niña pasó, invitándome a hacer lo mismo. Al entrar al domo, pude ver un lugar có-



modamente arreglado, con mucha luz natural, a pesar de que no tenía ventanas. Era completamente blanco, tanto el piso como las paredes redondeadas de la estructura. Los muebles eran blancos también, de una madera que se veía muy natural como para estar pintada. Por todo el domo había velas, espejos en las paredes y flores colgando del cielo.

La niña me indicó una habitación que se encontraba ubicada en la parte alta del domo. Era una habitación abierta, de la que emanaba un vapor de color violeta.

Subí al segundo piso sin hacer preguntas y entré al espacio donde estaba ubicada la habitación, sosteniendo mi diario entre las manos.

En el centro de la habitación, pude ver una figura envuelta en una capa negra que miraba hacia la pared. Observé que la habitación era bastante más oscura que el resto de la casa. De las paredes, colgaban pinturas de universos y planetas, una pintura de Júpiter y sus lunas, y otros planetas desconocidos. Había muchas plantas e inciensos de color violeta, de los que emanaban aromas y humos. El piso estaba cubierto de alfombras oscuras y en los extremos de las terminaciones de la habitación, había dos prismas a cada lado colgados del techo.

Me sentí tranquila cuando entré en ese espacio desconocido, pero a la vez familiar. Se respiraba paz y aroma de incienso, pero también podía sentir un peso extraño en el aire al que no logré ponerle palabras.

De pronto, la figura envuelta en la capa comenzó a girar de a poco hasta quedar frente a mí y pude ver a una anciana de unos ochenta años. Tenía las piernas entrecruzadas en una silla giratoria y en su regazo descansaba una especie de perro.

La anciana tenía los ojos cerrados, como si hubiera estado meditando por mucho tiempo. Su expresión era muy tranquila. Me observó un momento con los ojos cerrados, como sintiendo mi presencia. De a poco, fue abriendo los ojos y cuando me vio exhaló profundamente. Su rostro era dulce. Tenía facciones redondas en una piel morena, sus ojos eran rasgados y pequeños pero penetrantes. Su cabello era largo y blanco, trenzado en las puntas. En la frente llevaba una marca roja en forma de rombo.

Había algo en aquella pequeña anciana que me inspiraba cierta calma y confianza. Era como si su rostro me fuera muy familiar o se pareciera a muchos rostros conocidos.

—Al fin has llegado, Aura —su voz era profunda y melancólica.

—¿Dónde estoy? ¿Qué está pasando? —le pregunté angustiada.

—Todo a su momento. ¿Quieres algo de beber?

Me pareció muy extraño su ofrecimiento. Mi angustia era tanta por no saber lo que sucedía, que no reparé en que me había llamado por mi nombre, sin conocerme.

Puede que mi desconcierto del momento provocara que mi voluntad ante la anciana fuera absoluta, por lo que acepté asintiendo con la cabeza.

Ella extendió su pequeño brazo indicándome un tronco de árbol posicionado en una esquina. El tronco tenía un hueco tallado en el medio, donde había una tetera de cristal y vasos. Me acerqué al tronco y pude ver que la tetera contenía un líquido amarillo humeante. Serví el contenido en los vasos de cristal. El color del té y el vapor que emanaba del calor de los vasos me recordó al otoño.

Le facilité un vaso a la anciana, que no se movía de su silla. Ella me ofreció sentarme en el suelo al frente de ella, y de su bolsillo sacó una bolsita plateada que contenía frutos secos.

—Toma este té y come estos frutos con calma. El calor de la hierba hará que se calmen tus pensamientos.

Tomé un sorbo y sentí calor en todo el cuerpo y mis músculos empezaron a relajarse, mi pulso comenzó a ir más lento, y experimenté una sensación de calma muy profunda.

La anciana me sonrió dulcemente.

—Bien pequeña. Ahora que estás más tranquila, hazme tus preguntas.

El pequeño can que llevaba en el regazo se sacudió y saltó al suelo. Se aproximó lentamente hacia mí y me olis-

qué. Era similar a un perro siberiano regordete y en tamaño miniatura, como si fuera un cachorro, pero siendo su complexión de un perro adulto. Era de color negro y tenía olor a incienso.

—¿Qué hago aquí?, ¿quién es usted?

—Aquí has llegado porque es parte de lo que tiene que suceder. Era lo que debía suceder y es lo que tendrá que suceder. Mi nombre es Achira.

—¿Lo que tiene que suceder? —pregunté alzando la voz.

El can se acercó a mí y se sentó en mi regazo. Con su hocico comenzó a lamer mi mano y luego la empujó hacia su cabeza. Quería que lo acariciara. Comencé a pasar mi mano por su pequeña cabeza, mientras él se acomodaba en mis piernas entrecruzadas.

—Le agradas —me dijo Achira sonriendo.

—No entiendo nada. No sé lo que está ocurriendo. No sé quién es usted ni cómo llegué aquí. Necesito volver a mi casa.

—Este es un brebaje muy sanador mi niña, es un té de corteza de Sbili. Un árbol muy poderoso que ayuda a hidratar el cuerpo, la mente y el espíritu.

—¿De qué hablas?, no conozco ese árbol.

—Claro que no lo conoces, aún. Es un árbol que habita en otro espacio.

—No entiendo.

Achira se rió a carcajadas. Su risa era profunda. Se veía que se estaba divirtiendo. Era una risa abierta y plena. Me pareció que se reía con todo su cuerpo y espíritu. El pequeño can la observaba de reojo, ya que tenía su cabecita entre mis rodillas.

—¡Oh mi niña, las respuestas llegarán a su tiempo! Pero por ahora tendrás que hacer sacrificios importantes. Fuera de los límites de esta aldea, de este espacio sagrado y virtuoso, existe otro mundo en el cual debes vivir durante un tiempo. Debes ser muy fuerte y estar muy despierta, ya que es un mundo muy diferente al que conoces. Lamento decirte que por ahora no podrás volver a tu casa. Si es que se le puede llamar así...

—¿De qué hablas? ¿Qué mundo?... ¿Dónde estoy? ¿Por qué no puedo volver?

De pronto la cara de la Achira se ensombreció y bajó la mirada al suelo. Su risa ronca se había ido y su respiración comenzó a ponerse pesada y áspera. Su sonrisa abierta se desfiguró en una mueca que parecía de dolor. Comenzó a carraspear. Al instante subió corriendo a la habitación la niña que estaba abajo. Rápidamente se acercó al tronco de la esquina de donde yo había sacado el té y abrió un compartimiento que a simple vista no parecía estar ahí. Sacó una caja con hierbas, las mezcló y machacó en un

mortero. Luego en un vasito de barro vertió agua caliente a las hierbas machacadas. Luego inclinó el vaso para que Achira pudiera beber la preparación, acomodando los cojines donde estaba sentada. Le preguntó si así estaba bien, y cuando Achira le confirmó que ya se sentía mejor, volvió a bajar. Quedé impresionada con la niña, que siendo tan pequeña mostraba destrezas que yo a esa edad no manejaba. Quizás ahora tampoco.

—Aura —me dijo Achira—. Debes comprender que las respuestas vendrán con el tiempo. Y que el dolor en este viaje es inevitable. Pero puedes escoger qué hacer con él. Es importante que seas valiente, ya que lo que se viene será difícil, pero debes confiar en nosotras, estamos aquí para ti. Ahora, debes saber que hay cosas que es importante recordar. Este viaje será largo y hay muchas verdades de las que debes enterarte. Las respuestas a tus preguntas te llevarán a tomar decisiones. Esas decisiones serán lo único tuyo durante este viaje. Nada más.

Comencé a sentir angustia en el pecho. Achira se dirigía a mí como si me conociera y como si supiera lo que iba a suceder.

—Ahora, debes saber que siempre vas a poder llegar más lejos y que todo está unido, a veces con lazos invisibles, otras veces a plena luz del día.

Luego de decir esto llamó a Nina, la niña.

—Llévala donde Alexa para que haga la transición.

Nina me tomó del brazo y me indicó que me pusiera de pie y fuera con ella.

— ¿Qué es la transición?

— Ahora mi niña, vas a volver a viajar. Solo de ti depende observar para encontrar respuestas.

Me quedé helada, sintiendo cómo un frío recorría mi espalda súbitamente. Una especie de pesadez en el estómago me hizo sentir náuseas.

Nina me tomó de la mano y me indicó que saliéramos del domo. Al pasar por la apertura en forma de triángulo, miré hacia la esquina donde se encontraba la habitación en el segundo piso. El perro me observaba desde arriba muy atento.

Nina caminó por un sendero hecho con piedras redondas y grises que destacaban por su perfecta formación circular entremedio del pasto. Había viento y pude darme cuenta de que faltaba poco para que atardeciera. La verdad no recuerdo cuánto tiempo estuve hablando con Achira.

Llegamos a los pies de una colina. Subimos por unas escaleras de madera, hasta llegar a la puerta de uno de los domos.

Alexa abrió antes de que pudiéramos llegar a la entrada. Era una mujer de unos treinta años, alta y morena. Llevaba la misma capa extraña que tenía puesta Javier.

Nos indicó que entráramos. Dentro del domo, había un corredor circular blanco por el que había que caminar para recorrer el interior y llegar a las distintas áreas del domo. Caminando por el corredor pude ver una especie de cocina pequeña con muchas plantas colgando del techo, y una recámara.

Alexa, al ver mi curiosidad por el lugar, me dijo que íbamos al centro del domo.

Al llegar abrió una puerta circular y me indicó que entrase a la habitación. Nina se quedó atrás y se despidió de mí con un movimiento de su mano.

A pesar de mi terror, por alguna razón que desconozco, seguí las indicaciones de Achira, ya que me daba la impresión de que era la única forma de saber qué era lo que estaba sucediendo. Y no había otra opción. Levantando la mano me despedí de Nina.

Al entrar a la habitación pude ver pequeños espejos colgando del techo a través de hilos dorados y plateados. La luz de la habitación era muy tenue y provenía de unas pocas velas puestas en el piso y algunas repisas en las paredes. En el centro de la habitación, había una especie de tina redonda. Era como una piscina de color blanco, con unas flores rojas que flotaban desde el fondo.

—Debes entrar al agua —me dijo Alexa sin dejar de mirar hacia el fondo de la tina.



— ¿Qué pasará si lo hago?

— Lo que te dijo Achira es real. Debes confiar en nosotras. Hemos hecho arreglos para que tengas donde quedarte cuando llegues al año 2067.

— ¿A qué te refieres? Estamos en el año 2017.

— Estabas en el año 2017. Ahora debes viajar al 2067.

Mi cabeza comenzó a trabajar a todo vapor. El camino donde aparecí parecía ser el mismo, pero no lo era. La cabaña que parecía muchos años más vieja de lo que recordaba y la extraña desaparición desde el despacho de mi padre...

— ¿En qué año estamos entonces? — pregunté intentando parecer incrédula, intentando parecer la persona que era antes. Pero reparé en que la conversación con Achira ya me había cambiado para siempre. Era como si hubiera estado una eternidad de tiempo en el domo blanco con olor a incienso, como si cargara con muchos años de vida.

— Aquí no estamos en ningún año Aura — me miró Alexa con una expresión de calma en el rostro—. Este es un lugar sin tiempo. Es una repetición constante del mismo episodio de tiempo una y otra vez. Como cuando reproduces una canción una y otra vez.

— ¿De qué hablas? ¿Cómo es posible eso?

—Es posible, tú provienes de ahí.

—¿Qué?

—Entra —me dijo indicándome que entrara en la tina redonda.

Observé la tina. Era de una especie de loza, como un plato para sopa gigante, pero hermoso. Tenía inscripciones doradas por los bordes, con letras que no conozco. El agua era clara y transparente y en el fondo se podían ver unas flores rojas que flotaban desde el fondo, algunas hasta la superficie. Imagino que mi rostro de preocupación alertó a Alexa, que me miró detenidamente.

—Tus padres encontraron la forma de escapar al tiempo. Descubrieron cómo congelar espacios de tiempo y desaparecer. Quedaron suspendidos en un loop de repeticiones infinitas, de donde es muy difícil salir, Aura. Pero tú, lograste salir. Por eso Achira te llamó.

De pronto creí que todo era un mal sueño y que iba a despertar en la cabaña de mis padres, en el campo, junto a mis hermanos. Pensé que nos juntaríamos a desayunar en el comedor como todas las mañanas. Recordé las manos de mi madre acariciándome la cara, diciéndome lo inteligente que era, como siempre lo hacía. Mi madre siempre me decía lo creativa e inteligente que era. Me contó que, de pequeña, su madre siempre le decía lo bonita que era. Y realmente lo es.



Al igual que mi abuela, es una mujer hermosa. Pero mi madre siempre sintió que esa belleza era su cárcel, ya que cuando intentaba dar a conocer sus ideas nadie la tomaba muy en serio. Me contó que, cuando estaba en la universidad, un profesor intentó abusar de ella, a cambio de la máxima calificación. Siempre tuvo muy buenas calificaciones, ya que le gustaba estudiar.

Pero aquella experiencia la dejó tan devastada, que renunció a la universidad, sin dar mayores explicaciones. Claro, cuando renunció todos pensaron que era porque no tenía la inteligencia suficiente para estudiar. Poco tiempo después conoció a mi padre, se enamoraron y luego nació mi hermano mayor.

Por esto mi madre siempre me decía que, con su única hija, siempre quería resaltar la inteligencia y todo lo que podía llegar a lograr. Me decía que la belleza física era solo un detalle sin importancia, dentro de un mundo que cree que sí lo es.

En un mundo donde el cuerpo de las mujeres es reducido a las voluntades de los hombres, me explicaba mi madre con una mirada amarga en los ojos.

“Debes siempre observar todo dos veces, Aura, nunca te quedes con las primeras impresiones de las cosas. A veces lo que se observa en la superficie es solo la punta de algo mucho más grande que se encuentra bajo del agua”.

Recordé las conversaciones con mi madre e intenté mantener la calma. Pero un sentimiento cálido y pesado en mi pecho hizo brotar lágrimas de mis ojos y comencé a sollozar.





— ¿Volveré a ver a mi madre y a mis hermanos?

— Sí.

Me limpié la cara con las manos:

— Está bien.

Alexa se acercó a una de las repisas dispuestas en la pared. Tomó un pequeño paquete blanco y lo abrió. Dentro había un traje de un extraño material, que era un poco como tela y un poco como plástico, pero era completamente transparente con un leve tono azulado.

— Póntelo. Por dentro hay un bolsillo para que te lleses el diario contigo. Te servirá para seguir escribiendo.

Comencé a ponerme el traje sobre la ropa, cuando Alexa me detuvo.

— Debes cambiarte de ropa. Al lugar al que vas no conocen la ropa que llevas puesta y vas a llamar mucho la atención. Además, debes ponerte esto para que los nuestros te reconozcan al llegar.

Me extendió otro paquete blanco que contenía una túnica amarilla y un pequeño dispositivo tipo auricular de color negro. Salí de la habitación y me cambié la ropa. Me acomodé el auricular en la oreja.

Luego me puse el traje transparente sobre la ropa que llevaba puesta.

Alexa entró a la habitación y me indicó que me metiera en la tina. Antes me explicó que a través del agua se podía salir del espacio no-tiempo en el que nos encontrábamos y llegar hasta un espacio-tiempo determinado. El año 2067.

— ¿Por qué ese año en específico?

— Es un año antes de que Javier viajara, en el año 2068, y robase un artefacto que permite viajar al pasado.

Tus padres solo pudieron condensar el tiempo y hacer viajes fuera del loop accediendo de esta manera al futuro. Pero no pudieron descubrir cómo viajar al pasado, por lo que tu padre envió a Javier al futuro, donde se creó el artefacto que permite los viajes al pasado. Javier robó el artefacto, y esto creó muchos problemas.

— ¿Para qué quieren ustedes ese artefacto?

— Para prevenir lo que sucede en el año 2023.

— ¿Qué sucede en el año 2023?

— Eso no lo puedo responder. En el año 2067 encontrarás las señales para saber lo que tienes que hacer.

Suspiré profundamente. Dejé salir el aire de mis pulmones, como dejando salir mi incertidumbre y dejando entrar un poco de certeza. Volver a ver a mi madre.

Me introduje lentamente en la tina.

El agua se sentía tibia. Recordé una noche en la que encontré a mi madre escuchando discos viejos.

Le pregunté qué canción era y me dijo “se llama Give me a reason, de Portishead”.

Era una canción antigua, pero se sentía actual, profunda y melancólica. Lenta y suave, pero con momentos de intensidad. Imaginé que los violines en el fondo podían hacer que una persona triste sintiera agujas en el pecho, y los sonidos bajos, generar una pesadez en el estómago, pero aun así conservaba cierta hermosura.

Así me sentí en el momento en el que me introduje en la tina. Como esa canción, triste y abatida. Quería que el agua me abrazara con su calidez, me consolara y disipara mi resignación. A pesar del traje y de la túnica, pude sentir el cosquilleo suave de las flores en mi espalda.

Sumergí todo mi cuerpo hasta quedar flotando, solo quedó una parte de mi rostro en la superficie, donde sobresalían mis ojos, nariz y boca.

Desde el ángulo posterior de mis ojos pude ver de reojo cómo Alexa abría los brazos en forma de cruz por sobre mi cabeza.

Mi mente seguía repitiendo la canción, una y otra vez, recordando los violines, los bajos, la guitarra y el solo profundo con sabor a soul. Y el coro: Give me a reason to love you...



De pronto las velas comenzaron a titilar y los espejos del techo a moverse y chocar entre ellos. Comencé a sentir burbujas en el agua, y de repente pude sentir la mano de Alexa en mi frente sumergiéndome completamente.

Instintivamente, intenté levantarme, pero todo se veía muy borroso. Sentía que no podía respirar. Comencé a desesperarme y dar manotazos, pero Alexa no dejaba de sostener mi cabeza.

Llegó un punto en el que mi desesperación era tal, que creí que todo era un engaño y me estaban asesinando.

De pronto, al intentar tomar mi última bocanada de aire y darme cuenta de que era imposible, al sentir que mis pulmones se llenaban de agua y mi vida se iba extinguiendo de a poco, escuché una voz:

—Señorita, ¿se encuentra bien?



Distopía Feminista, 2021

Autoras:

Ros Amils

Olivia Carmona Hernández

Diana Morales Ocegueda

Areli Zaragoza Ruíz

Viviana Muñoz Artiga

Ilustradoras:

Emilia Hera

Pilar Emitxin

Infierno andante

Elizabeth López Martín

Regina Suárez Castillo

Editoras

Adriana Ayala

Amalia Jiménez

Camila Arce

Diseño editorial

Rebeca García Peña

Coordinadora:

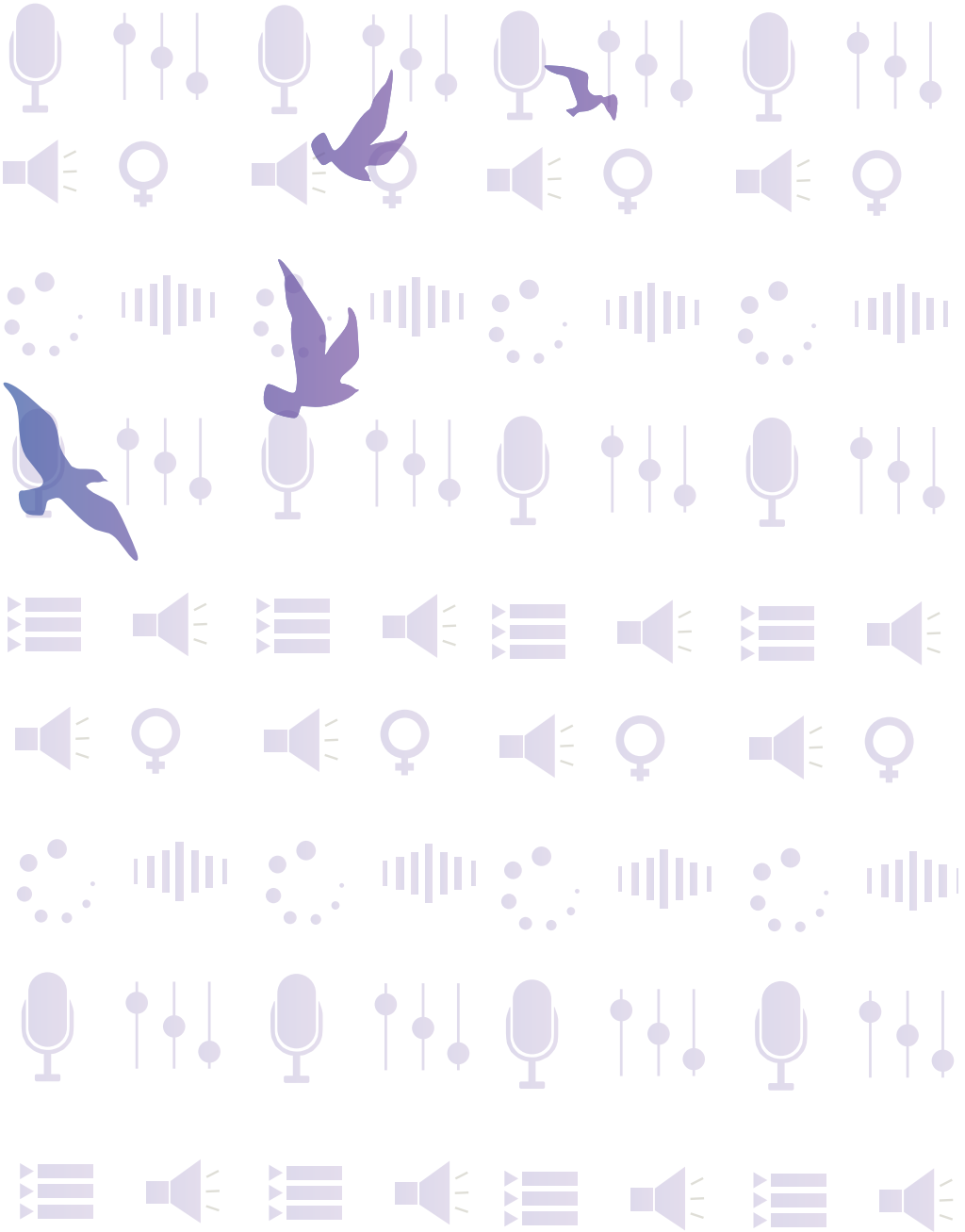
Gabriela Gutiérrez González

Distopia Feminista Vol.1

Esta obra está bajo una Licencia **Creative Commons**

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

`img alt="Licencia Creative Commons" style="border-width:0" src="https://i.creativecommons.org/ll/by-nd/4.0/88x31.png" />
Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 4.0 Internacional.`





DISTOPÍA

Feminista

VOL. I